

 Seix Barral

Harkaitz Cano

El turista perpetuo



Índice

Portada
Sinopsis
Citas
La roca más alta
La piscina
Celebración
Sapore di sale
El puente del 1 de Mayo
El río
Boeing 767
Suecia no es lo que parece
El safari
Ikea Crucifixión
El Danubio mecánico
Las llaves de casa
El velero
Aullad, estrellas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

El turista es, por definición, un ser en apariencia despreocupado, busca el descanso, una promesa de felicidad, una franquicia del paraíso. Vive en un tiempo irreal, una vida entre paréntesis: el verano, un fin de semana largo, una escapada, cualquier periodo vacacional con fecha de caducidad. Si no la tuviese, condenado a perpetuidad como las nieves del Himalaya, este tiempo suspendido mostraría, quizá, un reverso inquietante.

El mar, el río, la piscina, una playa o una isla... la mayoría de estos relatos están rodeados de agua e invitan a los personajes a armonizar con su entorno natural. Son cuentos que se pueden leer con los pies descalzos, a riesgo de que se queden helados repentinamente.

En *El turista perpetuo*, Harkaitz Cano, ganador del Premio de la Crítica en euskera por su narrativa breve, propone un conjunto variado de personajes y de tramas en las que impera el suspense, la crítica social, la experimentación, el humor o el diálogo con grandes autores de relatos como Alice Munro, Raymond Carver o Julio Cortázar, en un itinerario por los temas que nutren su prosa: la amistad, la decepción, la violencia y el poder, el arte y los afectos, la intimidad y el misterio.

Zafiros, diamantes, piedras preciosas... Hasta las pieles arrebatadas a las bestias más codiciadas nos sobrarán ahora. Todo es estorbo y todo lastre, en estas vacaciones sin fin.

XABIER MONTOIA,
Lurpekoen kanta

—¿Por qué has titulado *Summer* la exposición?

—Me gusta trabajar en verano, al aire libre. Cada verano me pregunto cuántos veranos de vida me quedarán todavía... ¿Unos treinta, quizá?

JULIAN SCHNABEL,
respondiendo a una entrevista

LA ROCA MÁS ALTA

Enfilando el sendero de la costa estaba el charco rodeado de rocas. No todo el mundo se atrevía a saltar desde lo alto. Paolo acostumbraba a pescar casi todos los días y no le gustaba que los niños enredaran por allí.

—¿Hay medusas, Paolo?

—Pocas, pero saben dónde ponerse.

No era más que una forma de ahuyentarnos, un apercibimiento para que no le espantásemos la pesca. Y, aunque lo tenía prohibido, Santi era siempre el primero en saltar de cabeza. «Un día que esté la marea baja, va a pegarse contra el fondo y se va a quedar parapléjico», decía mi madre. No se daba cuenta de que las oscilaciones de la marea en el Mediterráneo nada tienen que ver con las del mar Cantábrico. A mi madre le desagradaba que yo frecuentase tanto a Santi: «Ese casta es un bicho». Era muy moreno y tenía el ombligo hacia fuera, muy diferente al mío. «Hija mía, en cada sitio les hacen un nudo distinto a los niños cuando nacen», me aclaró. Al de Santi yo le llamaba «ombligo de marinero». Sus padres estaban separados y a mi madre le parecía que el hecho de que sus progenitores no estuviesen juntos tenía mucho que ver con su comportamiento impetuoso, con aquella temeraria determinación que le llevaba a saltar de cabeza desde la roca más alta sin temor a la altura ni a las medusas.

—Ahora te toca a ti.

Era una frase que no se cansaba de repetir a los novatos que llegaban por primera vez a la urbanización. A mí no me lo decía, porque yo era chica.

—Ya sé a qué vamos a jugar tú y yo ahora: vas a ser mi sombra.

Se conformaba con que yo fuese su sombra, aquellos días de canícula estival. Yo le seguía los pasos, apoyándome una por una en las piedras que él iba pisando en el camino, parándome también en seco cuando él lo hacía. Debía ser su sombra siempre, pero no le seguía hasta el charco. Al charco saltaba sin su sombra, él solo.

Bajábamos a las rocas por la pereza que nos daba ir hasta la playa grande, preferíamos aquel charco profundo y despejado de turistas. Desde allí podíamos llegar también a nado hasta la cala pequeña, una estrecha lengua de arena en la que casi nunca había nadie. Solamente Regina, la esposa de Paolo, sentada en su tumbona, un cigarrillo en los labios, y entre sus manos, un libro. Jamás vi que se metiese al agua.

—Se me ocurre otro juego: ahora vas a ser una rana. Mi rana.

A Santi le agradaba que me agachase, que saltase, que caminase en cuclillas a su lado, fingiendo que croaba.

—Has engordado: ahora eres un sapo. O mejor: una ternera. Tienes cara de vaca, ¿te lo han dicho alguna vez? Es una pena que todavía no te hayan salido las tetas.

Era el tipo de juego que Santi inventaba para mí. Luego me daba un manojo de hierba que yo masticaba. Tampoco demasiada, solamente un poco. Me ponía a cuatro patas para seguirle la corriente y él me pastoreaba un rato.

—Dice mi madre que un día te vas a quedar *paraolímpico*.

—Cállate, vaca. Y a ver cuándo empiezas tú a dar leche.

Le gustaba saltar al agua de cabeza y permanecer el máximo tiempo posible aguantando la respiración antes de salir a la superficie. No había forma de saber si emergería en medio del charco o en algún otro rincón en el que el agua estaba más remansada; recio su cuello, su torso salía del agua como el de un hombre bala. También yo, inquieta, trataba de aguantar la respiración mientras lo perdía de vista, pero jamás conseguía retenerla tanto tiempo como él.

Paolo no había venido aquel día. Santi saltó desde la roca más alta sin que nadie se lo impidiese y yo descendí lentamente hasta el charco por la pedregosa senda. Nos encontramos en el agua, como de costumbre.

—¡Nademos hasta la cala pequeña, sapito!

En la franja de arena, Regina, la mujer de Paolo, leía en su tumbona con su sempiterno cigarrillo, protegida del sol con un sombrero de paja. Se había quitado la parte de arriba del bikini. Sus pechos no eran redondos, ni tampoco pequeños: parecían más bien dos gorros de Santa Claus invertidos, rematados por dos pezones de los que una surtida prole había dado buena cuenta.

Cuando Santi saludó a Regina, ésta respondió sin alzar la vista del libro, levantando las cejas por encima de la montura de sus gafas de sol.

—Sapito, esta isla fue un volcán alguna vez, ¿lo sabías? Quizá algún día vuelva a ponerse en marcha.

Santi sabía mucho sobre un montón de cosas, aunque a mí me resultaba difícil imaginar que un volcán pudiese «ponerse en marcha».

—¿Por qué no subes a la urbanización y me traes una toalla, sapito? Anda, te espero aquí.

La pendiente que conducía a la urbanización desde allí era larga y sinuosa, pero le obedecí. Yo siempre obedecía a Santi.

Al regresar con la toalla, me pareció verle pegado a la hamaca de Regina. ¿Hablaban, quizá? Era raro. Regina no era el tipo de mujer que se pone a charlar con cualquiera a la primera de cambio. Le gustaba andar a su aire. Con sus cigarrillos y sus libros. Cuando mi padre le preguntó un día respecto a su novela favorita, ella citó algo bíblico: «Adam Bovary». O así me lo pareció a mí entonces, al menos.

Tal como pude ver al acercarme más a ellos, Santi no estaba próximo a la tumbona, sino tumbado en ella propiamente, al lado de Regina, con un pie dentro y otro fuera. Me pareció verle muy rígido e inmóvil, la hamaca no estaba pensada para dos. Algo me impedía aproximarme más. Una amenaza. Medusas flotando en el aire. Me constaba que allí sucedía algo que escapaba a mi comprensión, mi instinto me decía que no debía quedarme allí mirando. ¿Me había demorado demasiado con la toalla? ¿Había hecho todo el trayecto en vano? ¿Le había ofrecido, quizá, Regina a Santi su propia toalla? ¿O, muy al contrario, había sido el desvergonzado Santi —«ese casta es un bicho»— quien le había demandado su toalla a la mujer de Paolo, cansado de esperarme?

Me encontraba lo bastante cerca de la tumbona como para observarlos a los dos desde su espalda sin que ellos pudiesen verme. Parecían tranquilos. ¿Dormían el uno al lado de la otra? ¡No podía ser! El libro de Regina descansaba sobre la arena, abierto de par en par.

Sólo pude oír el rechinar de los muelles de la tumbona. Y la respiración veloz de Santi, entrecortada de suspiros, como un morse ralentizado. Si dormía, no era nada agradable aquel sueño.

Cuando soplaba el viento, Regina levantaba la mano para asegurar su sombrero de paja, dejando al descubierto el vello de sus axilas. Era oscuro, casi pelirrojo, una mata de algas secas. Tras unos segundos que se me hicieron eternos, algo sucedió. La tumbona se agitó con un golpe desequilibrante y la cabeza de Santi cayó hacia atrás. Lo vi boquiabierto, atravesado por un terror que carecía de sentido bajo aquella solana de sosiego y luz. Un hombre guillotinado. Al percatarse de que yo lo observaba, empalideció y su rictus de espanto se acentuó aún más.

Se incorporó sobresaltado en la tumbona y corrió hacia mí. El traje de baño no se le había secado del todo todavía, y llevaba suelto el cordón de la cintura. Me pareció que el nudo de su ombligo sobresalía más que otras veces, pero quizá se debía únicamente a que hinchaba mucho la tripa al respirar.

—¡Vayámonos de aquí!

—¿Es tu novia? —le preguntó Regina, luchando porque la tramontana, que arreciaba por momentos, no le arrebatase el sombrero.

Pensé que la mujer de Paolo tendría problemas para retomar el libro: una ráfaga de viento había agitado las páginas, desbaratando el punto en el que había abandonado la lectura.

De regreso a la urbanización, le ofrecí la toalla, pero Santi no quiso aceptarla. Caminaba muy serio. Yo quería hacer algo para animarlo: cogería un manojo de pasto y me lo llevaría a la boca, voluntariamente. Empecé a ponerme a cuatro patas para hacerlo.

—No hagas eso —me advirtió—. No eres ningún animal.

Apenas me dirigió la palabra durante el resto de las vacaciones, pero si alguien me agarraba a traición desde la espalda para intentar hacerme aguadillas, él le daba una tunda inmediatamente. No volvió a mencionar ningún volcán ni ninguna vaca, ni volvió a señalar mi parecido con los sapos.

Fue nuestro último verano en aquella isla. Al año siguiente, mis padres decidieron que era demasiado caro veranear allí y nos cambiamos de urbanización.

Jamás volví a ver a aquel muchacho con ombligo de marinero.

LA PISCINA

—Para, tío, no te cebes: tragos pequeños... Si bebemos sólo un poco de cada botella los viejos no tienen por qué enterarse.

Tragos cortos, ése era el secreto. Hacer durar de alguna forma aquello que parecía a punto de expirar.

—¿Qué es esa movida verde del fondo? ¡Pero si hay una lombriz en la botella! ¿Cómo diablos ha llegado hasta ahí ese gusano?

—No seas bruto: se lo ponen a propósito, para darle sabor.

—¿Un gusano vivo?

Nadie sabe responder a eso.

Eneko trata de que la cosa no se les vaya de las manos, pero no resulta fácil. «Habértelo pensado antes de fardar ante los amigos de que tus padres estaban fuera y la casa quedaba disponible. Ahora ya es demasiado tarde.» Ha obligado a sus compañeros a descalzarse antes de entrar, pero hasta ahí puede llegar su control en lo que respecta al orden imperante.

—Se me ha caído un trozo de pizza al sofá, ¿tienes bicarbonato? Mézclalo con un poco de agua y ya verás cómo sale enseguida la grasa. Pero tiene que ser ahora. Anda, trae.

—¿Qué haces, patán? ¿Cómo le dejas que haga eso, Eneko? ¿No ves que no hace sino agrandar la mancha? Ni que se la hubiese cascado alguien en el sofá, menudo manchurrón, tío. Parecerá lefa cuando se seque...

—No lo dirás por tu lechada... ¿A quién se la has meneado tú para saber tan bien qué rastro deja?

—Que te den por el culo.

Imanol se coloca de rodillas con un cojín entre los muslos, fingiendo fornicar con el mueble a golpe de cadera. «Que sea eso lo más grave», piensa Eneko, sin demasiada fe en sus dotes de profeta.

Tiene esperanzas de que la cosa se reconduzca cuando lleguen las chicas. Normalmente sucede así. Aunque la segregación hormonal masculina vaya a más con su aparición, las mujeres tienen la virtud de hacer decrecer el nivel de asilvestramiento de los chicos. No es que las chicas no sepan ser salvajes, sino que su modo de serlo es menos caótico. Ellas han quedado en traer la priva: con un poco de suerte, los chicos dejarán en paz la botella de tequila en cuanto tengan algo más de lo que echar mano. Eneko ha visualizado ya unas cuantas veces la catástrofe: la botella, recuerdo de Oaxaca, rota en mil pedazos, y la lombriz de su interior tendida inerte sobre la alfombra.

Tania y Ane llaman al timbre. Ya estaban tardando.

Tania trae una bolsa de plástico en cada mano: «vodka y ron», anuncia la mujer-báscula, presentando a sus amigos líquidos. Luce un escote espectacular. «La justicia es ciega —piensa Eneko—, pero yo no.»

A Ane no le hace ninguna gracia tener que quitarse los zapatos. Los trae rojos, con tacones de aguja. A pesar de tener las uñas de los pies esmaltadas de color sangre, tener que descalzarse hace mella en su confianza. Se siente disminuida o desarmada al bajarse de sus tacones. O peor aún: un poco resentida. No es una afrenta que perdone fácilmente al anfitrión.

—¿Descalzarme? ¿En serio, Eneko? ¿Es necesario?

Las mejillas de Eneko enrojecen por un instante.

—No es por nada... Es que enseguida vamos a salir a la piscina.

La mención de la piscina lo ha salvado. Es el único de los amigos que cuenta con semejante lujo en casa. En verdad, la piscina es su capital principal para ganarse popularidad entre sus compañeros. Eso y la moto. Una Vespa del mismo color celeste de la piscina, con accesorios cromados, faros tuneados y una pegatina de Loreak Mendian, junto con un *sticker* que dice: «¿San Sebastián? ¡Sansestabién!». También a él lo llamaron San Siestaman por una temporada tras dormirse en clase un día, pero afortunadamente eso era ya cosa del pasado.

Ane se ensimisma mirando las macetas gigantes, los cactus y las plantas trepadoras.

—¿Son ciclámenes?

—Ni idea: yo los llamo *plantas*.

—Mira que eres soso.

Tania se fija más en las acuarelas colgadas en la pared mientras desprecinta la botella de ron.

—Muy porno, ¿no? ¿Qué obsesión tiene tu padre con las mujeres que se abren de piernas?

—Son de un pintor de Mallorca, amigo de mi madre.

—Peor me lo pones.

Imanol escudriña las bolsas que han traído las chicas. Es hijo único, como Eneko, y aunque nunca se le ha ocurrido preguntárselo, hubo una razón para que sus padres decidiesen no traer más niños al mundo.

—¿Es ésta la piscina? Me la había imaginado más grande.

Aimar es el primero en meterse al agua. Salpica todo el perímetro de la piscina al saltar en plan bomba sujetando con las manos las rodillas recogidas, dando un toque clorado a los combinados que trata de preparar Imanol con manos de experto artificiero. Así son las cosas. Hay gente en el mundo que ocupa más de lo que le corresponde cuando camina, cuando habla, cuando duerme con alguien en una cama. También cuando salta a una piscina.

—¡Joder, Aimar, has empapado todos los Doritos! ¡Ahora no hay hijo de vecino que se coma esto!

Al oír las quejas de Imanol, Eneko recuerda el momento en el que ha comprado aquella bolsa *jumbo* en el supermercado esa tarde: su alegría aún por estrenar, lo futuro intocado, la anticipación no defraudada. Todo se malogra, sin embargo, cuando el agua remueve las aspas del molino. Lo anticipado se escurre y no acaba de llegar. Las expectativas no se cumplen. Un paquete gigante de Doritos puesto a remojo en agua clorada. He ahí la adolescencia, he ahí el verano.

Las chucherías que Imanol ha vertido a Aimar sobre la cabeza han quedado varadas en un rincón de la piscina, cerca de la escalerilla; cáscaras de nuez a la deriva. Ane lo reprende mientras se echa un trago de ron a gollete, ensuciando con carmín el cuello de la botella.

—No seáis cerdos. Mirad cómo habéis dejado el agua.

Eneko agarra la pértiga del recogehojas, pero desiste enseguida; los Doritos se han desperdigado ya a todo lo ancho de la piscina. Además, una vez que empiece a limpiar el agua, debería recoger también las hojas. Y eso sí que no. Demasiado trabajo.

Aimar no tarda mucho en salir del agua.

—Hostia, está fría.

El pronóstico para la tarde era halagüeño, pero no han acertado. Ensombrece el ambiente una neblina espesa y compacta, preludio de un bochorno que no acaba de explotar. El aire está pegajoso. A pesar de todo, no hace tanto calor como cabría esperar en esta época del año. Además, la piscina tiene orientación norte. El padre de Eneko siempre se lo recrimina a su esposa cuando se enoja: «¿Cuándo era el cumpleaños de ese amigo tuyo arquitecto? Le regalaremos una brújula el año que viene». El arquitecto es mallorquín, en efecto. El mismo que pinta acuarelas eróticas en sus ratos libres.

—Atención, chicos: está sonando el móvil de alguien.

Es el de Imanol.

—Adrián. Dice que está de camino.

Imanol trastea mientras tanto en la habitación de Eneko. Rebuscando en un baúl entre sus juguetes de infancia, ha encontrado una pistola de mentira y una nariz de payaso. Las exhibe jocosamente, entre burlas.

—Las guardo para algún carnaval —se defiende Eneko.

Afortunadamente, Imanol no ha encontrado sus peluches.

Aimar se queda con las chicas, charlando en las tumbonas de la piscina, bebiendo ron a palo seco. Imanol, con la nariz de payaso puesta y la pistola en la mano, agarra del brazo a Eneko y lo conduce al otro lado de la puerta corredera.

—Esta fiesta es una mierda. ¿Por qué no ponemos un poco de música? Antes de que venga Adrián, quiero decir: cuando llegue con sus cumbias villeras y su reguetón, las chicas sólo querrán arrimarse a él, ¿entiendes? ¿Hay manera de sacar esos bafles fuera?

—No creo...

Imanol intenta llevar a rastras los dos altavoces gigantes del equipo Akai traído de estraperlo de la parte vascofrancesa hace años, pero el cable izquierdo es mucho más corto y se desgarró con el primer tirón.

—Bueno, qué más da. Si tiene que ser mono el sonido, pues que sea mono. Con este trasto seguro que se oye bien, ¡menudo aparato sideral tenéis! Las chicas empiezan a quejarse.

—¿Qué demonios es esto que suena?

—Glaukoma... ¿No os gusta?

—¿Sabéis lo que es un glaucoma?

—El lema de Aimar: «el primero que se arrodille, que me la coma».

Eneko está sentado en la tumbona más próxima al agua, con el recogehojas en el regazo: dos Doritos húmedos se le deshacen entre los dedos. Aprovechando que no lo mira nadie, se los lleva a la boca y los mastica abstraído sin ser del todo consciente de lo que está haciendo, renovando por su cuenta y riesgo los estereotipos de la autoflagelación y la contricción.

—Es como un calamar que suelta su tinta de sopetón: ¡pum! Se te explota una vena en el ojo.

—Para nada. Un glaucoma no es eso.

Vuelve a sonar el timbre. Ding-dong-dang. Tiene un sonido acampanado.

—Qué hortera, ¿no? Parece el timbre de una funeraria.

—Debe de ser él. Espero que haya traído buen material...

Las chicas se alinean con el proveedor.

—Adrián siempre maneja costo del bueno.

Aunque es Eneko quien abre la puerta, Aimar hace los honores y le da la bienvenida: cualquier observador no informado podría llegar a la conclusión de que él es el anfitrión, y aquélla, su casa.

—Qué pasa, moro.

—Moro tu puta madre.

—Vale, tío, tampoco hace falta ponerse así... ¿Lo tienes?

—¿Dónde está la piscina?

Se la muestran. Antes que la piscina, alcanza a ver el recogehojas que tiene Eneko entre las manos.

—¿Qué vas, de safari, doctor Livingstone? De haber sabido que estaban Tania y Ane me hubiese traído el bañador.

—Por las tías no te cortes. Están acostumbradas a ver a tíos en bolas.

Adrián: epidermis amielada, labios carnosos, boca grande, tanto en lo fisiológico como en lo funcional. «Éstos son mis amigos», concluye Eneko resignado, intentando en vano distinguir un tesoro de un castigo.

—¿Y esa mancha de ahí en el sofá?

—¿A que tú también te has dado cuenta? Lo que yo te decía, Eneko: con el bicarbonato lo has empeorado aún más.

Adrián deja a un lado los preliminares y empieza a hacerse un canuto: ha liado tantos en su vida que podría hacerlo con los ojos cerrados. Su pericia fascina a los demás. Será un electricista muy cotizado algún día, y acabará teniendo el mejor sueldo de todos ellos.

La noche va aspirando lo que queda del día. Pronto refrescará aún más. Y la piscina, debido a su orientación norte, es aún más sombría al caer la tarde. Eneko lo sabe de sobra. Pero también sabe cómo arreglarlo. Oculta un as en la manga. Acciona el interruptor de la luz y los focos del interior del tanque se iluminan.

—¡Buah, chaval, qué chulo!

—¡Ahora sí que sí! ¡Todos al agua!

Ane y Tania se despojan de sus atuendos, regalando a los chicos sus espaldas fibrosas y sus nalgas prietas: cuatro medias lunas de una misma naranja carnal. Se zambullen de cabeza, totalmente desnudas.

—Esto bien merece una calada.

—Secaos las manos antes de fumar, no me vayáis a deshacer el torpedo.

Adrián enciende el porro, lo cata para darle el visto bueno y afianza su autoestima arqueando las cejas antes de pasárselo a Aimar. Eneko apura el último resto de vodka llenando el tapón de la botella, ya no quedan vasos de chupito para él. Llega su turno de fumar. Tose tras la primera calada, provocando las risas de los amigos.

«Extraños en el paraíso», se dice Eneko, recordando el título de la película que vio con su padre la semana pasada en Blu-ray. «Extraños en el paraíso.» Le gustaría ponerle ese nombre a su grupo de música. Ha pedido

una guitarra eléctrica para su cumpleaños. Planeaba contárselo hoy mismo a sus amigos, pero no ha encontrado el momento.

—¿Es que no venís?

—Cuando acabemos el porro, guapa.

—¡Sois unos cobardes!

Sucede al tímido que no sabe bien de dónde procede su fuerza, pero su osadía vale por dos. Eneko ignora de dónde ha sacado el arrojo; quizá de la rabia misma que le ha dado toser con la primera calada. La valentía es a veces la chispa que prende al verse uno en el brete de tener que elegir entre dos opciones igualmente vergonzantes. Tiene algo que ver con marcar el territorio. No en vano, Eneko es el anfitrión y se encuentran en su piscina. Los demás chicos lo observan anonadados mientras se desnuda con parsimonia y se tira de cabeza haciendo gala de cierto estilo.

Tania y Ane le dan la bienvenida en el agua entre aplausos. Lo jalean, abrazándolo por el hombro como a un campeón: son amigos íntimos, medallistas olímpicos que comparten un pódium sumergido. Durante unos segundos, él es el rey. Son ahora Adrián, Aimar e Imanol quienes están fuera de juego, sintiéndose, paradójicamente, desnudos fuera del agua. Si no quieren quedarse atrás, deberían quitarse el bañador frente al trío que chapotea en la piscina, y saben que será difícil hacerlo con naturalidad.

—A tomar por saco.

Adrián es el primero en desvestirse. Salta al agua, con su miembro elástico y oscilante, más oscuro incluso que su piel tostada, atrayendo todas las miradas. La acción, el momento, el modo de obrar, el orden de los factores. Y ya sólo quedan dos en el dique seco. Imanol y Aimar se tantean. Quizá Imanol se arrepiente de haberse masturbado de buena mañana, ahora tendrá el pene más encogido, no tan vistoso. Mientras se lo piensa, al ver que Aimar se dispone ya a desprenderse de su bañador mojado, se apresura a rivalizar con él. Caen al agua, en plena pelea, empujándose medio abrazados, intentando utilizar como escudo la desnudez ajena y ocultar con ella la propia.

—¡Tío, tío! Sin mariconadas...

El agua está fría y sus labios se vuelven azulados. Con la piel erizada y la carne de gallina, los chicos parecen aún más niños de lo que son: entre un niño musculoso y un hombre aún hay un trecho que recorrer. Aunque pocas cosas tan mortificantes para un padre como la constatación de su incapacidad para hacer ciertas cosas que, a toda luz, llevaría a cabo con gusto tomando prestada la piel de su hijo adolescente.

Pero no hay adultos allí, los padres se encuentran lejos.

Tras emplear sus respectivas cabezas como balones de rugby sin que por ello sus cráneos adquieran la forma ovalada que les gustaría, los chicos no saben ya qué más hacer. Toda vez que han renunciado a los juegos acuáticos, las dos chicas empiezan a cuchichear cerca de la escalerilla de la piscina.

—Ane y yo queremos proponeros algo. Pero tiene que ser de uno en uno.

Se secan, se visten y entran a la casa.

—¿Cuál es la habitación de tus padres, Eneko?

—Está arriba, ¿por qué?

—Tiene que ser en su habitación.

A Aimar se le ponen los dientes largos.

—Esto promete.

Los chicos se alborotan como animales en celo. Si alguien les pidiese que metiesen los dedos mojados en un enchufe, obedecerían igualmente.

—¡Jode, jode, jode! ¿Qué diablos tienen estas dos en la cabeza?

—¿A ti qué te parece?

—Lo que quiera que sea, no creo que lo tengan *en la cabeza*, precisamente.

Eneko empieza a asustarse. La habitación de sus padres, piensa aterrado. La immaculada colcha de cachemir de la cama. Con lo pulcra y ordenada que es su madre. Los Doritos. El cloro. La mancha en el sofá. El cable roto del altavoz. Daños colaterales. «Que sea eso lo más grave.»

Solamente espera que no toquen los cajones de mamá: le resultaría imposible rehacer aquella simetría, aunque quisiera. Y Guadalupe no vendrá a hacer la limpieza hasta el martes.

—¿Quién va primero?

—Debería ser Eneko, ¿no? Al fin y al cabo es su casa...

—Si no os importa, empiezo yo. He quedado con Erika a las diez. Además, yo he traído el fumeque.

—¿Qué tendrá que ver el fumeque, Adrián?

—A ti te da lo mismo, ¿verdad, Eneko?

No espera a la respuesta. Adrián sube a la habitación de los padres.

Lleva veinte minutos arriba. No se oye ni el vuelo de una mosca. La orientación norte las disuade. Los demás chicos están empezando a impacientarse.

—Moro cabrón. Nos las va a dejar secas para cuando nos llegue el turno.

—¿De veras creéis que están follando? ¿Las dos chicas y él? ¡Ni de coña!

—¿Qué hacen, si no? Están cachondas y achispadas. Las tías son como los tíos: se mueren por hacerlo.

—De haberlo sabido no me la hubiese cascado: la tengo más arrugada que la lombriz esa de la botella de tequila.

—Apuesto a que si ellas se empeñan se te pone dura enseguida.

La espera se hace larga.

—Tío, son menos cinco, ¿no decía éste que había quedado con Erika a las diez?

Son casi las diez y cuarto cuando Adrián desciende las escaleras victorioso, totalmente vestido, sin rastro de haber hecho el más mínimo esfuerzo físico. Su forma de caminar denota, eso sí, un ligero punto de levitación.

—¿De qué va todo esto, Adrián?

—No puedo contar nada. Me lo han hecho prometer.

—Moro... ¡Por favor!

—Lo siento, lo he jurado. Ya puede subir el siguiente. Yo me abro, Erika me va a matar. ¡Buena suerte!

Aimar se les ha adelantado. Sólo quedan Imanol y Eneko en la parte de abajo. Imanol tiene los nervios a flor de piel: cara a cara con Eneko, este último asume estatus de confidente y el primero ya no se siente en la necesidad de fingirse el amo del corral. Eneko siempre ha estado fuera de esa lucha, y lo sabe: quizá Imanol y él puedan llegar a ser amigos íntimos algún día, siempre y cuando no haya nadie más a su alrededor. Existen amigos cuya

confianza se difumina en presencia del rebaño, y que, no obstante, la soledad lanza desesperadamente a tus brazos. El grado de fungibilidad de la amistad es algo que no conviene pasar por alto: saber en compañía de cuánta gente puede llegar a esfumarse la complicidad en cada caso. Los amigos incondicionales quizá no sean, como demasiadas veces creemos, fieles amistades supremas, sino santos mártires degradados. Y no son buenos tiempos para los santos. Por muy mártires que sean y por muy degradados que estén.

—¿De qué crees que se tratará, Eneko?

—¿Quieres que suba arriba y pegue la oreja a la puerta?

—No la fastidemos en el último momento. Si nos pillan espiándolas... No es cuestión de quedarnos sin premio y de que sean esos dos los únicos en mojar, ¿no te parece?

Con Aimar se demoran todavía más que con Adrián. O el tiempo transcurrido hasta verle bajar las escaleras se les hace más largo, al menos.

—Brutal.

Aimar también parece haber sido sometido a algún tipo de hipnosis. Cruza el umbral de la casa como un sonámbulo y se pierde en la oscuridad de la calle. Imanol comprueba la hora en su móvil, parpadea. Dos mariposas nocturnas crepitan en el interior de una mampara sin poder salir: podrían hacerlo, pero deberían plegar las alas y convertirse en una nota que se desliza bajo una puerta.

—Es muy tarde, Eneko... Casi que voy a acompañar a Aimar al autobús.

—¿Cómo?

—Hemos venido juntos y él no conoce bien el camino... Estas malditas urbanizaciones son todas iguales.

—¿Bromeas? ¿Me vas a dejar solo? ¿Y las chicas?

—Ya les vale. ¿Quieres pasarte la vida comiendo de su mano? Yo que tú me andaría al loro con ésas.

Un cadalso elaborado tras talar el árbol del paraíso. De esa misma madera parecen hechas las escaleras que desafían a Eneko. Un paso se dirige hacia la promesa del éxtasis, el segundo es una concesión al miedo que cruje. Un paso hacia un placer figurado; otro, hacia el pánico seguro.

Con el corazón en un puño, intruso en su propia casa, forastero en su pellejo, golpea con los nudillos la puerta de la habitación de sus padres.

Le responden no una sino dos voces. No dos voces calcadas y superpuestas, sino dos voces bien diferenciadas: «Adelante». «Adel» y «ante», dulce estereofonía. Y es precisamente lo que hace. Entrar a la habitación.

La habitación de sus padres permanece intacta. La cama vestida, las sillas bien dispuestas. Ane y Tania, sentadas en el suelo y con las piernas cruzadas, al modo de sioux o pensadores zen, o al menos de la guisa en que Eneko imagina a los sioux y a los pensadores zen. Han abierto la ventana, y aunque sopla un poco de brisa, no hace frío. Del ambiente se desprende cierta templanza, y los gestos de las chicas son acogedores. A Eneko lo más natural le parece sentarse junto a ellas sin decir nada. Así lo hace. Firma el pacto cruzando sus piernas sobre la alfombra de piel de cebra.

«Los chicos se han marchado —piensa—, y el gusano sigue dentro de la botella.» No puede evitar concederse una punzada de euforia triunfal al constatar que la botella de tequila sigue intacta.

Beber sólo un poco de cada botella, ése era el secreto. Hacer durar lo máximo posible todo aquello que parecía a punto de expirar.

Le vendan los ojos con una corbata negra que han encontrado en el vestidor de su padre. Le dicen que se incorpore y que camine por la habitación ayudándose con las manos para no tropezarse. Eneko puede oír cómo murmuran las chicas, las oye respirar, muy cerca de su oído. No le tocan, no obstante. Solamente respiran, suspirando de cuando en cuando. No es tan fácil como parece distinguir un jadeo de placer de un suspiro de dolor: ¿acaso Tania le está tirando de los pelos a Ane? Como nunca antes, Eneko percibe la habitación de sus padres y el papel pintado de la estancia con la punta de los dedos. Se abren esporas en la pared. Además de ciego, se siente también expuesto. Mucho más de lo que lo estuvo un rato antes en la piscina. Le han transportado a otra dimensión, muy lejos de allí. Aquélla no será ya la habitación de sus padres nunca más. No es la misma habitación. No puede evitar pensar que sus padres lo engendraron allí, desnudos, quizá en aquella misma cama que ahora palpa a ciegas: dos pollos desplumados frotándose en

dudosa armonía, un copular enajenado de dos personas que juegan a descubrir el fuego, sin llegar a creerse del todo que aquel trance pueda derivar de veras en la creación de un ente vivo.

—Ahora, busca el despertador.

Eneko palpa con los dedos la mesilla de su madre. Acariciando desde la esquina el mueble hacia la pared, halla enseguida el viejo despertador a cuerda. Lo coge y alarga su mano hacia donde, intuye, se encuentra Ane. El despertador encaja en su palma con holgura. Siente por unos segundos los dedos de Ane en sus yemas, cautivado por aquellos dedos extraterrestres, bastante más suaves que los suyos: le resulta llamativo que dos manos, la de la chica y la de él, puedan ser tan diferentes la una de la otra. Presión, humedad, capacidad y ganas para asirse y soltarse, una mano es un increíble prolegómeno de variables infinitas. Aquellas manos, para él las quisiera, se le antojan las manos de una persona adulta.

—Muy bien. Ahora busca el retrato de boda.

Ésa es fácil. Estaba colgado muy cerca de la puerta. Se limita a encontrar primero el marco de la puerta y después el entrepaño de la pared en el que se encuentra el retrato. Lo descuelga con cautela para depositarlo en manos de Tania. Sus dedos son más secos y arrugados que los de Ane, pero también más alargados.

Siguen así, jugando por un rato durante el que la diversión le hace perder la noción del tiempo. Tania y Ane demandan y ordenan; Eneko ofrenda pequeños tesoros que va encontrando en la habitación. Las chicas han ido alineando uno por uno los objetos sobre la cama, como quien acumula enseres antes de partir de viaje o hacer una mudanza: el despertador, el retrato de boda, un peine de nácar, el libro que su madre tenía sobre la mesilla de noche. Después hacen bailar a Eneko, turnándose, pasándose de mano en mano, sin música. Lo hacen tan pausadamente que podrían incluso hacerle creer que sabe bailar de veras. Un, dos, tres, brinco. Un, dos, tres, brinco. Todo parece más sencillo guiado por las chicas. Las agujas de los relojes se han parado. Entonces oye el ruido del obturador de una máquina Polaroid. Le acaban de sacar una foto.

Ane le musita al oído algo inesperado:

—El amor es la amistad en llamas.

Y vuelven a la carga en su cabeza: pollos desplumados frotándose en dudosa armonía, un copular enajenado, las instrucciones para descubrir el fuego y las instrucciones para sobrevivir al fuego sin quemarse.

Y ahí acaba. Eso es todo. Ya no le piden nada más.

—¿Puedo quitarme el antifaz?

No recibe respuesta.

Ya no se oyen la respiración ni los suspiros de las chicas. No hay jadeos, ni risas, ni placer, ni dolor. Cuando se quita la corbata advierte que está solo en la habitación.

Alguien toca el timbre en la parte de abajo. Ding-dong-dang. En efecto, de tan acampanada, parece una melodía funeraria.

Para nada es su atuendo habitual, pero Eneko lleva traje y corbata porque acaba de llegar directamente del tanatorio. No esperaba a nadie antes de las cuatro, pero los compradores parecen haberse adelantado. ¿Cómo hacer durar lo que se extingue si la gente no tiene paciencia ni sabe esperar?

Será difícil que los compradores paguen todo lo que pide por la casa. En la agencia le han advertido que no estaría mal bajar un poco el precio.

—¿Podríamos ver la piscina?

¿Dónde estará aquella polaroid? Hace años que no la ha visto por ninguna parte, pero la recuerda como si la tuviese ante sus ojos. Las chicas se la dejaron sobre la cama antes de abandonar la habitación a hurtadillas. Eneko, un adolescente con los ojos vendados con una corbata negra. Tania, juguetona, lo apunta en la sien con un revólver de plástico mientras le saca la foto con la otra mano. Y Ane, que mantiene sus labios apretados muy cerca del lóbulo de la oreja de Eneko, tiene puesta la nariz de payaso. Los tres sonrían, aunque cada uno lo hace por un motivo distinto.

—Es curioso que la piscina tenga orientación norte, ¿verdad? En los chalets de alrededor no sucede lo mismo.

De camino a la piscina, vuelve a recordar la botella de tequila.

«¿Cómo diablos ha llegado hasta ahí ese gusano?»

«No seas bruto: se lo ponen a propósito, para darle sabor.»

«¿Un gusano vivo?»

Eneko les pide a los compradores que se adelanten, por favor, a la cocina.

—Será un minuto. Enseguida les acompaño.

En vez de eso, se mete en el tanque de la piscina vacía. Desciende lentamente la escalerilla, y al llegar al fondo rebosante de hojas secas, asido con fuerza a la barra metálica, rompe a llorar.

CELEBRACIÓN

El final fue agónico, pero qué final no lo es. En ciclismo, el último aliento es lo que cuenta.

El pelotón había llegado roto a las faldas de Les Deux Alpes, la clasificación absoluta estaba en juego y se trabajaba a destajo a la caza del escapado. Afortunadamente para él, en cuanto empezaron en serio las escaramuzas Iraola se encontraba ya demasiado cerca de la línea de meta, y la ventaja acumulada durante la ascensión a la Croix de Fer resultó suficiente para acometer con garantías el largo descenso y cruzar la meta con casi cincuenta segundos de diferencia. Atrás quedaban Ullrich, Pantani y demás estrellas de la general. Iraola alzó los brazos, victorioso en la gesta y vencido en los gestos, como un pobre minero felizmente rescatado del pozo.

«¡Ya no hay quien lo alcance!» Chema daba botes exaltado, convertido en mascarón de proa de la euforia. El televisor y lo que había en torno eran su altar: fotografías de todos los tamaños, recortes de periódico enmarcados, el maillot de ganador de la Vuelta al Bidasoa... Presidía el salón la foto oficial de la presentación del grupo Banesto de aquel año firmada por el propio Iraola («Para Chema, en agradecimiento por su ánimo, con afecto»). Iraola niño, sonriente en un pódium de cadetes mientras muerde una medalla de oro que pende de su cuello. Iraola aficionado, recibiendo la copa de campeón de Gipuzkoa el año 91 de manos del propio Chema. Iraola adulto, bebiendo zumo de melocotón en una foto que habían tomado durante la última cena de la peña Avanti Iraola! Arracimados a su alrededor, Chema y los demás miembros sacan pecho orgullosos, whisky en mano, con las orejas rojas y el morro caliente. El más discreto de la foto es curiosamente Gregorio Iraola, el padre del protagonista, que sostiene apocadamente entre los dedos un puro aún sin encender, ocultando a la cámara lo orgulloso que se siente de su hijo.

No bien cruza la línea de meta, Chema ya está telefoneando a Gregorio.

—Comunica.

—¿Qué esperabas? Todos le estarán llamando.

Blanca no era especialmente aficionada al ciclismo, pero el Tour sí, el Tour de Francia lo seguía todos los años; al menos las etapas de montaña, ésas eran sagradas. Cuando eran más jóvenes, solía acompañar a Chema a los Pirineos, donde acampaban por unos días para seguir alguna ascensión. Ibai era pequeño todavía, y al echar la vista atrás, Blanca no se explicaba de dónde sacaba entonces las fuerzas para aquellas excursiones.

—¿Dónde se ha metido el rastafari?

—Ha quedado con sus amigos para bajar a la playa.

«Y gracias a dios que lo ha hecho», pensó Blanca. El ardor con que Chema jaleaba a Fredi Iraola la violentaba bastante. Qué decir sobre el hecho de que tuviesen colgadas en el salón de casa más fotos de Fredi que de su propio hijo. Ibai nunca había mostrado excesivo apego por la bicicleta, a pesar de que su padre se ocupó de regalarle la equipación completa del equipo Reynolds y una Peugeot con cuadro de aluminio y pedales automáticos Look nada más cumplir los doce años. Hizo todo lo que estuvo en su mano para contagiar la afición a su hijo, pero los hijos no necesariamente beben de la misma fuente en la que los padres encuentran la felicidad, y por mucho que uno advierta esta inapelable verdad desde un inicio, la constatación de que los vástagos se astillan y se alejan del propio palo no impide que un padre se sienta íntimamente decepcionado. Aunque hacía tiempo que había asimilado que su hijo jamás sería ciclista profesional, Chema no había podido disimular su disgusto el verano anterior, cuando Ibai decidió pintar de negro la vieja Peugeot y colocarle una cesta para llevar el balón de vóley.

Gregorio había madrugado mucho la víspera. Era fin de semana y sabía que la gente compra más carne los sábados por la mañana. No quería llevarse un chasco y quedarse con las sobras. Eligió unas chuletas de buey en el mercado de la Brecha, también costillas de cordero y dos conejos, abiertos por la mitad, previa indicación de que los asaría a la parrilla. En la pescadería compró un par de chicharros y unas sardinas bastante hermosas, por si las moscas: siempre hay algún raruno que prefiere tomar pescado.

—¡Es el padre de Fredi Iraola!

El carnicero le señaló a su ayudante el calendario del equipo Banesto mientras le fileteaba las costillas a su gusto. Todos sentían el triunfo de Fredi como suyo. A la gente le gusta visualizar que la chepa del ganador se encuentra a sólo un par de palmaditas en la espalda de distancia, es la manera de sentirnos partícipes, vinculados a nuestros contemporáneos, a esa porción de gloria indirecta que nos pertenece, siquiera de carambola incidental. Además de poder elegir la carne al gusto, había una segunda razón, más inconfesable, por la cual Gregorio había madrugado tanto aquel día: no quería encontrarse a nadie conocido en el mercado. Era evidente que Gregorio se enorgullecía de la gesta de su hijo —¿cómo no iba a hacerlo?—; lo que le molestaba era recibir la enhorabuena de la gente continuamente y dar las gracias una y otra vez, los últimos días habían sido agotadores. Y, a pesar de que a punto estuvo de desconectar el teléfono, acabó haciendo guardia junto al aparato, atendiendo pacientemente y sin tiempo apenas para comer, todas y cada una de las llamadas de familia, amigos y periodistas. Con Fredi, sin embargo, solamente pudo intercambiar un par de palabras; sabía que a su hijo le gustaba estar concentrado en carrera. Sólo pudo escuchar su voz cuando le hicieron una encerrona en directo en la cadena SER.

—Fredi, tienes a tu padre al otro lado del teléfono.

—Padre...

—Hijo...

Era imposible sostener una conversación coherente en aquellas circunstancias, con los colmillos del periodista en el cuello, bajo la coacción de la lágrima fácil. «Los vascos no somos así», se dijo Gregorio Iraola. Estaba «visiblemente emocionado», sí, pero era muy otra la razón que tenía para llorar, enmarcada junto al teléfono: la foto de su esposa Yurre. Hacía un año que había enviudado y era lo que más le dolía en aquel instante. Que su mujer hubiese fallecido sin llegar a conocer el mayor triunfo de su hijo.

—Te llevas carne para un regimiento... ¿Vais a celebrarlo en familia?

—Me voy a las Landas con los de la peña. Les he prometido una barbacoa.

—Hace mucho calor por allí estos días. Tened cuidado, no os vayáis a achicharrar.

Lo sensato hubiese sido haber esperado hasta acabar el Tour, pero Gregorio, azuzado por Chema, transigió en hacer «algo informal» antes de la celebración oficial. Solamente se reunirían «los incondicionales» de la peña, con sus hijos y sus respectivas esposas; la caravana que tenían los Iraola cerca de la playa era idónea para ello. Un plan redondo: primero la parrillada, y a continuación seguirían juntos por televisión la contrarreloj de Grenoble.

No todos conocían la casa de las Landas, por lo que acordaron hacer el trayecto juntos desde Lezo. Entre unos y otros, acabaron siendo alrededor de una docena, distribuidos en cuatro autos.

—No merece la pena que conduzcas, Goyo. Iremos en nuestro coche. Ibai y Blanca también vienen.

De no soplar un poco más de brisa en las Landas, lo iban a pasar mal. No había sombra ni cobijo alrededor de la caravana de Gregorio. Traían salsa barbacoa a espuestas, pero no podían decir lo mismo respecto al protector solar. Lo que no faltaría, por descontado, iban a ser las viseras de Banesto.

Siempre había alguien que no se conformaba con el tema deportivo y trataba de meter baza:

—Si no es indiscreción, Goyo, ¿el banco te da también facilidades a ti a la hora de pedir un crédito?

Tras introducir la carne en el maletero, Gregorio se sentó junto a Chema en el asiento del copiloto.

—¿Seguro que no prefieres ir tú delante, Blanca?

—Por favor, Goyo... Ibai y yo vamos la mar de bien atrás, ¿a que sí, Ibai?

Ibai asintió: no tanto para dar la razón a su madre sino porque estaba inmerso en una canción de Ziggy Marley & The Melody Makers que sonaba incluso fuera de sus cascos.

—Esta vez tu hijo se ha lucido, Goyo, menuda hazaña. Lo de la Vuelta al País Vasco tampoco estuvo mal, pero esto... ¿Vendrá a disputar la Clásica?

Gregorio se encogió de hombros. Creía que sí, pero no estaba seguro.

—¿No has podido hablar con él?

—No como dios manda.

—Claro, es que el Tour es otra cosa. *La Grande Boucle*, ¡cómo los cuidan! Seguro que nos lo cuenta todo con pelos y señales la semana que viene: he reservado la sociedad para el día veinticinco. Primero recepción en el Ayuntamiento, y después a cenar. Esta vez le permitiremos tomarse un whisky, ¿eh? Hoy tampoco nos quedaremos cortos: Sebastián se encarga de las botellas de Cardhu, ¡veremos si esa repelente cría suya nos da tregua!

—Chema, por favor... —protestó Blanca.

Habían dejado atrás Hendaya, pero aún se oían bien algunas cadenas de Hegoalde. No todas, por supuesto. Conforme se iba perdiendo la señal de una, Chema buscaba otra en el dial, con la insistencia del hombre sin pericia a quien se le apagan una tras otra las cerillas en la cocina, siempre a la búsqueda de algún boletín que informase sobre el Tour. Pero era temprano aún. La contrarreloj no comenzaría hasta más tarde. Las ondas de RNE eran las de más largo alcance, pero también su sintonía acabó por enmudecer. Chema se resignó a la pujanza del imperio galo y sintonizó France Bleu. Era mediodía cuando el nombre de Federico Iraola fue mencionado en el boletín.

—¿Va escapado?

—Ya te dije que la de hoy era una etapa contrarreloj, Blanca.

No hacía falta un gran dominio del francés para percatarse de la esencia de la noticia. Gregorio y Chema lo entendieron de inmediato. Los dos a la vez.

—Abre la ventanilla, por favor, Chema.

—Tengo puesto el aire acondicionado, Goyo. Si abro la ventana...

Gregorio Iraola no era de los que toman la iniciativa. Fue significativo que pulsase él mismo el botón antibloqueo del panel de mandos y abriese la ventanilla del copiloto completamente. Sacar la cabeza fuera no lo alivió en absoluto: el soplo del viento le resultó abrasador.

También Ibai notó la inquietud del interior del coche. Apagó la música y se quitó los auriculares. Su madre le puso una mano en la rodilla para que se abstuviese de hacer ningún comentario. También hizo algo inaudito: le volvió a poner los cascos a su hijo en los oídos. «Ahora toca callar.»

El primer restop se hizo de rogar. Chema detuvo el coche. Los tres vehículos que les seguían entraron tras ellos en fila india, aminorando la marcha como en una mala película de gánsteres. Nadie se atrevió a salir de su

coche. Todos estaban al corriente.

—¿Qué haces, Chema?

—Tendremos que regresar, ¿no? Imagino que querrás volver a casa.

—¿No habíamos quedado en que íbamos a hacer una parrillada?

—¿La barbacoa? ¿De verdad quieres seguir adelante, Gregorio? No tienes por qué...

—La carne se echará a perder.

—Goyo...

—Arranca.

—Gregorio...

—Que arranques, te digo.

Chema arranca el coche y conduce hasta la entrada de Vieux Boucau sin ningún afán por llegar. La caravana ha menguado. Visto lo incómodo de la situación, dos de los tres coches que los seguían han optado por dar media vuelta y batirse en retirada. Los *amigos* de la peña. Los *incondicionales*. «Malditos bastardos», piensa Chema, apretando la mandíbula con rabia. La caravana de los Iraola se encontraba un tanto apartada de las demás urbanizaciones, en un entorno un poco más agreste en el que la playa colindaba con un pinar.

Gregorio ha sido el primero en salir del coche y abrir el maletero. Con una fresquera llena de carne en cada mano, llega a la caravana sin aceptar la ayuda de nadie, con el espinazo doblado por el esfuerzo.

Inmediatamente después sale Ihintza, la hija de seis años de Sebastián y Pilar, la única que no era consciente de lo que estaba pasando. Ríe y corretea con un flotador rosa alrededor de la cintura.

—¿Cuándo vamos a inflar la colchoneta, papá?

Sebastián se acerca a Chema y le susurra algo al oído:

—¿Qué hago con las botellas de Cardhu?

Chema suspira. Se encuentra totalmente abatido.

—Menudo putadón. Deberíamos volver a casa.

—Pero Goyo no quiere.

Ibai se tumba con indiferencia en la arena leyendo un cómic.

Pilar y Blanca se dirigen hacia Goyo, temen lo que puedan encontrarse allí. Saben leer sus respectivas miradas: «Mejor dos que una». La clásica Brigada de Rescate Femenino.

De naturaleza tozuda como era —un tauro en toda regla—, Gregorio no iba a ponérselo nada fácil. Tras guardar las bebidas en el frigo, hizo que todos se sentasen a la sombra del toldo adosado a la caravana. Aunque el sol caía a plomo sobre la parrilla, Goyo se empeñaba en ocuparse de todo personalmente.

—Lo haremos entre los dos, Goyo. Te vas a asar vivo.

—Hoy no. Por mí no te preocupes. Sois mis invitados.

Sobre una incomodidad ya sembrada, germina una nueva incomodidad. Puede suceder. Dos silencios de la misma cualidad y con diferentes matices se superponen y dejan a los comensales a la espera de una tormenta que podría o no llegar. Sus miradas y gestos se enmarañan en un amasijo de incertidumbre. Lo intentan incluso con palabras en las que no tienen fe.

—Quizá todo se deba a un error. Habría que esperar al contraanálisis.

Era en vano.

Gregorio prende el fuego con pericia y vierte un chorro de queroseno para avivarlo.

—También he traído sardinas y chicharro, ¿alguien va a querer pescado?

—Quiere estar solo... —comunica Chema a los demás, apurado.

—Es normal, nosotros también estaríamos avergonzados —concede Pilar.

—¿Avergonzado de qué? —pregunta la pequeña Ihintza.

—¿Has conseguido inflar la colchoneta? —Sebastián a su hija, mientras llena los vasos de Cardhu.

—Todavía no, la he dejado allí.

Ihintza señala el lugar en el que Gregorio sigue asando la carne. Suda copiosamente, su calva al rojo vivo. Parece que de un momento a otro le vayan a brotar cuernos por las sienes. Chema no puede evitar acordarse de Claudio Chiappucci. De su sobrenombre, más bien: *Il Diavolo*.

—¿No deberíamos acercarle una gorra?

—Solamente tenemos las viseras del equipo. No creo que sea buena idea.

Ibai llevaba la suya puesta. Al darse cuenta, su padre le dio un buen pescozón, antes de arrebatarle de un tirón la gorra de Banesto.

—Podrías hacer algo de provecho, Ibai: ¿por qué no le traes la colchoneta a la niña?

—Ni hablar —intercede Sebastián—. La colchoneta es de Ihintza. Que la traiga ella si quiere. Es una niña mayor. Cada uno tiene que aprender a cuidar sus cosas, ¿no es así, Ihintza?

Ihintza se dirige obediente hacia la barbacoa, colocándose la mano en visera sobre la frente. Cuando llega a su altura, Gregorio se seca las mejillas con un pañuelo.

—¿Estás llorando?

—No, cielo: es el sudor.

—Por los ojos no se suda.

—Pero el sudor se te mete en los ojos y te hace llorar.

—Entonces estás llorando.

—Por el sudor.

—¿Puedo coger la colchoneta?

Gregorio ni siquiera había reparado en la colchoneta naranja bajo la fresquera. La levanta, para que la niña pueda alcanzarla.

—¿Quieres que te la infle yo?

Ihintza asiente. Gregorio coloca en la fuente cubierta por papel de plata los conejos abiertos de par en par.

—¿Qué hace ahora?

—Gregorio le está inflando la colchoneta a tu hija.

—¿Es que se ha vuelto loco? ¡Traigo el hinchador en el coche!

—Dejadle, le vendrá bien. Tiene que desahogarse de alguna forma.

—¡Menuda faena! Y además en el Tour. Seguro que es política de equipo. ¡Si es que los envenenan! ¡Los obligan a tomar cualquier cosa!

—Es vuestra culpa: con tanta peña y tanto...

—Haz el favor de callarte, Pilar.

—Pero si es verdad... ¿No podía gustaros el fútbol, como a todo el mundo?

—No es justo. Lo que hacen con estos chavales no es justo.

—Un deporte tan duro...

Ihintza vuelve a la carrera llena de júbilo, trae a rastras la colchoneta naranja, que la supera en tamaño con creces.

—¡Me la ha inflado Gregorio!

Él también se acerca, con sus chuletas, sus conejos abiertos en canal y sus jugosas costillas de cordero.

—¿Todavía no habéis descorchado el vino?

Sebastián le señala la botella de Cardhu. Revela así su estrategia para cuando ha de conducir: empezar con lo más fuerte, para luego ir reduciendo la graduación. Tiempo habrá para el vino.

Comen en silencio, sin ganas. Ni el clima, ni su estómago, ni su estado de ánimo están para grandes banquetes.

—Nosotros deberíamos ir pensando en volver —adelanta Pilar—. Recuerda que mañana tenemos que madrugar: Ihintza se va de colonias.

—Está bien.

Sebastián se siente culpable de abandonar el barco prematuramente.

—Os dejo aquí las botellas de Cardhu.

Cuando se quedan solos los cuatro, Gregorio parece un poco más animado. El hecho de resistir allí y de que la gente se vaya yendo poco a poco es una forma de ganar la batalla. Un pelotón de gente es lo último que necesita.

—¿Alguien quiere repetir carne?

—Yo estoy bien.

—Queda poca. Por terminarla.

—Yo tomaría otro trozo.

—Bien dicho, Ibai. Tú sí que sabes.

Chema fulmina a su hijo con la mirada, pero éste no lo nota, sigue inmerso en el cómic. Se ha vuelto a poner la visera del Banesto, hacia atrás, al estilo de los raperos. Su padre, esta vez, se limita a suspirar.

Cuando ya no queda más carne, Gregorio se ofrece a asar el pescado.

—A modo de merienda-cena —dice—. Es una pena que se eche a perder.

Pena y perder, ésas son las palabras más duras. Nadie se atreve a disentir. Gregorio se dirige otra vez hacia la parrilla.

—Haz algo, Chema. Para de una vez esta locura.

—¿Qué puedo hacer yo?

—He quedado a las nueve con los amigos. —Una vez acabado el cómic, Ibai empieza a salir de su letargo.

Todavía no han dado las seis. El sol, más oblicuo, apunta ahora directamente a los ojos. Es la hora en que la luz perjudica el campo de visión de los centinelas, el momento idóneo para escapar de la cárcel o amotinarse en el baluarte.

—Deberíamos volver a casa.

—Volved vosotros. Yo pasaré aquí la noche.

—¿Cómo?

—No te preocupes por mí, Chema. Estoy bien. Cogeré el autobús mañana.

—Ni hablar, Goyo, eso sí que no. No te vamos a dejar aquí solo.

—Lo prefiero así. En serio, estaré bien.

Gregorio le señala la botella de Cardhu, indicándole que es toda la compañía que precisa. Es falso, pero hay códigos que, por muy trasnochados que parezcan, siguen vigentes entre los amigos de la peña.

Por la lentitud de su marcha se intuye que el conductor no parece muy seguro de lo que está haciendo ni del mensaje que transmite a quien permanece en la playa. El auto levanta una polvareda, hasta que enfila una carretera más ancha, acelera y desaparece.

Al fin solo, Gregorio se siente en paz. Saca las sardinas que quedan en la segunda fresquera y comienza a asarlas, aunque sabe de sobra que son demasiadas para él, que no tiene apetito, que no probará ni una sola. Se siente un tanto indispuerto. Casi no ha bebido —ni tan siquiera agua—, y la sombra es el único alimento que demanda su cuerpo. Los azotes del sol se le antojan

bien merecidos. Bajo un sol de justicia, luz y taquígrafos; siente cómo se derrite el oprobio, cómo se deshace a través del sudor aquella vergüenza no del todo ajena sino más bien parental, profunda y viscosa, heredada del revés, con el retrogusto del orgullo. Jamás antes se le hubiese ocurrido pensar que locura y afrenta puedan ser las dos caras de una misma moneda. Aunque indispuesto, la ignominia se desintegra ante él. Pero el calor que desprende el carbón de la parrilla es superior a sus fuerzas. Si se trata de un golpe de calor o si es su propio cuerpo el que dice basta, cualquiera sabe. Gregorio Iraola pierde el conocimiento y se desploma.

Un insecto merodea y vibra alrededor de los lóbulos de sus orejas enrojecidas sin conseguir despertarlo. No parece que el bicho lo moleste ni lo altere lo más mínimo. Hasta que un ronquido de apnea que no parece suyo pero lo es lo sobresalta. Se incorpora sin saber dónde está, y precisa solamente unos segundos para darse cuenta de que el desfallecimiento no ha conseguido que la pesadilla se disipe. Recoge de la parrilla las sardinas renegridas.

Iraola prepara mesa para dos. Su hijo aparece con los brazos levantados y los músculos bronceados. La realidad desdice las apariencias: no es oro lo que acaba de sacar de la mina. No es más que la foto del periódico de la víspera.

Pone los cubiertos. Hay dos sardinas calcinadas en cada plato.

—¿Te acuerdas, Fredi, de cómo odiabas a nuestro vecino del cuarto izquierda? Os quitaba el balón cada vez que os pillaba en los soportales. ¿Recuerdas cómo le robaste la correspondencia del buzón una vez? Te pilló en el ascensor, orinando sobre sus cartas. Jamás he pasado tanta vergüenza en mi vida. Lo recuerdas, ¿verdad?

La foto en blanco y negro absorbe el cerco de grasa del plato que tiene encima. El viento agita las hojas del periódico.

—Pues bien, Fredi, esto no será peor que aquello.

Comienza a pelar las sardinas y a quitarles las espinas, con sumo cuidado. Carne blanca bajo la piel abrasada. Hay partes del pescado que aún pueden salvarse.

—Pero come algo, hijo mío, que estás en los huesos.

Con las prisas se han dejado olvidada la colchoneta anaranjada junto a la caravana. Cuando llegue la galerna, el viento se ocupará de arrastrarla hasta alguna de las playas salvajes de los alrededores. Porque no es ésta la única, hay más playas. De hecho, hay muchas, y es importante saber que es así. En aquella playa la encontrará algún niño, abrirá la válvula y hará ese gesto que todos hemos hecho alguna vez, el de abrazar la colchoneta mientras se desinfla. A medida que la cámara de aire vaya quedándose blanda y flácida, el aire filtrado por el plástico acabará en su cara, en sus párpados, más tarde en su nariz y en sus mejillas. Se olvidará por un momento del bochorno del día y sentirá a flor de piel el soplo diferido y continuado de una respiración ajena, primero con fuerza, más débil después, perdiendo fuelle hasta acabar desapareciendo en un hálito punzante.

Después, caso de que tenga alguno, el niño regresará a su triciclo, y correteará con él hasta la caravana de sus padres.

Esos triciclos tienen ruedas firmes, bien robustas y macizas, de esas que no se pinchan jamás.

SAPORE DI SALE

Podría enseñar más y también podría enseñar menos, con quince años a punto de cumplir y el bikini nuevo tan ajustado. Tras pensárselo bien, decide mostrar, ni más ni menos, justo lo que está a la vista. Gracia y cálculo le pertenecen. Observad cómo ha colocado la toalla sin estrenar sobre la arena, evitando enfrentarse al sol, con un ángulo diagonal, en la tentativa de crear una estructura y buscar un orden, más allá de una mera ubicación para tumbarse en la playa. El vértice del triángulo son sus rodillas, la lección de geometría se traslada hoy al aire libre. Mantiene las palmas apoyadas en la arena, esperando a ser teletransportada. Lo será, tiempo al tiempo. Sus gafas de sol, dos corazones con montura color piruleta, palpitan y hacen palpar. Su cabellera peinada hacia atrás, brillantes surcos negros como el vinilo, quién sabe qué pegadiza canción ocultará. A su alrededor, los bañistas se guarecen bajo parasoles con franjas blancas y amarillas; ella no necesita nada de eso. La vida es un bazar turco y un trato es un trato: el sol te da fuerza y se cobra a cambio lo suyo en arrugas. Nadie la ha apercibido aún de que tiene una piel demasiado pálida para prolongar sus baños de sol. Cuando le dicen «vayámonos al gabarrón», ella responde con indolencia que «quizá más tarde». Los príncipes no son azules, el mar lo es. *Sapore di sale, sapore di mare.*

Algunas palabras o expresiones ajustadas a su piel: Chernóbil, almendra, la prueba del algodón. Podrían buscarse más.

Hace tiempo que se extinguieron los vendedores de a pie en la playa, estaría bien volver a escuchar sus exclamaciones costumbristas: «¡Hay patatas, Coca-Cola y Fanta, cerveza!». O bien, caso de que el vendedor tuviese a bien gastar cierta retranca: «¡Hay coñac, whisky, champán, ginebra!». Es la época dorada de la crema solar Nivea y de los balones hinchables gigantes que regalaban, muy apropiados para las focas de circo. Los críos están ahí, los oye trastear con sus castillos: quizá son los suyos. No

los castillos, se entiende, aunque es demasiado joven para ser madre. Los muchachos la salpican agitando sus cabelleras mojadas como leones recién salidos del mar; niños descuidados le ensucian la toalla con arena mientras corren hacia el agua, y no solamente son los suyos, sino los de alguien más. Al principio se pone de pie para sacudirse, pero luego se da por vencida. Aprende a no enfadarse cuando invaden su espacio. Mantenerse tumbada es su labor. Ya basta de estar bocarriba; se da la vuelta para quien quiera admirar la cresta de su espina dorsal, aunque sabe que bocabajo no podrá aguantar tanto rato.

Lee una tras otra un sinfín de voluminosas novelas; le encanta leer a los rusos en la playa, es una de sus perversiones. Guerra y paz. La cabeza roja de un fósforo junto a su pecho. Siente que cada lunar que le brota en la piel es un soldado perteneciente a un ejército preparándose para la contienda. No es consciente de que nadie la haya pisado aún, pero la uña pequeña de su pie izquierdo sufre de un hematoma que se diría inaugural, la primera pieza de muchas de un dominó que irá cayendo y extendiéndose por todo su cuerpo. Quizá se haya amoratado la uña por haber apoyado durante toda la vida su peso sobre ese diminuto meñique. El viento le provoca estrías en los muslos y le deja restos de líquen en las bisagras de las rodillas. No quiere asumir aún que todo cuerpo, también el suyo, es una embarcación de navegabilidad reducida.

Hace falta una gran fuerza de voluntad para seguir recostada cuando el sol declina y todo el mundo a tu alrededor empieza a incorporarse: palpa el peligro, el miedo a que aquellos que se mueven a su vera puedan asirla por las extremidades y trasladarla sin su permiso a otra parte. Parientes que se gritan, la familia rota durante el día se vuelve a pegar trozo a trozo en el interior del coche, como un jarrón de la dinastía Ming. El mundo se desplaza con la luz cual abanico escalonado y ella resiste estoicamente en la playa.

Solterones buscan tesoros en invierno con sus detectores de metales. «¿Acaso no veis que estoy aquí?» Para ella no es invierno todavía. Tampoco otoño. Es pleno verano, a pesar de la sombra que acecha en la esquina de un escalofrío. Culparemos a algún árbol de la entrada a la playa, las sombras al atardecer son alargadas. También crecen y se desperezan los árboles, con el paso de los años.

Dunas allanadas por rastrillos, peinadas una y otra vez. Dependiendo del dibujo que se quiera obtener en la playa, el rastrillo puede pasarse por la parte dentada o por la no dentada. Lo mejor, alternar. Abrir surcos y alisar. Acanalar y aplanar. Siembra y barbecho. Si estuviese en una piscina, escucharía los sapos. Si se encontrase en un refugio alpino, el eco mineral del frío en los acantilados. Pero está en la playa, sola en la arena, y solamente puede escuchar el oleaje. Y la playa es un cedazo, un tamiz que criba huesos de melocotón y pepitas de manzana erosionadas. También podría tumbarse de costado, si quisiera. Ahora lleva gafas más grandes, Onassis, Jaqueline. Su cuerpo se encoge como un puño; pero no con intención de golpear a nadie. Digamos más bien puño como quien dice embrión.

Siempre parece la misma mañana, pero no lo es. Cuando la marea sube, los veraneantes tienden a recoger sus toallas y a alejarse paulatinamente de la orilla: no es su caso. Si se moja, se moja y punto. La experiencia le dice que la marea acabará bajando tal y como ha subido. Que, con un poco de fortuna, no será arrastrada por ella. También sabe que la suerte hay que buscarla y que miente quien afirma no necesitarla. Siempre hace falta un poco de fortuna, y rogar por ella quedamente no es necesariamente lo mismo que rezar una oración.

«¿Queréis que pose para vosotros? Pues poneos a la cola.» Y se ponen. Tras la galerna, muslos y pubis rebozados de arena; su cintura se torna rectangular. Ahora es más cubo Rubik que manzana. A veces sucede, prevalece la rigidez de los huesos a todo lo demás y olvidas qué llevabas puesto. Debería abrir los ojos para recordar de qué color es el bikini que trae hoy —porque ha llegado a la playa esta mañana, ¿no es cierto?—, pero no le apetece hacerlo.

Ya no hay bikini que valga, o es del color de la carne el bañador, el viento y la intemperie se lo han lamido, desgastado, igualado a la piel.

Podría dirigirse al faro. Pero ¿con qué objeto? El puntiagudo haz de luz que desprende la guadaña del reflector la alcanza sin necesidad de que ella se dirija hacia allí. Una ley: la del mínimo esfuerzo. Una playa propia: la de quien sabe que el vientre plano es un enclave efímero. En ese circo fugaz revolotean buscando el ombligo granos de arena y pequeñísimas trazas de

hojas secas trituradas hasta el sedimento —es polvo, pero no exactamente, no le gusta llamarlo así—. Desearían esos sedimentos el ojo del huracán, ellos saben que es el único sitio donde pueden hallar la paz.

Tiene un colmillo un poco torcido. Antes nunca le molestó; ahora, sí. Pero antes que intentar comprender el porqué de este cambio, prefiere centrar su atención en el resto de su dentadura. La palpa con el índice: torcido, recto, recto, recto. La rectitud de la mayoría de sus dientes la consuela. Podría repetirlo una y mil veces, eso de tocarse las encías con las uñas. Las uñas y los dientes: trozos de ti que te sobreviven. ¿Dónde está el libro de instrucciones, de todas formas? Nadie la avisó de que con el paso de los años sus labios empezarían a desaparecer. *Sapore di sale, sapore di mare, sapore di te*. Podría decir con exactitud cuántos han sido los granos de arena que le han entrado hasta las orejas y hasta los pezones, los podría contar mentalmente, y distinguirlos de los granos de sal como el jugador de mus que aparta los tantos.

Ha escrito miles de postales, casi siempre con el encabezado «Querido amigo». Ha habido dos o tres cartas más largas que ha empezado de forma distinta, sin utilizar la palabra *amigo*. Una sola empezó con las palabras *Mi muy*.

Pronosticaron aguaceros y los aguaceros han llegado. Siempre está bien purificarse, aunque ello implique que la playa pueda convertirse en lodazal, es un riesgo que se ha de correr. Si es un perro u otra bestia esa que se apresura entre la playa y la ciénaga, es difícil saberlo, se acerca demasiado deprisa.

«No envejeceré tan rápido si me acariciáis como es debido. Si yo os toco, viviréis más años», ¿cuándo podrá la ciencia probar empíricamente ese tipo de verdades sencillas e inapelables? «Me ofrezco voluntaria si lo desean.» Yo también me ofrecería voluntario.

«¿Quieren ustedes penetrarme? Pues pidan su turno.» Y lo piden. Ya no se siente desnuda, sino ataviada con un delantal elaborado con parches de pieles ajenas. Lo que le pasa con sus hijos es que está segura de que han sido el tiempo y la ciudad quienes se los han engendrado. ¡Han sido los muchachos que han salido del agua y la han salpicado agitando sus cabelleras! Lo que le pasa, en definitiva, es que su vientre ha sido fecundado

por los pasos incontables que ha dado, por los oficios que ha ejercido, nunca jamás por un hombre. A veces, lo que le ha salido de la vulva ha sido un cangrejo ermitaño y ella ha tenido dificultades en distinguir si era niño o niña. También se ha dado cuenta de que esto es algo que preocupa más a quienes viven en los parasoles de su alrededor que a ella misma.

«¿Quieren ustedes darme una paliza? Pues pónganse en la fila.» Y se ponen. La mujer castigada por la tormenta, aquella a la que los niños le han arrancado las extremidades, la mujer alcanzada por el rayo, era ya un tronco mucho antes de que el árbol le cayese encima. El árbol, ¿lo tumbó un rayo o fue talado a propósito? Lo mismo da, está a punto de caer en el sitio más inesperado, o quizá se esperaba que cayese allí exactamente, pero los leñadores del cuento no han visto a la muchacha ni la han avisado a pesar de todo. El árbol le cae de lleno encima. Pero ella ni se inmuta. Muy al contrario, abraza el árbol y su caída. La marea volverá a subir, la marea volverá a bajar, un tronco caído no es mala morada, aunque una esté debajo o dentro de él, qué diferencia hay. La cuestión es flotar.

Cuando el tronco que permanece en la playa vaya perdiendo su corteza —ya hemos dicho que es cuestión de tiempo— Valeria y Paola se sentarán en él enumerando las virtudes de Stefano y Enrico, *forse solo chi non può camminare può veramente volare*, con sus nalgas y sus manos apoyadas sobre el tronco pulido —todo tronco tiene su latido, sé que lo sabes—. Observarán las chirlas que acaban de aparecer en la arena mojada, o quizá, con curiosidad, a los cuerpos de Los Chicos Dos Años Mayores que Ellas, que como los caimanes, son un género aparte. Peladuras de coco, vapores lejanos. Muchachas italianas mirando hacia las barcazas sin poder adivinar del todo lo que acontece en su interior, ansiando alcanzar un ideal que se les escamotea, mirando hacia el futuro, cómo decirlo, no como a una época a punto de llegar, sino como a un paraíso al que fuese optativo desplazarse y regresar de él. Como si el futuro no fuese sino un lugar visitable, un lugar más entre otros muchos.

Ya han colocado de nuevo la torreta de la Cruz Roja y las boyas que delimitan la zona de baño. *Sapore di sale, sapore di mare, sapore di te*. Fíjate más. *Benvenuto y Arrivederci*. La playa nunca está vacía y hay siete

diferencias entre la palabra *bienvenido* y la palabra *adiós*. O quizá menos, incluso. Sin embargo, nadie sabe todavía cuáles son.

Ni tan siquiera ella, esa muchacha tumbada en la arena que sonrío mientras te saluda con la mano.

EL PUENTE DEL 1 DE MAYO

I

Puede deberse a su desconfianza o a tu propio cansancio. A que él no confíe en ti o a que tú bajes la guardia un instante. Un detalle que con maestría o con celo hemos conseguido ocultar hasta el momento, sale a la superficie. Hay algo que él antes no sabía y ahora sabe. Y, a partir de esa revelación, todo cambia.

Raúl encendió el televisor, aunque sabía que odio ver las noticias.

—Raúl...

—Acaban de dar las nueve. Déjame ver los titulares.

Tenía la virtud de funcionar como un reloj. Un autocontrol admirable, como ninguno de los hombres que había conocido hasta entonces; la contención que se presupone a las estrellas del porno. A veces llegaba a asustarme, aunque nunca se lo hubiese confesado, tan diferente era de esos hombres repentinamente disminuidos que menguan y se consumen entre tus muslos antes de tiempo. Tras penetrarme a cuatro patas (Raúl lo llamaba «la postura de la lavandera»), con su semen aún caliente en mi espalda, noté que él ya tenía la cabeza en otra parte. CNT, UGT, CC. OO., ELA, LAB. El noticiero informaba de las manifestaciones del 1 de Mayo. El Día del Trabajador: sindicalistas cabizbajos calle abajo con banderas que, más que estandartes, parecían velas apagadas arrancadas de un tarta de cumpleaños. Los sindicatos *nacionalistas vascos*, recalcaba el locutor de la cadena pública estatal, se habían movilizado juntos por primera vez en siete años.

—A los sindicatos vascos. A éstos habría que ilegalizar ahora.

Debía estar preparada para algo así. No cabía esperar otra cosa, pero esa frase me sentó como un jarro de agua fría. Me sorprendió mi propio enfado, que Raúl me hubiese hecho recordar algo sobre mí misma que a mí me era indiferente. O, mejor dicho, *creía* que me era indiferente. Mi enojo me

sorprendió, en primer lugar, y mi sorpresa me enojó, después. Presa de un picor repentino, froté mi cintura contra las sábanas para limpiarme el semen, un lacre que otras veces me agradaba sentir y consideraba una condecoración. Deseé estar en cualquier otra parte, lejos de allí. Pero Raúl no pareció notarlo.

Responder a su pataleta fue mi primer error.

—No son más que sindicatos, Raúl.

—Separatistas que lo enredan todo y ayudan a los terroristas, más bien.

Mejor no seguir por ahí. Olvidarlo todo, apagar la tele y comerle el cuello a besos hubiese sido lo más prudente; a la carne lo que es de la carne, y a la política lo que es de la política, no había por qué mezclar ambas cosas, lo esencial y lo superfluo. Pero ¿en qué consistía lo esencial y en qué lo superfluo? ¿Eran acaso divisibles? ¿Un cuello que se besa es esencial o es superfluo?

Al ver que los ojos se me habían llenado de lágrimas, me acerqué a la ventana. No quería que Raúl me viese así. Y, sobre todo, no quería tener a Raúl delante.

Al otro lado de la ventana se desplegaban los tejados de Madrid. Demasiados edificios de apariencia monástica para mi gusto: la influencia de la Iglesia habría sido sin duda beneficiosa para el paisaje, no así para los ciudadanos de a pie. Desde allí se divisaba una humilde casa marrón que si Raúl no me hubiese hecho notar en su día jamás habría visto: «Allí vivió tu paisano Pío Baroja». Me lo dijo con ternura la primera vez que nos acostamos, y fui lo suficientemente ingenua como para creer adivinar tras aquel comentario a alguien con quien merecía la pena empezar una relación. No recuerdo si tuvo la indelicadeza de poner las noticias inmediatamente después de hacer el amor aquella vez.

—Mataron a mi tío, ¿sabes?

No. No lo sabía y no tenía por qué saberlo. «Por favor, ahórramelo. Por ahí no.»

Esperaba quizá que le besase las yemas de los dedos y las acercase a mis mejillas, que me apartase de la ventana y le ofreciese mi regazo, el arrullo de mi voz susurrándole al oído palabras que justificarían todos los traumas y odios que a buen seguro prendieron en su casa a raíz del vil asesinato, «no hay derecho, cielo, son unos buitres sin corazón», o quién sabe si un «debería

volver a instaurarse la pena de muerte para pagar a esos desalmados con la misma moneda». Pero yo me había convertido en una cínica. Una cínica enrocada junto a la ventana.

—¿Acaso fueron los sindicatos quienes mataron a tu tío?

—Los etarras, joder. Hicieron saltar por los aires un autobús militar. Yo todavía era un crío. Él iba sentado en las primeras filas. Solamente se salvaron los que iban detrás.

Me quedé en silencio, sin mover un músculo.

Al parecer, Raúl había empezado a sospechar algo, su irritación tornó en algo más, empezó a indignarse al comprobar que yo no respondía a los estímulos que demandaban compasión. ¿Qué quería? ¿Una medalla por haber reprimido su sed de venganza? Quizá hubiese hecho mejor en vengarse de una vez, o en apuntarse a un curso de pádel para combatir la rabia. Pero no. Bien pensado, para eso tenía el sexo. Para eso me tenía a mí.

—¿Qué mosca te ha picado? ¿Tienes algo conmigo?

No me sentí con fuerzas de proseguir la conversación. En vez de eso, volví a la cama y abracé a Raúl. Sentí sus dedos acariciar mi piel de gallina alrededor de la cintura, cerca de donde había eyaculado. A pesar de haberlas limpiado, aquellas escamas de semen seguían fijadas en mi piel, y sentí que me convertían en un pez fecundado por él.

Me sentí protegida. Y me dio asco.

II

—¿Has hecho el viaje sola? ¿No habrás venido en coche...?

Le dije que sí y que no. Que vine sola, pero en autobús. Pero no en el autobús que ella esperaba.

—Sabes que prefiero venir a mi aire, no en el bus organizado por el colectivo de presos. Llegué ayer. Me he tomado el puente libre.

—¿Ayer?

—He pasado la noche en Madrid.

Mi hermana frunce el ceño.

—¿En un hotel? Te vas a arruinar...

—En casa de un amigo de la universidad. Alguna ventaja ha de tener haber estudiado en el Opus, ¿no?

Mi hermana solía recriminarme haber elegido Pamplona para estudiar la carrera, pudiendo haber cursado Periodismo en la Universidad Pública del País Vasco, en Leioa. No perdía ocasión para reprocharme lo mucho que les hice gastar a mis padres, por *culpa* de mi elección. Inútil del todo recordarle que la idea había partido de nuestro padre. Se repetía la misma rutina en cada visita a la cárcel: mi hermana quería encauzarme, llevarme por el buen camino, que no me desvinculase de la *gente del colectivo*. Pero sus sermones eran cada vez menos vehementes. No merecía la pena perder el tiempo siempre con los mismos temas, como tampoco salía a cuenta hacerlo enumerándole las humillaciones a las que me habían sometido los funcionarios antes de entrar a la sala de visitas. Confesarle, por ejemplo, que me había desnudado dos veces en las últimas doce horas: la primera, para colarme en la cama de mi amigo de la universidad, y la segunda, obligada por los funcionarios de la penitenciaría. Aparentemente era el precio que tenía que pagar una mujer para conseguir lo que quería. Quitarse la ropa.

—No tienes mal color. ¿Cómo llevas los estudios?

—Vendrán a hacernos los exámenes la semana que viene.

Después de acabar Magisterio, Aitziber había empezado la carrera de Historia en prisión. ¿Quién iba a decir que la joven rebelde que tanto había renegado del sistema educativo acabaría retomando de forma tan ferviente los estudios? Según nuestra madre, fui yo quien había heredado todas las dotes para el estudio, pero el tiempo lo desmentía.

—¿Qué tal está mamá?

—Tirando. Ya no sale con Fermín, él ha vuelto con su mujer, como era de esperar.

—Claro, si es que tú lo prevés todo.

Escamas viscosas. Branquias por las que cuesta respirar. No iba a morder el anzuelo.

—Ha empezado a salir con un tipo que trabaja en una agencia de viajes. Es ocho años más joven que ella.

—Hace bien. ¿Pregunta por mí alguna vez?

Desde que tuvieron la última discusión, se negaba a bajar a visitar a Aitziber. Todavía no había mentido demasiado aquel día, tenía margen:

—Me ha llamado dos veces esta mañana. Ya le he dicho que no podría verte hasta el mediodía.

—El ciclo político está cambiando, espero que eso la calme un poco.

En efecto, el *ciclo político* iba a cambiar. Todavía no estaba claro del todo, pero cabía la posibilidad de que, tras muchas disputas y después de años de ilegalización, el Tribunal Constitucional autorizase la participación de la izquierda *abertzale* en las elecciones municipales. Mi marido se encontraba entre quienes confiaban ciegamente en la legalización. Había entre los ponentes del Constitucional una magistrada que les dio clase en la Facultad de Derecho a la que tenía en gran estima, una juez progresista de Bilbao, «la mejor profesora que tuvimos».

—A mí no me va a afectar demasiado. De todas formas me quedan tres años para cumplir la pena íntegra. Pero quizá la legalización sea el impulso que necesita la cuestión de los presos.

Se dice que los gemelos pueden leerse el pensamiento sin necesidad de mirarse; que enferman empáticamente al mismo tiempo aun encontrándose alejados el uno del otro; que se comunican telepáticamente los males que padecen, hasta el punto de anticipar su agonía. No era ése nuestro caso. Éramos como el día y la noche. ¿Por qué había tomado Aitziber el camino que había tomado? En casa jamás se hablaba de aquellos asuntos, éramos, si tal cosa existe, una familia apolítica, nunca entendí sus motivaciones para acabar, por utilizar sus propias palabras, «militando en la organización». Algún chico de Jarrai que le gustaba, la noche, la fiesta, la rabia juvenil, afinidades musicales que la habían llevado a confundir el culo con las tómporas, quién sabe... Ni mi madre ni yo le preguntamos jamás a ese respecto. Ni a la propia Aitziber, ni tampoco al abogado de la izquierda *abertzale* que, contra los consejos de mi marido, ella eligió para su defensa.

—¿No es demasiado joven ese abogado?

—Es que a los mayores los han metido a todos en la cárcel.

No le faltaba razón en eso. La cosa estaba muy tensa últimamente.

Aunque diferentes en todo, sí que hubo algo que hicimos las dos a la vez: tomar apuntes. Yo lo hacía en la facultad, y ella en nuestro propio barrio, tomando buena nota de los movimientos de un concejal socialista que vivía en nuestra urbanización. Algunos extractos de los informes que Aitziber había realizado se filtraron a los medios, e incluso llegaban a detallar en qué playa se tomaba los baños en verano. Aquel detalle me pareció especialmente ruin, «Le gustan las playas de Fuenterrabía y Hendaya». La bomba se la pusieron en invierno, en su coche, pero no llegó a explotar. Aunque le cayó un porrón de años, el caso de mi hermana no era tan grave después de todo, habida cuenta de que no pesaban sobre ella delitos de sangre y nadie había fallecido debido a la información proporcionada. Antes de enfadarse y de romper lazos con ella, mi madre se consolaba diciendo que al menos ahora teníamos dónde visitarla. Peor era saber que estaba huida y vivía en la clandestinidad, estar con el alma siempre en vilo, temiendo verla involucrada en algún atentado fatal. Tendría cuarenta y un años largos cuando la soltasen. No demasiado tarde para emprender una nueva vida, después de todo.

—¿Estuviste en el homenaje a Bastero?

Bastero había sido uno de los miembros que facilitó el proceso de paz e hizo posible que se proclamase el alto el fuego. Y no. No asistí a su homenaje. Temía en muchos aspectos el día en que liberasen a Aitziber: si tenía pensado un homenaje, mejor que no contase conmigo.

—¿Sabes que Bastero era amigo de papá, verdad?

Claro que sabía que eran amigos: pero hacía casi veinte años que el cáncer nos lo había arrebatado, «a tiempo para evitarle disgustos, *afortunadamente*».

—No puedes venirte abajo, Idoia.

¿Qué iba a decirle? ¿Que no era aquélla la expresión correcta? ¿Que para nada me había *venido abajo*? ¿Que, al igual que ella, también yo seguía «en la lucha» a mi manera? ¿Que estaba cansada de mi trabajo, de mi hija de dos años y de un marido consumido por sus labores al frente de un bufete comercial? ¿Que viajar a Madrid, visitar un par de exposiciones en el Reina Sofía y acostarme con Raúl era mi vía de escape? ¿Que era la coartada perfecta para mí, a pesar de que hacía tiempo que mi afecto por ella había languidecido? ¿Que hacía años que mi ternura hacia ella se había tornado en

un distante automatismo afectivo; que las fotos de pequeña en las que posamos las dos me resultaban inverosímiles ahora, que no me reconozco y que tampoco la reconozco a ella riendo a mi lado, tan parecidas y tan intercambiablas las dos, ella y yo, irradiando una exuberante dicha infantil?

Como a la mayoría de los gemelos, a nosotras también nos confundían constantemente. Además de gemelas, somos las dos muy parecidas a nuestra madre, apenas si se distinguen por teléfono nuestras voces. Me quedé sorprendida cuando unos conocidos me reprocharon haberles negado el saludo en San Juan de Luz. Por supuesto, fue a mi hermana a quien habían visto, no a mí. Aitziber se puso muy nerviosa cuando le pregunté qué hacía aquel día en la parte vascofrancesa. Debía haberme dado cuenta de todo entonces, pero no lo hice.

Cuando supe que la iban a juzgar en la Audiencia Nacional de Madrid como a la mayoría de los miembros de ETA, no pude resistirme a la tentación de llamar a Raúl. «Cuánto tiempo.» «Sí, un montón.» No hace falta aclarar que jamás le conté la verdad. Siempre me escudaba en excusas laborales, reuniones de trabajo o puentes vacacionales como éste para explicarle la razón de mis visitas.

A veces me acordaba de aquel hombre que se había dado el cambiao con su hermano gemelo en una cárcel francesa. Se intercambiaron las ropas tras el vis a vis y el visitante se quedó en prisión, mientras el hermano preso salía por la puerta de la penitenciaría tan campante. Una fuga de película, pero que sucedió de veras. Veinticuatro horas más tarde, cuando el huido se encontraba ya en un lugar seguro, su hermano confesó la verdad: «no soy yo quien debería estar aquí». Ignoro la pena en Francia por ayudar a fugarse a un preso, pero aquélla me pareció una acción impagable en su simpleza. ¿Se podía hacer algo más loable por un hermano? Yo ni por asomo había querido nunca tanto a Aitziber. La utilizaba para acostarme con un hombre al que ni siquiera amaba. Debería avergonzarme por ello y me avergüenzo. Pero avergonzarme no me impide seguir con vida. Tampoco me impide seguir acostándome con Raúl.

Nos besamos. Aitziber me abraza estrechamente.

—Te quiero.

—Yo también.

¿Se habrá dado cuenta de que en este ritual de despedida me limito siempre a ser la que responde «yo también»?

III

Se hace pesado volver a casa de Raúl desde la prisión de Aranjuez. Primero el autobús urbano y después tres cuartos de hora en tren, hasta llegar a Sol. Además, si es festivo, mejor no perder el tren, si no quiere una aburrirse un buen rato esperando. Mientras vuelvo a la ciudad no puedo quitarme de la cabeza la historia de los hermanos gemelos. Imaginemos que nosotras también lo hacemos. Pongamos que lo hemos planeado todo, que le cuento lo de Raúl con franqueza y que quien ha de dormir en sus brazos esta noche es Aitziber. ¿Conseguiría engañarle? Y, ya puestos, ¿podría mi hermana soportarlo? ¿Se mordería la lengua mientras Raúl despotricara contra los sindicalistas vascos pidiendo su ilegalización? ¿Y yo? ¿Conseguiría adaptarme a la cárcel, cumplir mi parte de pena, pasar siquiera un solo día en ese agujero?

Cuando llego al apartamento de Raúl, él no se encuentra en casa. Sobre la mesa de la cocina hay solamente unos folios con olor a tinta recién impresa. Información obtenida en internet. El fiscal que todos llevamos dentro, el comisario jefe, el gran hermano: fotos de Aitziber, la noticia de su detención, la crónica del juicio... Cortesía de Google. Antes o después tenía que suceder. Tampoco falta entre los papeles la foto en la que aparezco hablando con el abogado, «causó estupor el gran parecido de la terrorista con su hermana». Es un fenómeno extraño y se le dice «ser gemelos», queridos amigos, caprichos del ADN, ¿acaso no tienen de eso ustedes en Madrid?

Raúl también ha dejado un *post-it*. Como si hiciese falta aclaración.
«Volveré a las ocho. No quiero volver a verte.»

IV

Me he pasado la tarde en el cine. Mala elección, porque después me tiraré otras cinco horas postrada en el autobús dirección San Sebastián, pero no se me ha ocurrido nada mejor. Se trata de una película de Paolo Sorrentino: *This Must Be the Place*. Entro porque tiene el mismo título que una vieja canción de los Talking Heads que solía gustarme cuando era joven. Doy inopinadamente en la pantalla con una tesis sobre la venganza. Un Sean Penn grotesco busca en todo lo ancho de EE. UU. al hombre que torturó años atrás a su padre en un campo de concentración. Tras una larga búsqueda, encuentra al nazi en una inhóspita llanura helada de Utah. Está impedido, roza los cien años. Vive en una especie de cabaña-contenedor y se pone y se quita las gafas de sol constantemente mientras le confiesa todas las atrocidades que cometió. «Antes del infierno, yo también tenía una vida.» Sean Penn le obliga a quitarse las gafas oscuras, y tras tomar un retrato del anciano, lo saca a rastras al desierto helado, desnudo; un hombre desvalido de puro pellejo arrugado en que se ha convertido. Está temblando, se tapa las vergüenzas con las manos, le sale vaho por la boca. ¿No será que esta humillación privada es un sustitutivo más civilizado para la heroica venganza de antaño? El personaje de Sean Penn no se siente en la necesidad de utilizar el arma de precisión que compró para poder disparar con total impunidad a un hombre desde una distancia de setenta y cinco metros. Es otra, mucho más teatral, su venganza. Repite como puesta en escena la experiencia que sufrió su padre en el campo, pero el verdugo se ha convertido esta vez en víctima, sesenta y cinco años después: un hombre nonagenario, piel curtida y hueso, camina en la nieve despojado de todo. El paso del tiempo en sí mismo es ya campo de concentración suficiente.

«Hay muchas formas de morir, y seguir con vida es la peor de todas.»

V

El móvil no deja de sonar. Que siga. No tengo intención de responder.

Me meto en el bar de la estación de autobuses.

—Muy buenos días, señorita.

El español que hablamos allá donde yo vivo no se parece a éste. Rara vez me llaman *señorita*, y los *buenos días* son sólo eso, *buenos días*. Ese *muy*, escasea.

—¿Desea usted tomar algo, señorita?

El *desea* también me resulta agradable, aunque hay veces en que el exceso de atención de los camareros puede llegar a ser cargante. «Mejor no sepas cuáles son mis deseos.»

Un vino. Que si lo quiero del año. «Crianza», especifico.

Leo el año en que embotellaron el vino: el mismo en el que metieron a mi hermana en prisión. Los números ejercen sobre mí una especie de magnetismo, no sé explicar muy bien por qué. Quizá sea una numeróloga aficionada. Sumo las cuatro cifras que forman el año hasta conseguir un número de dos cifras. Luego, vuelvo a sumar esas dos cifras, hasta conseguir una sola. Eso no sirve de nada y lo sé. Es como esconder objetos dentro de cajones o dedicarse a ordenar armarios. Hubo una época en la que hacía lo mismo con los números de teléfono. Ahora ya nadie memoriza números de teléfono.

El móvil sigue estorbando sobre la barra. Toca la copa de vino con su vibración. Un brindis amargo. El camarero, que cree saberlo todo, mira de reojo al aparato. De reojo al aparato, y a mí, con simpatía.

—Insistente el chaval, ¿eh?

¿Puede llamársele sonrisa a este esbozo? Es el enésimo SMS de Raúl.

Al parecer el *post-it* no le ha bastado.

«¿Quién eres?»

No es una pregunta fácil de responder. Digamos que, por ahora y a falta de que en el autobús que me lleve de Madrid a casa se me ocurra algo mejor, soy la desalmada que siempre responde «yo también».

Un SMS que jamás enviaré a Raúl: «He hecho demasiado por ti, pero no te echaré de menos».

Me gustaría hacer algo contra mí misma; contra mí misma o a favor del mundo. De momento, lo único que puedo hacer antes de tomar el autobús es dejar una propina desproporcionada que dobla el precio del vino.

—¡Muchísimas gracias, señorita!

El conductor acciona el intermitente del autobús. Al mostrarle el billete al chófer veo que cuelga de la luna delantera un banderín del Real Madrid. Me exaspera no poder sentirme parte de una muchedumbre, un grupo aglomerado, un tropel sólido. ¿Por qué porfiar en el intento de no ser «gente»? ¿Por qué no dejar que nos engulla la masa?

Alguien se ha sentado en mi asiento. Es un joven barbudo peinado con fijador.

—¿Qué número tienes?

—El diecisiete.

«Yo también», yo también tengo el mismo número, uno más siete ocho, el diecisiete. Pero, aunque esas palabras resultarían pertinentes en este contexto («yo también»), hay expresiones que no pueden emplearse dos veces tan seguidas por razones que solamente una sabe.

No tengo ganas de ponerme a discutir con el *hipster* engominado. Además, hay sitio de sobra en las últimas filas. Me dirijo directamente hacia ellas, mansamente. Nigerianos, marroquís, algún rumano. Y una mujer de cierta edad que se muere por mostrarme su complicidad. «¿Se ha dado usted cuenta? Usted y yo somos las únicas *blancas* en estas filas.» Me acuerdo del anciano nazi de la película de Sorrentino: año arriba año abajo, esta vieja podría ser su esposa.

El autobús arranca despacio. Todavía necesitará un buen rato para salir de Madrid. Según dicen, cuanto más atrás se sienta una, mayores son las probabilidades de marearse.

EL RÍO

Las dos parejas ocupan sillas plegables, recién apurado el termo, próximos al rincón donde más quedo se remansa el río. Las tazas, rojas por fuera y blancas por dentro, tienen en su interior cercos de café que revelan un ritmo de ingestión pausado. Más que posos, marcas de barro en la pared de un garaje inundado. Han tomado el café sin azúcar, y las abejas —es sabido que los insectos odian la cafeína— respetan de momento la plácida sobremesa.

Edurne no despega la mirada de su hijo:

—Por el cristal no, Unai, sujeta las gafas por las patillas.

Kerman introduce con esmero las peladuras del melón en una bolsa de plástico que anuda cuidadosamente. Ramón lee este gesto como un reproche hacia su persona; él las dejó sin recoger el pasado domingo, convocando a un destacamento de hormigas bien organizado. La invasión no le hizo ni pizca de gracia a Kerman, cuyo desagrado Ramón apenas pudo suavizar con una broma que creía bien servida: «*Efecto llamada*, lo llamaría el ministro del Interior». Kerman presume de ser disciplinado, de llevar una vida ordenada, empezando por el hábito de rasurarse la barba a diario y de peinarse con cuidado los cuatro pelos que le quedan. Ramón, siempre ligeramente desgreñado, gasta un *look* más informal, herencia de su pasado *hippie*.

Nada tienen que ver el uno con el otro estos dos hombres: acomodados en sendas sillas de camping, divergentes incluso al elegir una de las dos posturas que las tumbonas permitían («modo incómodo» o «modo momia»); rígidamente sentado Kerman, repanchingado en postura más horizontal Ramón. Resultaría esclarecedor oírles reflexionar acerca de la influencia que los acontecimientos biográficos de uno y otro signo han acabado teniendo en el aspecto y en el comportamiento de cada cual, pero jamás se les ocurriría

hablar sobre tal cosa. De no haber sido hermanas Edurne y Belén, ¿compartirían semana tras semana las dos parejas aquellas excursiones dominicales? Diantre, no.

—Te he limpiado los cristales, a partir de ahora intenta cogerlas por las patillas.

Iker está a punto de darle techo a la chabola que han construido con hojas y ramas entre su primo y él, y tan pronto Edurne pasa un trapo a las gafas de Unai, éste vuelve a la carrera hacia Iker, temeroso de que alejarse demasiado de aquella chabola pueda hacer peligrar la estabilidad de la estructura.

La chabola es un cobijo. Un refugio solamente suyo. Una cabaña imaginaria. Edurne no recuerda haber visto a su hijo tan comprometido con una tarea.

—Se le ve contento.

—Alegría no le falta, gracias a dios. Eso no. ¿Verdad que nunca le ha faltado, Edurne?

—Con Iker se siente a gusto.

Si los padres de los primos no pueden ser más antagónicos, los caracteres de los miembros de cada pareja tampoco se avienen demasiado entre sí; no se ha cristalizado en ellos esa mimetización que se presupone a los seres que conviven y que, a la larga, con naturalidad o a la fuerza, acaban confraternizando. ¿Qué era confraternizar, de todas formas? La conquista del suelo común, esa amarga poda que se confunde con la dulce simetría conyugal, nacía demasiadas veces del abandono de lo propio amado, más que del consenso mutuo.

Anglosajona en el vestir, sin llegar al estilo luterano, Edurne imparte clases de música. Su pálido rostro rebosa pecas. Aquel año académico en Escocia la abdujo y la moldeó para siempre, también físicamente, estirada y melancólica como era, parecía esculpida por aquella única aventura fuera del continente, casi treinta años atrás. Su marido, Kerman, exdirector de sucursal, se había jubilado anticipadamente con cincuenta y cinco años de edad, y consagra desde entonces todo su tiempo a la Asociación de Niños con

Necesidades Especiales. Los padres de Iker, por su parte, son médicos los dos: ginecólogo Ramón y Belén psiquiatra. Belén trabaja en la salud pública, Ramón hace tiempo que se estableció por su cuenta.

—Iker tampoco ve el día de encontrarse con el vuestro.

Profesional o no, es una deformación. Belén no puede evitar analizar sus propias palabras. Siempre lo hace: fiscaliza lo dicho, lo cuestiona, se reprende a sí misma. Sabe, por supuesto, que es insano, pero lleva demasiados años actuando así, desconfiando de sí misma, en alerta continua. Vive en la creencia de que aquel comportamiento masoquista es indisociable de su ser, hasta tal punto que de extirparlo teme arrancarse también de cuajo su esencia más íntima junto con aquella espina.

«¿Qué necesidad había de decir eso, Belén?»

Para empezar, estaba el embarazo implícito de haber despojado a Unai de su nombre para convertirlo en un atributo posesivo —«el vuestro»—. Y segundo, y no menos grave, el hecho de haber mentido donde no había ninguna necesidad de hacerlo. Hacía tiempo que Iker había franqueado la edad en la que se enojaba cada vez que tenía que salir con Unai —el parentesco ayudaba en eso—, pero que «no viese el día de encontrarse con él» no era la expresión más fiel a la verdad. Iker se quejaba de que Unai «se portaba como un niño», una salida de tono tierna, dado que a la sazón Unai tenía unos ocho años e Iker era incluso un año más joven.

—Entra por aquí, el agua es menos profunda. Y haz caso a tu primo, no te alejes de la orilla.

De haber estado abierta la veda, se hubieran encontrado con algún pescador pertrechado con botas hasta los muslos, pero no es temporada de truchas. El agua del río, remansada en un pozo natural, es espesa como la melaza sólo en apariencia. Se trata de esa verdosa viscosidad en la que la cualidad de la tinta se impone al tono. Lejos de la deslavada gama del arcoíris, por fin un color creíble y con personalidad propia, aunque sin nombre. Aquel zarzal infusionado cuajaba una certidumbre antigua, un murmullo totalmente alejado del de las olas del mar; no sujeto a la repetición, sino al caudal. Un arrullo sostenido que se renueva sin cesar, pero que no

vuelve ni contiene un eco. Algo tranquilizador, si bien severo; una verdad que no admite réplicas ni matices. Un caudal sin medias tintas. Así lo entendía Ramón.

—Hijos del río, ¿no es así, Kerman? Eso es lo que somos. Las playas para los turistas.

Había algo verdadero allí. La verdad de mosquitos que punzan el charco inmóvil sin llegar a mecer sus aguas. La verdad de espesas vibraciones que revelan el peso y el tamaño de cada abejorro. La verdad de los tábanos que a falta de caballos se conforman con sangre humana. La verdad del pausado balanceo de ramas bajas que al apartarse con la mano aplacan los latidos del corazón a quienes vendieron hace tiempo su alma al diablo en la jungla del asfalto. Todo estaba allí. También alguna mosca barítona, desgarrando de tarde en tarde la sinfonía del bosque con su vibrato.

Ramón saca un puro para él y ofrece un segundo a Kerman, sabiendo de antemano que declinará la invitación.

—Ya sabes que solamente fumo en las bodas.

Mientras enciende aquel purito no demasiado caro, Ramón se pregunta cuándo habría asistido Kerman por última vez a una boda. ¿Y a la siguiente? ¿Cuál iba a ser su siguiente boda? ¿De veras tenía esperanzas de que su hijo llegara a casarse? ¿Habría todavía más bodas en la vida de Kerman? ¿Cuántas podrían ser?

Belén también enciende uno de sus cigarrillos.

—¿Os importa?

Aquel hábito de fumar en el corazón mismo de la naturaleza. Ramón, pase, pero ver fumar a la hermana de Edurne lo saca de quicio.

—El gremio sanitario, siempre tan modélico.

—Yo sólo soy una loquera, Kerman... Además, hay investigaciones que dicen que el tabaco estimula los procesos mentales, la concentración y los reflejos.

—*Investigaciones*, por supuesto. Las hay para todos los gustos.

Sin dejar de observar de reojo a los chicos, Ramón quiere cerciorarse de si queda algo de sidra. Ni una gota. Belén sabe interpretar aquel impaciente tic de su marido: hay algo muy masculino en su forma de volcar la botella,

algo casi freudiano, de sacudírsela en un aseo público después de orinar. Pero los niños disfrutaban de la excursión, eso es lo importante. La despreocupación infantil neutraliza el hastío instalado entre las dos parejas.

—¡Unai! ¡Te hemos dicho que no te alejes!

—Déjales, Kerman. Las aguas están tranquilas hoy.

—Las aguas sí, pero los críos...

—No serían críos si estuviesen quietos...

—«Dijo la psiquiatra.»

Belén está acostumbrada al tono avinagrado de su cuñado. Mejor no tenérselo en cuenta. Va siendo hora de desmontar el hornillo, recoger el mantel de hule y plegar sillas y mesas para empezar a pensar en la retirada, pero las caricias de los rayos de sol filtradas por el nudoso ramaje de los avellanos y los arces los retienen todavía un rato más.

—¿Les has contado lo de esta semana en la escuela de Unai, Edurne?

—El otro día vinieron los abuelos de Enara a recogerla a la puerta del colegio. Es una niña a la que acaban de traer de China.

—¿Y?

—Se llevaron a otra, sin querer. Se confundieron de niña. Algo debieron de sospechar por cómo lloraba la cría, pero dijeron que se parecían demasiado.

—Pobres abuelos.

Iker y Unai, con los brazos apoyados en sus respectivos hombros, simulan alguna especie de baile tribal. Se hacen aguadillas, pero sin coerción, de forma rítmica y con consentimiento mutuo, como sentados en un balancín acuático. Cinco segundos bajo el agua yo, tú otros cinco: una pareja de cine mudo colocada frente a frente, propulsando un vagón haciendo palanca con los brazos. Iker se encarama a la espalda de Unai para tirarse de cabeza. Está flaco como un palo. Apenas se levanta un cerco de espuma cuando el niño se zambulle. Al darse cuenta de que se disponen a intercambiar los papeles, Kerman los previene para que no lo hagan.

—Tú no, Unai. Tú no puedes ponerte encima. Pesas demasiado.

—¡Pero si no me va a hacer daño!

—Haz caso a tu tío, Iker. —Belén, a la defensiva—. Y no saltes otra vez tú tampoco, puede haber rocas, aunque no se vean.

Ramón y Belén lo han hablado muchas veces en privado: Unai ha sido educado a base de prohibiciones, lo protegen demasiado. Están de acuerdo en que deberían dejarle más a su aire, a pesar de sus limitaciones.

Los chicos salen del agua, se secan con fruición y vuelven a la choza que han construido. La retocan con más ramas y palos. No se sabe a quién de los dos se le ocurre empezar a recoger hojas de helecho para cubrir mejor su estructura.

—Ni siquiera el lobo podrá echarla abajo —dice Unai, a la vez que comienza a soplar a pleno pulmón.

Ramón ha sacado punta con la navaja suiza a las ramas más grandes antes de clavarlas en la tierra. La choza aguanta, no se ha movido ni una hoja con los soplidos.

—Probemos los dos, a ver. —También Iker se ve obligado a soplar ahora. Se siente ridículo, pero lo hace con todas sus fuerzas.

La choza sale victoriosa. Chocan los cinco y sus palmas baten con un crujido de rama partida. Iker debe admitir que a veces se lo pasa en grande con su primo.

Siguen recogiendo helecho, pero está demasiado verde aún y les cuesta arrancarlo.

—Está muy duro, no saquéis demasiado, no os vayáis a lastimar las manos de tanto tirar. Además, el helecho es también un ser vivo.

—Déjalos, Kerman...

—Claro. Tú qué vas a decir.

—¿Cómo que qué voy a decir?

—«No es más que helecho, el helecho no tiene capacidad de pensar», ¿no es eso?

—Kerman, cielo...

—Pero si es verdad, Edurne. Hablo de respetar el medioambiente, eso es todo.

Pero eso no era todo. A medida que el sol perdía fuerza, la luz oblicua dejaba que otros estratos se manifestasen: el acebo, los espinos. ¿Tarde y noche? Era una línea divisoria demasiado pobre: ¿cómo distinguir los momentos del día en los que mandan las hojas y los momentos en los que prevalecen las ramas, los momentos en los que la luz es sorbida por el

contorno de las flores, y aquellos otros en los que se perfilan los tallos solamente? ¿Cómo nombrar el instante en el que las espinas parecían emanciparse de la planta?

—Empiezas con el helecho... Luego una mosca. De eso a sacrificar un perro con la excusa de que está enfermo sólo hay un paso. Y a saber en qué acabará la cosa.

—Por favor, Kerman... ¿A qué viene todo esto ahora?

—Ya estamos con lo de siempre...

—Lo he leído en los periódicos esta mañana: en Madrid, al menos, ese tipo de clínicas las cierran.

—Mira, lo hemos hablado muchas veces, no creo que nos pongamos de acuerdo ahora.

—Por no hablar de los chinos, siempre al margen de la ley. Nacer y *no nacer*. Todo ilegal. ¿Doce? ¿Catorce? ¿Quince semanas? ¡Qué más dará!

Belén admiraba a su hermana por la decisión que había tomado en su día. Decidió no hacerse la prueba a pesar de estar en el grupo de riesgo, y después crio a Unai con todas las consecuencias. Aunque su aspecto y su edad mental no se correspondían, era un niño sano y feliz, con independencia de la tutela parental y de las estrictas reglas a las que lo sometían.

—Se trata de decisiones muy personales.

—¿Referentes a la persona, quieres decir?

—A la pareja, sí. Y sobre todo a la madre.

El cielo, de un azul difuminado por el bosque, comienza ya a dar muestras de agotamiento. El musgo supura un rocío atemporal, el brillo de una capa húmeda cuya existencia ignorábamos y cuyo momento de absorción y el tiempo durante el que ha permanecido oculto es difícil determinar.

—De no haber tomado nosotros esa decisión *personal*, tu hijo no tendría ni ayudante para construir esa casa, ni nadie con quien chapotear hoy aquí.

—Una cosa no tiene nada que ver con otra.

—¿Ah, no? Pues yo diría que sí.

El bosque recobra su carácter salvaje, cada vez más tupido y menos poroso. Ramón vuelve a volcar la botella de sidra; su vidrio oscuro como el río. Si ya antes carecía de líquido alguno la botella, menos razones había

ahora para que lo hubiese. Belén y Edurne se observan, la prerrogativa de la consanguinidad permite anudar los hilos sin hablar.

—Lo mejor será irse a casa.

—¿Dónde se han metido los niños?

Al calor de la discusión, han descuidado el cerco visual que los retenía a su alrededor.

—Estarán recogiendo helecho.

Belén sabe que Iker es lo suficientemente inteligente como para haber alejado a propósito a su primo y ahorrarle así el mal trago. «Ya volverán.» Los adultos también deben mantener la compostura. Introducen en el maletero las sillas y las mesas plegables, el camping-gas, las esterillas y las fuentes. Limpian los platos. Vierten al río los restos de los cubitos de hielo derretidos en la nevera. Se aseguran de que no dejan ni rastro de basura.

—¿Deberíamos empezar a preocuparnos?

—Muy lejos no habrán ido. Me acercaré al bosque.

Kerman no tiene intención de dejar solo a Ramón.

—Voy contigo.

Caminan en silencio y con la cabeza gacha. Al cabo de unos minutos, una vez que se cerciora de que su esposa no le puede escuchar, Kerman empieza a dar voces:

«¡Unai!».

Hay momentos en los que prevalece la ternura de los frutos y momentos en los que gana la dureza de las piñas desprendidas de los pinos. Es la hora de la hojarasca y el barro. La hora del sotobosque.

«¡Iker!», grita Ramón. «¡Unai!», vocifera Kerman.

El objeto de la disputa es muy primario: dilucidar quién quiere más a su hijo. Una lucha que se debate en la capacidad expansiva de las cuerdas vocales. Viendo que cada uno grita solamente el nombre de su propio hijo, Ramón se siente cada vez más mezquino.

«¡Iker!»

Cuando se dispone a gritar otra vez el nombre de su hijo, pronuncia por primera vez el nombre de su sobrino, sin temor a dejar patente su nerviosismo:

«¡Unai!».

Le sigue al grito un silencio dilatado y compacto, un sinuoso silbido de hojas pisadas al trote. «¡Iker!», concede Kerman a continuación. La variante nominal ratifica que la discusión ha quedado zanjada de momento. Que son una familia y que eso es lo más importante.

Pero de los niños, ni rastro.

—¿Crees que han podido subir hasta el canal de la piscifactoría?

—Saben que lo tienen prohibido.

Hay una central hidroeléctrica no muy lejos de allí: el agua utilizada para producir electricidad se vierte a una angosta vía y el cauce va perdiendo fuerza poco a poco, embalsándose en sucesivos canales que se van escalonando y a los que sueltan las truchas de la piscifactoría. Las truchas, siguiendo el cauce artificial, acaban desembocando en el río. El canal tiene una plataforma de cemento de no más de medio metro de anchura que discurre en paralelo al vado. Al otro lado de la plataforma, una ladera inclinada, y de cuando en cuando, algún pequeño precipicio.

Allí están, los ven a lo lejos. Uno de los chicos parece afirmar algo que el otro niega: Iker y Unai discuten si en el interior del pellejo que manipulan con un palo hay o no de veras una serpiente. Iker, con ese mismo palo, finge ser un equilibrista que camina al borde del agua, postura que el propio Unai trata de imitar luego sin palo alguno. «Si pierdes el equilibrio, échate al agua, no hacia el precipicio», le dijo una vez Ramón a su hijo, el día en que salieron a pescar los dos solos. Ramón se acuerda de la respuesta que Iker le había dado: «No soy tonto». Confía en que no lo sea, y en que recuerde la lección.

El bosque es otro ahora, empezando por sus propios ruidos. Y es otro, precisamente, porque empieza a ser otro *desde* aquellos ruidos. Los insectos ceden su puesto a las aves. Puede oírse, aunque no verse, el modo en el que alzan vuelo y hacen temblar suavemente las ramas, sometidas al baile de sus plumajes, demasiado tarde para que el ojo humano detecte nada que no sea una mancha móvil y un oscilar batiente. La cuestión no es únicamente distinguir el canto de los pájaros, sino si se trata de su trinar o del mero roce de sus alas al batirse con alboroto contra la corteza. Distinguir cuándo se confunden la una y la otra, la fricción imperceptible del viento y la agitación desconfiada de las alas. Distinguir qué es lo que mueve las hojas cada vez.

No hay manera de saber a quién pertenece, pero visto el modo en el que se asusta Unai, Ramón está convencido de que es Kerman quien prorrumpe aquel grito.

«¡Bájate de ahí, Unai!»

Ramón desea haberle gritado algo más, algo distinto. Sabe, no obstante, que lo que tiene en mente es demasiado largo para decirlo a voces. «¡Si pierdes el equilibrio, échate al agua, no hacia el precipicio!»

Si Unai pierde pie por el sobresalto que le produce el grito de su padre, o lo hace porque anticipa la reprimenda que se le avecina, es difícil saberlo, y ni tan siquiera es lo más importante. Hay que aceptar, además, que la psicomotricidad nunca fue su fuerte. Completamente vestido y con las deportivas puestas, es complicado mantenerte a flote, por mucho que chapotees moviendo los brazos como las aspas de un molino. Unai se hunde.

Iker consigue pronunciar la palabra «¡papá!»; un *papá* que, como tantas veces, viene a significar algo claramente distinto: *haz algo*.

Ramón remonta la ladera con el corazón en un puño, renuncia al sendero que circunda el canal y ataja el terreno empinado afrontando una arboleda baja, apoyando sus manos en troncos jóvenes para alcanzar antes el canal. Avanza a trompicones por el talud, da tumbos, tropieza y cae, gatea y se incorpora una y otra vez a pesar de la inclinación del terreno, cada vez más rápido; se mantiene en pie gracias a los abedules en cuyos troncos busca desesperadamente el impulso que le falta en los pulmones. La hojarasca, torpemente arada por su tobillo y sus talones, revela una tierra totalmente negra, muy húmeda, más respirable que nunca, un oxígeno casi sólido que sin embargo no alcanza a aliviar sus jadeos. El tiempo que precisa para llegar hasta arriba, quitarse los zapatos y echarse al agua se le hace eterno.

Kerman, desbocado, llega también hasta la altura de Iker. Abraza a su sobrino, con la respiración entrecortada, apretándolo en su pecho.

Ramón ha permanecido un buen rato bajo el agua, pero ya no puede más. Sale a la superficie extenuado. Como ha vuelto a sumergirse sin dar tiempo a que sus pulmones se llenen, se ve obligado a emerger al poco rato para tomar aliento otra vez. «No se ve nada —balbucea—. ¡No se ve nada!», murmura por segunda vez, dándose unos segundos más para tomar aire.

A Kerman le gustaría pensar que la parálisis se debe a que su sobrino lo abraza y lo retiene. Que por eso no ha tenido el arrojo necesario para lanzarse al agua.

A la tercera va la vencida: Ramón remonta el cuerpo de Unai asido por las axilas. Kerman suelta a su sobrino, esta vez sí, para ayudar a Ramón a sacar a su hijo del agua. Unai suele peinarse como su padre, con la raya hacia un lado, pero cuando se le moja el pelo su cara cambia por completo, acercándose al adulto alopécico que será algún día. Aunque Iker jamás ha visto a uno, le parece que su primo lo tiene: el rostro de un ahogado.

—¡Dios santo!

La escalerilla es de acero, pero está llena de roña, adosada a una tubería igualmente herrumbrosa que se sumerge en el canal en forma de codo. Ramón se acerca hacia ella, tirando de su sobrino con dificultad para poder sacarle.

—Déjame a mí.

Ramón coloca a Unai hacia un costado y, con un golpe seco, le hace vomitar en la plataforma toda el agua que ha tragado. Ha conseguido levantar levemente un párpado, la vomitona posterior a la primera tos ha sido copiosa y prolongada.

Unai jadea y hace acopio de aire con los ojos apretados. No es persona. Es todo boca. Todo orificio nasal.

—¡Gracias a dios, Unai! —exclama Kerman.

—¿Estás bien, papá? —pregunta Iker.

—Sí, ¿por qué? —responde Ramón.

—Tienes sangre en la frente.

No es más que un golpe que se ha dado con el codo de la tubería. Parece un rasguño superficial. Un peaje nimio a saldar con el río tras regatear por lo bajo con el destino. «Por hoy es todo, podéis marcharos.»

Cables de alta tensión recortan edificios cuadrados y muestran el camino de regreso. El bosque empieza a quedar atrás. También el murmullo de la corriente. Bajo el reflejo de los faros del coche, la corteza plateada de los álamos resplandece más que el alumbrado de la carretera. Dejando a sus

espaldas las luces de la piscifactoría, Belén conduce camino a casa. Los primos se han negado a separarse y comparten una manta en el asiento de atrás.

—Se me ha metido el río en los ojos.

—Dices eso porque has perdido las gafas, Unai.

—No. Es el río. Se me ha metido en los ojos.

Belén y Ramón no saben qué responder a eso. El olor es innegable. Está allí, dentro del coche. El olor del río.

Kerman y Edurne viajan solos en el otro auto. No se dirigen la palabra hasta que la mujer abre la ventanilla del coche aprovechando un semáforo en rojo y enciende un cigarrillo que le ha tomado prestado a Belén.

—¿En serio, Edurne? ¿A quién quieres castigar ahora?

De aquel día en el bosque, permanecería en su memoria, además de los recuerdos obvios del canal a los que el tiempo atenuará lentamente sus dolorosas vibraciones, la fuerza y la determinación con que las raíces de los helechos se aferraban a la tierra. La manera en que se les irritaron las palmas de las manos, casi hasta cortarse con el tallo de las plantas mientras intentaban arrancarlas a tirones. Permanecería a su vez, por descontado, el recuerdo de su pericia para construir una choza con palos, hojas y ramas. La ventaja de saberte capaz de hacer algo que jamás volverás a hacer en tu vida.

Cualquiera que sea esa ventaja.

BOEING 767

apurarse tanto, todo llega y todo pasa, al final ha merecido la pena, se parece a Harry Potter, pero a un Harry Potter paquistaní, la quimioterapia, la caída del pelo, eso que me ahorro, acepto el castigo divino, por favor, por qué tuvo que ser a la ida, no podrían haber esperado a la vuelta, quién puede decir que haya podido presenciar *La Bohème* con una mujer increíble con la que se ha acostado sentada a cada lado, al menos Walter Pensacola morirá conmigo, quería adelantárseme con las ventas de Sintasol el muy, ahora vais a ver lo que, ahora vais a ver lo que es gritar, quitadle el cuchillo, pero si es un esmirriado, la esperanza es lo último que se pierde, bien lo sé porque ahorita acabo de perderla no más, me pregunto cómo terminará el último tomo de la trilogía, sayonara baby, adiós amigo, goodbye my friend, fuck you all, que os den, no creo en dios, pero a la vez prefiero aquellas religiones con más de uno, dioses donde poder elegir, estamos en la montaña rusa mamacita, es eso, verdad, tendría que haberle dejado otro mensaje a Orlando en el buzón de voz, algo *no* tan patético, y si lo grabase en mi móvil, puede que encuentren el aparato intacto, cosas más raras se han visto, hay una llave dentro de un sobre rojo encima del armario que abre el cajón de, lo diré, cuando nos ofrecieron el seguro, el seguro de vuelo me refiero, lo contraté finalmente o no lo contraté, hicimos o no hicimos click en la casilla esa, conviene pagar siempre los billetes de avión con tarjeta de crédito, ésas me gustan, esas botas de caña de piel de pitón, Visa o MasterCard, imponentes botas e imponente forma de morir con ellas puestas, imponente forma de morir admirándolas, como yo ahora, es un consuelo, esto sí que es curioso, me fastidia más morirme con este maromo impresentable sentado al lado que el hecho de morirme en sí, tendrá más espacio junto a la salida de emergencias pero ha de colocar el equipaje de mano en los compartimentos superiores, no hay cuidado, peor hubiese sido morir de sida, leucemia, esclerosis múltiple, si tú me dices ven, no hay cobertura, sesión doble en el Bellas Artes, veremos si es

cierta toda esa vaina de que tu vida pasa ante tus ojos como una película, veintisiete, como Amy Winehouse y Jim Morrison, las azafatas no eran tan jóvenes como de costumbre, los azafatos son todos homosexuales, debimos de haber sospechado que algo iba mal, ya que lo dices estoy en la fila trece, Life Vest Under Your Seat, qué coraje, hijo de la chingada, hijo de la gran chingada, chinga a tu madre, Walt Disney, ñam ñam, grask grask, guau guau, snif snif, contigo mi vida quiero vivir la vida, mira mamá tengo superpoderes, this is a perfect day drinking sangria in the park, solamente una vez le fui infiel, demasiado tarde para reconocerlo en una encuesta ahora, si no me hubiese quedado embarazada no me llamaría asesina a mí misma, la palabra *asesino*, lo leí en algún sitio, tenía algo que ver con la palabra *hachís*, Smoking in the Lavatory is Strictly Forbidden, tuve ocasión de haber quemado las cartas cuando aún estaba a tiempo, estaba rebuena la hermanita pequeña sabés, y yo tuve que cargar con la otra, pero dejen ya la quejadera y únense a la fiesta, alicórense verracos, esto era un Boeing o era un Airbus, compañero, un Fokker, un fucker, what the fuck, pero qué cuesta llamar por teléfono de vez en cuando, eh tú, debimos habernos reconciliado, reconciliarnos a tiempo ella y yo, a tiempo parcial, a tiempo completo, al mal tiempo buena, susto o muerte en business class, oh my darling, oh my darling Clementine, nos espera la muerte, la santa muerte, la muy digna, y dice que tiene usted la tarjeta Golden de viajero habitual la tarjeta de millas la tarjeta de puntos, le recomiendo que deje de sumar y canjee el regalo de una vez, no voy a perder más amigos ya, pero en cambio me perderéis a mí, tú a Boston y yo a California, soy un loser, siempre lo he sabido, tenía que haberlo asumido a tiempo, pero ese gafitas de verdad cree usted que es talibán, tengo un calcetín agujereado, no da el perfil, debí haber borrado del ordenador las fotos que me saqué con la Jennifer en cuanto tuve ocasión, al menos aquella muy bestia en la que eyaculaba en sus pechos, no me abracés patán, sí, tú, negro estúpido, you nigger, pero el Yeti existe sí o no papá, y lo que me queda de vida quiero vivir contigo, are you talking to me, se hundirán sin mí, seguro que se hundirán, la empresa, el negocio, la familia, ahora ya es demasiado tarde, esto es un testamento vital y mental, esto es un crisol de almas, esto es un testamento viral, esto es un testamento dental, identificación vía informe odontológico, pero ha sido King Kong mamá, qué es una

profecía, una profecía, hijo mío, es lo contrario de lo que deseamos, lo que predecimos para que no se cumpla y que en vez de eso se cumpla el deseo silenciado, yo no lo entiendo mamá, cuando seas mayor lo, qué, no nada, cuando seas mayor ya nada, los apartamentos de Coral Gables se los dejo a mi nieta, a la pequeña, a la otra lo que se merece, una patada en el trasero, solamente me quedaba una, procesal de cuarto, suerte que mis pechos son pequeños y no los confundes con montañas, lero lero lero, me juego el cuello a que no hay nadie en este avión que se merezca esto más que yo, yo también confieso que he vivido, Pablo (y confieso que he bebido también, bebido), dos gardenias para ti, con ellas quiero decir, no más engorrosas escalas en la sala de espera del Charles de Gaulle, no más registros en la aduana, levante así los brazos, no más severas miradas, que pase el siguiente, de los agentes de inmigración, y tú qué quieres salvar, David Brubeck Take Five, Herbie Hancock Cantaloupe Island, es mi impresión o la gente está más sosegada de lo que, quiero decir, dadas las circunstancias, I'm Spiderman, nadie es perfecto, Carolina del Norte está más muerta que, la espumosa Paulaner en la terminal de Múnich, brokers rubios y elegantes con raya a un lado trincándose jarras grandes ya desde buena mañana, fijador de pelo e imágenes que quedarán en la retina, lo sabía, sabía que iba a palmarla sin haber echado un polvo, dónde están los caramelos Fisherman's cuando más los necesitas, doble o nada, teníamos que haber ido de vacaciones en coche, este sabor metálico en el paladar, pasta or chicken, and you, madame, chicken or pasta, yes, of course, we do have tomato juice, do you like it with pepper, salt and lemon, sir, a qué viene tanto alboroto, es que no se puede dormir en paz, cómo conocer el momento exacto en el que se me parará el corazón, tenía que haberme afeitado, hora de la muerte tal y tal que dicen en las teleseries de hospitales, el horóscopo ha acertado de pleno para Rosaura, cuidado con los accidentes domésticos, duérmete niño, duérmete ya, por qué las hacen de papel las bolsas para vomitar, y Beatriz no tiene más que tres años, tres a punto de cumplir, seamos más crueles, seamos más tiernos, tomemos más riesgos y hagamos las tres cosas al mismo tiempo, everybody now, you sinners, stand up and clap your hands, espero que ni la CIA ni mis herederos (sobre todo mis herederos) rastreen mis e-mails, dicen que ahora leen también los correos que vamos borrando, mucho más interesantes, vas a

comparar, dime qué echas a la basura y te diré si te gusta el femdom, cinco sirenitas te llevarán por caminos de algas y de coral, otorrinolaringólogo, lo orgulloso que te sentiste ante la proeza de pronunciar por primera vez sin trabarte aquella palabra en tu más tierna infancia, la alegría del niño cuando la vida es todavía una enorme fantasía, sigue el camino de baldosas amarillas, por qué me haría donante de sangre, porque mi sangre es universal como la buena literatura, entonces, puedo decir que al menos me follé a unas pocas, a once, exactamente, si contamos a la contrabajista de Denver que me hizo una mamada y acabó medio mosca conmigo, afortunadamente el aire acondicionado funciona a las mil maravillas, para esto me trasplantaron un riñón, para viajar, para poder paladear aquel vino primitivo del Trastevere romano, la lluvia entrando a la habitación del hotel en Venecia mientras tú y yo pugnábamos por mantener cerrada la ventana, aquello era el paraíso, el pomo de una ventana en Venecia es el paraíso, llegar a tiempo es el paraíso, y agarrar a tiempo el pomo de la ventana también es el paraíso, no demasiado tarde pero tampoco demasiado pronto, en el momento apropiado, en el momento justo, Emergency Exit, el paraíso es un estamento carnal, enamorarse de trenes en estaciones y de caballos en hipódromos, la mujer de la falda plisada cruzando las piernas para luego tirar de la tela del uniforme y cubrir la fracción de la rodilla que había quedado descubierta, un eclipse total en el Machu Picchu, la vista desde lo alto del Empire State, un bosque orgánico de cemento rojizo y de cristal cuando Wall Street amanece y los ladrillos se reivindicán uno a uno, *Le Big Mac*, el crómlech de Stonehenge, la primera raya de coca y la última, olvidé el secador de pelo en casa de todas formas, eso que te, eso que nos, ojalá hubiese perdido el vuelo como aquella otra vez en la que me tiré a una fisio de Milán en el baño de hombres de la Terminal 1 de Düsseldorf, connecting flights, flights and more, oh my God, yes, oh, don't stop now my dear, Monteverdi, mamma mia, las cantatas de Haendel, cómo no Bach, todo Bach, las variaciones Goldberg, rudo vos, sos un rudo, barely legal, sométeme, Albert Camus, baggage claim, siempre se me olvida, si en Cusco o en Jalisco, vacaciones en el mar, con una pulsera de bufet libre o atado con las esposas, be nasty papi, pero para qué intentarlo si todo lo que queda es olvido, un laberinto, ataúdes verticales, al menos me hice el Cervino y el Montblanc, un pueblo que renuncia a su libertad a

cambio de una seguridad precaria no merece seguridad ni libertad, no me vengas ahora con eslóganes gilipollas, te lo ruego, además es demasiado largo, quién lo dijo, Benjamin Franklin, pero si no es un eslogan, qué, un epitafio entonces, perdonen que no me levante, es que necesito ir al lavabo, por favor, the walk of life, ventanilla o pasillo, te ahorrarás los treinta dólares del *shuttle* al centro, no es moco de pavo, íbamos a ver a mis padres a Washington y acabaremos viendo a los abuelos en las alturas, mi cielo, pequeñín, flor de mis entrañas, calabacita mía, si será Quebec independiente alguna vez sólo dios sabe, it's a cold and it's a broken hallelujah, pero nunca he sabido qué es exactamente ese hallelujah, qué palabra, la verdad, ni sé cómo se escribe, con lo cansado que es calcular las propinas, la amortización del crédito, los impuestos, Rachel de contabilidad, ésa sí tenía un polvo, habrá que volver a empezar, da capo, se acabó, esto es todo amigos, meditar es no pensar en nada, me humillaron durante una sobremesa por no saber distinguir la meditación del pensamiento, y ahora voy a intentarlo, voy a intentar no pensar en nada, Psicosis y el cuchillo de la ducha, Nusrat Fateh Ali Khan, ali maula ali maula ali dam dam, agarra a ése y quítale el cuchillo Matt, o húndeselo en el pescuezo hasta que el géiser empiece a brotar, bodas de sangre, matanzas de cerdos colgados en ganchos, hay una guerra, yes indeed, there's a war, eso siempre, en Texas o en Sudán, siempre hay una guerra, con un par, where the streets have no name, yoga, lo mejor hacer yoga, qué alivio, Fasten Your Seatbelts, yo vengo con el mío apretado de casa, ya no meteré más la pata ni quedaré en evidencia, no daré dentera ni me tropezaré con todo al andar, no más brackets en la dentadura, no tendré que echar, querido hermano, ningún speech el día de tu boda, a mí las alabanzas, a mí las exequias fúnebres, a mí el descanso eterno, era un buen chaval, siempre saludaba en el ascensor, pero si no teníamos ascensor bobo, lo mismo da, en las escaleras entonces, qué es la compasión mamá, compasión es lo que salpica a los supervivientes cuando una granada te explota en las manos, y mientras tanto, mientras tanto dame la mano, el muerto al hoyo y el vivo al, I wanna hold your hand, espicharla sin haber grabado mi mejor disco y sin haber escrito mi único libro, mi único traje en la tintorería con el servicio pagado por adelantado, me costaron un ojo de la cara y jamás estrenará mi hermana las babuchas blancas de rombos verdes que le traigo, le

traía, le quería traer, nadie habla de las mascotas muertas en los accidentes aéreos, bendita manía de irse de vacaciones, el turismo es la continuación friendly de los barcos negreros, con lo bien que estábamos tú y yo en casa, pues vale, pues eso, el engorro de teñirse el pelo cada tanto, este año el azul estaba de moda, azul eléctrico, azul petróleo, la novela inconclusa de Pasolini, cuántas cosas interrumpidas o abandonadas a medias, qué necesidad hay de terminarlo todo, qué obsesión, huye en medio del mitin, que lo acaben ellos, adiós al Premio Nobel, c'est fini, aquél sí que fue el concierto de mi vida, el de Bruce de aquel año en Montpelier, el de Morphine en la Bowery, It don't mean a thing if you ain't got that swing, necesito un retoque dónde está el rouge de mis labios, veremos quién tiene ahora el valor el estómago el cuajo de ponerse el chaleco salvavidas, máscaras de oxígeno caso de despresurizarse la cabina, debí de haber pedido champán como siempre hago con la Lufthansa, oye, pero esto es American Airlines, que quede bien claro que rezar mirando hacia La Meca no me iguala a ése, rebanádselo, rebanadle el cuello, en el fondo ya estaba en el mezzo del camino, era vida o era camino, siempre lo olvido, pero para qué seguir, empezar de cero era demasiado cansino, sexo y risa, todo acaba por ser repetitivo a partir de cierto punto, dios mío, gracias por este suicidio asistido, yo solo jamás hubiese osado hacerlo, en el nombre del padre del hijo del espíritu santo y de la bancarrota, amén, amen al prójimo si pueden o ámense a ustedes mismos, more tea anyone, sí, por favor, yo tomaría un poco más, holly ghost, holly shit, holly crap, with or without you, desea un poco de leche, sólo una nube, menudo sarcasmo una nube, mierda, mierda, mierda, le llamaban Trinidad, yo me parezco a mi padre pero quién se parecerá a mí, lo tenemos bien merecido, es temerario, nos está bien empleado, viajar en avión siempre me pareció una osadía, menuda faena, después del verano que me he tirado para conseguir la beca, du du du, da da da, it's all I want to say to you, templanza, chico, templanza, no me lo merezco hijos de puta, no merezco esto, por qué a mí, por qué a nosotros, yo lo acepto asumo lo mío, pero por qué mi hija, because the night belongs to lovers, born in the USA, fake empire, trouble will find me, inshallah, esto es una unión de almas, una congregación aeronáutica de almas, es lo que tiene ser un tipo sensible que puedo sintonizar lo que piensa y dice cada uno de los viajeros solamente con mover los

párpados, mis pestañas son un dial que manejo a placer, qué significado tiene hacer explotar un avión, un intento de hacer volar por los aires lo que ya vuela por sí mismo, deflagrar el templo de la velocidad sagrada, también los tuve, también yo tuve días felices aunque ahora me cueste recordarlos todos, intentaré recordar alguno que otro, el penalti que paré in extremis con la punta del dedo cuando era portero de hockey, el murmullo de las piedras en el muro de las lamentaciones de Jerusalén, Iowa City en invierno, con nieve hasta arriba y la estufa a tope asándonos en aquella casa que no era nuestra ni lo sería jamás, el anuncio que decía Discover Iceland, todas las lágrimas saben igual y el océano no es más que el océano, dormida, Alfonsina, vestida de mar, dónde caeremos, llegaremos a caer o explotaremos en pleno vuelo, una parábola, Impossible Germany, unlikely Japan, ha salido que sí, enhorabuena, son gemelos, ha dado positivo, lo siento, nunca se sabe, unos seis meses, cada organismo reacciona de forma diferente, cada persona es un mundo, el tratamiento es experimental, firme aquí si está dispuesta a asumir el riesgo, Loreen y Darlene, dos hijas, eran mías y a partir de hoy pertenecerán al mundo, en mi próxima reencarnación Hello Kitty, en mi próxima vida Doraemon, Goofy no puede ser un perro si camina sobre dos patas, verdad mamá, qué tipo de perro es ése, y yo con bermudas y sandalias, y yo con estos pelos, Karate Kid, bendito sea el fruto de tu vientre, Jesús, etc., te llegué a contar cómo me masturbé en aquella pensión de las Ramblas con las medias que me mandaste por correo, lo reconozco, son los minutos de la basura, que se fastidie el demonio del otro lado del espejo, el espejo se quebró, lo mejor de mi vida he sido yo mismo, mistakes of my youth, ésta es la implosión de un superego, no quedará más que el olvido, agujeros negros eso quedará, eso ha de permanecer a la fuerza, no tiene por qué ser malo, acordaos de mí durante un rato, existe una palabra germana para cuando uno se alegra del dolor ajeno, Schaudenfreude, y llorad un poco, no hace falta exagerar, bastarán diez o quince minutos, no necesariamente de corrido, coordínense cuates, relévense en el noble arte del llanto y repartan el trabajo con generosidad, mis nietos, mis pobres nietos, o mis hijos, mis necios hijos, malditos fundamentalistas, aquí me despido, les echaré de menos, os amo (todavía), this is it, no fue ése el título de la gira que Michael Jackson no llegó a empezar, fucking muslims, vaya tufo, sobre ese tapiz azul el vómito

parece un cuadro de Pollock, teníamos que haberle quitado el cuchillo al principio mientras hubo ocasión, what the hell, what the heck, putos moros, por qué nadie lo ha hecho, cómo ha rebasado el control para empezar, qué sé yo, tatatá, la vida tampoco es para tanto, pero no hay nada más, qué quieres que te diga, ese hábito insufrible de hablarme a mí mismo, es lo que hay, just do it, el comandante nos salvará, los pilotos se entrenan para este tipo de eventualidades, llámalo mejor situaciones límite, muchos de ellos fueron antes militares, puede haber turbulencias, estadísticamente, cuáles eran las probabilidades, what the odds are for Christ's sake, aquí a puntito de convertimos en psicofonías carnales, dicen que el oído es el último sentido que se pierde, lo sabías, yo tampoco pero ahora lo sabemos los dos, he visto antes a dos judíos ortodoxos con tirabuzón y todo en el pelo, con su barba, más muletillas que se emplean mucho y que odio, es como todo, ya si eso yo te llamo, pero qué forma de hablar es ésa, maldita sea, nada es como nada, nadie llama a nadie si eso, espero que me hagan caso, que me incineren, o quizá ya no quede nada que incinerar, confutatis, maledictis, flammis acribus addictis, pero si puedo elegir me gusta más el Réquiem de Verdi, este réquiem lo escribí para mí, dijo Mozart, esta vida la he vivido para mí, digo yo, podría decirlo al menos, decirlo es una cosa pero que sea cierto es otra bien distinta, estás tan seguro de que lo es, ya basta, como muestra un botón y que sea de nácar, tampoco necesito más, todo digital, los ceros y los unos, los unos y los ceros, Atila y los hunos, me hago una idea, tío, me hago una ligera idea, el todo por la parte, la parte por el todo, este foulard nunca me trajo buena suerte, mejor no ponerse nada demasiado estridente la próxima vez, recuerda lo que decía tu madre sobre la importancia de la muda limpia al salir de viaje la próxima vez, pero qué próxima vez, qué próxima vez, desgraciado, cómo que recuerde, flower power, paz hermano, la palabra más ingenua puede resultar cínica cuando las cosas empiecen a torcerse, cuando el momento se tuerce o viene a torcerlo a uno, o vienen, porque son varios, ellos, la policía celestial, conviene reflexionar sobre las catástrofes con un mínimo de distancia, como si siempre estuviesen a punto de acontecer, las catástrofes, digo, y sin embargo ser felices y afrontarlo con elegancia, till the bitter end, puede que con el último suspiro llegue al fin el anhelado perdón o la inspiración perdida o ambas cosas a la vez, de la misma forma en que la

crueldad y la ternura pueden también llegar a la vez, a mí me ha servido y espero que te sirva a ti también, la cuestión no es vivir como si no hubiese un mañana sino vivir como si no hubiese un *pasado mañana*, entendés, pibe, nada de lo que arrepentirse, la ironía es la cortesía de los desesperados, no más mentiras, that's bullshit, ésta es la última, otra muesca más en el revólver, Trinidad, aquello que llega en el último suspiro bien podría ser el sarcasmo, no más palabras, un gesto, esa frase también está tomada, reservada, adjudicada, verrà la morte e avrà, vendrá la muerte y tendrá, tendrá los ojos de un joven cabrero de un pueblo perdido de Afganistán, olor a cuadra olor a establo tendrá la muerte, creo que me he ido por las ramas, lo siento, pero puedo elegir la última, la postrera frase, el último pensamiento superyó en esta confederación de almas, Kasia de tercero fue sin dudarlo la mejor, creo que volvió con su marido otra vez después de divorciarse, es lo que pasa con los jugadores de cesta-punta, quien tuvo retuvo y ahora tienen una hija, Jai Alai Blues, YouTube resurge, Mortal Kombat, Candy Crush, tenía una caligrafía redondeada y bonita, Instagram, Flickr, cómo que no sabes quién es Bo Derek, estaba muy guapa embarazada, why me, por qué yo, no sos vos soy yo, por qué hacen los aviones tan grandes tan mastodónticos tan fucking panzudos, ya no habrá más, no más aviones en mi vida, c'est tout, c'est fini la comedie, où sont les neiges d'antan, y si no fuese más que una cámara oculta, y si la besase aquí y ahora en directo, la pesadilla se alarga demasiado, perdón, dios mío, porque he pecado, perdóname o no, ya total, al menos tú y yo nos encontramos un día, querida, la música del azar lo quiso, otros ni siquiera pueden decir eso, no creo en el más allá pero al menos hemos tenido una vocación en el más acá, una llamada, una fe terrenal, por los viejos tiempos, for old times sake, unas aspiraciones sublimes, un testamento escueto, ha sido breve pero ha estado bien chiquilla, si es breve dos veces, te quiero bicho, Alá es grande, grande es Alá, grande bicho alado, por qué estás tan pálido compañero Alhazmi, dónde estás, te veo como ausente, recapitulemos, cuántas eran, hazme ese favor y recuérdame ahora, en qué quedamos, los ríos de leche y miel que nos ganaremos pronto, cuántas vírgenes, tantas dices, y todas esas son para cada uno o a repartir entre tú y yo, fifty fifty, no hay por qué

SUECIA NO ES LO QUE PARECE

Más valdría que la espada que sostiene en sus manos el jinete hubiese cortado *pastrami* en el bufet del hotel. En un emplazamiento turístico señalado, la estatua nos mira: un soldado que cabalga, con el sable alzado, un héroe de otro tiempo, estratégicamente colocado para que las palomas tengan a qué atenerse. Un general hubo de ganar su batalla alguna vez para que Ingrid y yo nos diésemos cita junto a aquella estatua ecuestre. Gracias a los militares y a las guerras patrióticas, en casi todas las ciudades del mundo tenemos hoy un punto donde clavar trípode y echar pie a tierra para no sentirnos demasiado perdidos en tiempos de paz. *Coordenadas*, se las podría llamar, y en el fondo lo son: las mismas que nos faltan en la vida. Podría haber sido Göteborg o podría haber sido Estocolmo. Una ciudad sueca, en cualquier caso: vikingos impacientes, poco habituados a esperar en las colas, gente a la que apenas conocemos y a pesar de todo admiramos mucho y que camina de un lado para otro más apresuradamente de lo que cabría esperar. Si hubiese una guerra entre simétricos y asimétricos —y de veras la hay— ellos pertenecerían siempre al primer bando. Una vez constatado que todos se parecen demasiado entre sí —demasiado rubios, demasiado transparentes sus ojos, demasiado delicada su piel—, la fascinación que sentimos los sureños hacia ellos se relativiza. La envidia es un tipo de digestión. La cosa es intentarlo: observar ese oscuro objeto del deseo durante un tiempo prudencial y no acabar viendo en él sino la parte más anodina de lo que admirábamos.

Bienvenidos a la civilización. Nadie te mira mal porque se te ocurra pagar un café con la tarjeta de crédito, esto es el primer mundo. Nudistas, tolerantes, ciudadanos de pro bien formados. Conforme los iba observando crecía en mi interior una especie de racismo reversible que me hacía sentir culpable; volvía a mí una y otra vez aquella expresión —«ejemplares nórdicos»—, y me preguntaba si se referiría a la conveniencia de preservar en laboratorios la simiente de caballos de pura raza que merecían calidad de vida

y reproducción asistida, o se trataría, más bien, del canon de belleza escandinava establecido por esos bellos *ejemplares* que había que salvar; el estándar de belleza de nuestra adolescencia fue esculpido por los antiguos griegos, cierto, pero eran los habitantes del norte de Europa quienes lo encarnaban. A nuestros ojos de gitano solamente les quedaba ser testigos.

Sucedió el año en que empezamos a colocar pértigas a nuestros *smartphones* para poder sacar *selfies* con perspectiva. A mí, sin embargo, aquel palo me recordaba una fusta, y cada vez que veía una de esas cañas telescópicas me daban ganas de arrear en el muslo a alguna yegua —o a alguna estatua ecuestre, en su defecto—. Me daban ganas de azuzar, incluso, al propio turista. No dejaban de ser más que bastones del revés: el invidente utiliza el suyo para conducirse en la tierra, mientras el vidente lo hace para enredar el aire y no trastabillar en el vacío narcisista. *The Age of Self*. Siga la línea recta. Destino final: yo mismo.

El vuelo se me hizo largo. Cosas de viajar de noche, cuando por fin creí distinguir allá abajo la ciudad iluminada, me sentí defraudado: se trataba de las luces del ala del propio avión. Lástima. No sé por qué, tengo la sensación de que siempre me toca viajar al lado del ala. Eché una cabezadita antes de aterrizar, y aún tuve tiempo de soñar una escena de cine mudo. Un hombre intentaba ocultarse detrás de un árbol. El árbol era demasiado pequeño, y el hombre demasiado gordo. Cuando se sueña, además de vivir peripecias oníricas, también se piensa y se razona a veces, y yo razonaba en mi sueño que, en aquel juego del escondite, la única opción lógica era que el árbol se escondiese detrás del hombre, y no al revés. Un sueño bien simple, pero irrefutable en sus premisas.

Casi no pruebo el alcohol, con una salvedad: cuando me toca volar. Es agradable tener tu propia cabina de descompresión en la cabeza para poder despegar por duplicado en un mismo viaje. Consciente de que no tendré oportunidad de beber demasiado durante el vuelo, me gusta llegar con tiempo a la cafetería del aeropuerto. Lo mismo hago en cuanto me bajo del avión; antes de ser engullido en plena noche por la ciudad a la que llego por primera vez, intento ser yo quien trague, metiéndome un suplemento de euforia líquida en el bar de la terminal antes de buscar un taxi, no sé si para

anticiparme así al gozo de lo venidero o para demorar la colisión con la cruda realidad que se avecina. Pura quimera, lo sé. Un hombre muy gordo que trata de ocultarse detrás de un árbol muy pequeño. Ése soy yo.

Nada de tranvías, la empresa lo paga todo. Siempre taxis. Los taxistas me han recibido todos ellos con los brazos abiertos. Son en su mayoría asirios, kurdos o iraquíes que, según cuentan, han sido acogidos cordialmente por los suecos, estén o no en vías de ser reconocidos como ciudadanos de pleno derecho (me gustaría pensar que todos lo serán, que los suecos son gente seria en cuestiones de inmigración y de papeles).

—Mi marido era director de cine.

Interpreta eso, si puedes. Puedo entender que el marido de Ingrid dejó de dirigir películas. O, también, que dejó de ser su marido.

—Antes viajábamos mucho. Pero ahora viaja cualquiera, ¿verdad? Era maravilloso.

Interpreta eso también. Podría entenderse que sitúa en el pasado lo que era maravilloso. O que *su marido* era maravilloso. Y que ya no lo es. Ni maravilloso, ni marido. O que lo que realmente era maravilloso eran los tiempos en los que no viajaba casi nadie, antes de que el *low cost* vulgarizara democráticamente los viajes en avión.

Ingrid era más alta que yo, y bella en cuanto a homologable al prototipo nórdico, cosa que agradecía hasta cierto punto. Dicho sea de paso, también era simétrica. El vestido que llevaba le iba ancho, y aunque no era de segunda mano, hubiese alcanzado su máximo esplendor aguardando pacientemente a una nueva dueña en una casa de empeños.

—Aquí me siento ridícula, hablando contigo. Parece que estemos jugando al escondite.

Era, en efecto, lo que estábamos haciendo. Yo no era ni muchísimo menos el hombre de sus sueños y ella no era la mujer de mis sueños, pero estábamos hablando justamente de mi sueño. El escondite, hombres gordos que se esconden tras árboles pequeños. A algo tenía que aferrarme.

—¿Cuál dirías que ha sido el sueño más extraño que has tenido en tu vida?

La pregunta me pilló por sorpresa. A falta de tiempo para improvisar, decidí contarle el que tuve en el avión.

—Tampoco es tan raro. Yo una vez soñé que mi hijo me dejaba embarazada.

Debió de notar la incomodidad en mi cara, pestañeaba demasiado.

—Entiéndeme: me dejaba embarazada siendo él todavía niño. Mi hijo era una especie de enano que me preñaba.

«Enanos fabricando enanos, o enanos que intentan engendrarlos —pensé—. Edipo griego en tierras suecas.» ¿Y el placer? ¿Dónde quedaba? ¿Le había proporcionado alguno aquel sueño? Me refería a Ingrid. El placer de su presunto hijo enano no me preocupaba tanto en aquel momento.

—Ya sabes lo que dicen sobre los enanos.

—¿Te refieres a lo que los enanos son capaces de hacer en la cama?

Asintió, aparentemente aliviada por no tener que extenderse en el tema, y le dio un trago a su bebida.

—Sólo es un sueño, en cualquier caso. Además, no tengo hijos todavía. Johannes no los quería.

Al parecer aquél era para ella un detalle que desactivaba el sueño y lo hacía soportable. No me atreví a preguntarle cómo estaba tan segura de que el niño que la preñaba era su hijo si no había tenido ninguno... En teoría podría tratarse de cualquier otro niño, ¿no? Quizá me ahorré la pregunta porque sabía lo que me iba a contestar: «Una mujer sabe esas cosas».

—Y tú, ¿a qué te dedicas?

—Vendo material de embalaje.

—¿Plástico con burbujas?

—Algo así.

—Entonces te ocupas de que la mercancía llegue sana y salva a su destino.

—Es una forma de verlo.

Le había dado pie a hablar sobre la fragilidad de los objetos. Mencionó cosas que se le habían roto a lo largo de su vida y los disgustos que le habían acarreado estas pérdidas. Un balancín de madera que le regalaron por su sexto cumpleaños («se rompió el mismo día»). Una cámara de fotos marca Canon («se le quedó el obturador apretado para siempre»). El tazón de Maggie Simpson que le traía buena suerte («traté de pegarle el asa, pero se rompía cada vez que lo metía en el microondas»).

Acordamos la cita al lado de la estatua ecuestre gracias a la aplicación DayToDates. Después cenamos algo en el restaurante de un hotel aristocrático y decadente llamado Eggers. Me dijo que vivía cerca de allí, que podíamos ir a pie si me apetecía.

—Suecia no es lo que parece, ¿sabes?

Solamente llevaba dos noches allí y todavía no tenía una imagen nítida al respecto, pero estaba seguro de que tenía razón. El hotel que me había tocado en suerte esta vez distaba mucho de ser de diseño, la habitación era demasiado estrecha y tenía más espejos que la escena final de *La dama de Shanghái*. Me tropezaba continuamente con baldas dispuestas a media altura alrededor de la cama; las bisagras de la puerta del baño se soltaban cada vez que intentaba cerrarla y los interruptores estaban todos a diferentes alturas, como si algunos hubiesen sido colocados pensando en gigantes y otros pensando en enanos. En comparación, la casa de Ingrid era muchísimo más acogedora.

Le pareció gracioso que un hombre que vendía material para embalar no tuviese preservativos a mano. Ella sí los tenía, pero dijo que no teníamos por qué utilizarlos si yo no quería. Cuando le puse la mano en el vientre para abrazarla y noté aquella firmeza entendí por qué llevaba un atuendo tan holgado.

—Cuatro meses y medio. No te importa, ¿verdad?

Se puso de pie sobre la cama y yo me arrodillé ante ella, como un caballero andante o un templario a punto de ser ordenado. Cada vez que intentaba incorporarme, ella me ponía la mano en el hombro para que siguiese postrado.

—Quieto. Tú de rodillas. Ya me muevo yo.

Después de acostarnos, antes que nada, quiso saber si su lengua estaba lo suficientemente húmeda.

—¿Cómo que si está húmeda?

—Comparada con la de otras mujeres con las que has estado, quiero decir.

Me dijo que era algo que la obsesionaba.

—Mi marido me decía que tenía la lengua seca, no lo suficientemente húmeda, que así no había modo de excitarse ni de follar.

—¿Eso te decía?

—Le dejé hacer durante demasiado tiempo, porque creía que tenía razón.

—Pues no la tenía.

Le había dicho la verdad. No la tenía. «Los cineastas no son más que unos engreídos. Niños que se divierten con sus juguetitos», pensé.

Dormí apaciblemente junto a Ingrid, hasta que la luz me despertó muy temprano. La casa no tenía cortinas y los rayos del sol entraban a degüello. Me entretuve un rato maravillado por las venas que transparentaban sus muslos lechosos: verdes cornamentas de ciervos emboscados bajo la piel. También tenía tatuado con letras góticas un nombre —*Johannes*— en la parte alta de las nalgas.

Me dispuse a preparar el desayuno antes de que Ingrid despertara. Podía tomármelo como un juego, tratar de encontrar en aquella cocina desconocida el exprimidor de naranjas, el filtro de la cafetera y un buen cuchillo que cortase de verdad; también el tazón de Maggie Simpson, si es que no había tirado ya a la basura aquel recipiente con el asa rota. Todo eso tratando de no despertar a quien dormía en la habitación de al lado. En cuanto me refresqué la cara en el lavabo e intenté secarme, vi que la toalla del baño tenía el logotipo de un hospital de la ciudad. Sahlgreńska University Hospital. De tratarse de una toalla sustraída en un hotel creo que aún habría podido hacer la vista gorda y seguir preparando el desayuno. Pero ¿un hospital?

Ingrid tenía razón: Suecia no es lo que parece.

Era esa hora en la que el sol no alumbra aún la ciudad desde arriba, sino que la empieza a calentar a la altura de los tobillos, desde un costado. De no ser tan fría la mañana, quizá hasta hubiese sacado mi *smartphone* para preguntar al oráculo Google *swedish film director Johannes died in Sahlgreńska Hospital*, o algo por el estilo, aunque sólo fuese por completar el rompecabezas. Pero prefería mantener las manos a resguardo en los bolsillos. Me dolían las rodillas. Me abotoné la chaqueta demasiado corta y me encomendé a la fortuna para que mi hotel estuviese en la misma dirección que había emprendido sin demasiado convencimiento de ir en el sentido correcto. Una de dos, tales eran mis probabilidades.

Con o sin espada en ristre, las estatuas ecuestres tendrían para mí desde aquel día un significado totalmente distinto.

EL SAFARI

Nada más adentrarse en el corazón del parque natural de Etosha, se someten al prometedor lema *The Real Thing* proclamado por la agencia de viajes, y dejan a un lado los Land Rover y la mala conciencia provocada por el exceso de dióxido de carbono. A partir de ese punto seguirán a pie, con ayuda de los porteadores. Caminan por un lago desecado, una extensa llanura de tierra caliza que abarca más allá de lo que alcanza la vista. La expedición de diez hombres avanza en rigurosa fila india, con una salvedad: Román Miguélez lo hace todo el tiempo en compañía de Kabali Simalindú. Este último es el único con la prerrogativa de duplicar la hilera de hormigas que avanza lenta pero segura hacia su destino final.

—Kabali, agua.

Hernando Cabrera le va pisando los talones a Román Miguélez; es su sombra y le pagan por ello. Lo obliga a hacer un receso para tomarle las pulsaciones y controlar el ritmo cardiaco cada cuarenta y cinco minutos.

—Te conviene descansar un poco, Román.

La labor de uno de los siete namibios que los acompañan consiste exclusivamente en transportar las sandías y partirlas con un machete antes de ofrecérselas a los hombres blancos. Éstos ignoran su nombre, lo único que lo distingue de los demás es la función que le han asignado: el Hombre de las Sandías. Además de Román Miguélez, el guía Kabali Simalindú y el médico Hernando Cabrera, se ha quedado también rezagado el hombre que cierra la expedición, un amigo íntimo de Román, Noel Elorriaga. Los cuatro descansan, un tanto apartados de los demás. Es inútil preguntar dónde se encuentra la linde que los separa y por qué se escudan unos de otros. No se debe, aparentemente, a ningún motivo retorcido o despectivo, pero cada uno sabe cuál es su lugar allí, un instinto de supervivencia casi genético ordena sus movimientos, su tránsito y la distancia física que los ha de separar en cada momento. Los africanos al sol, a la sombra los europeos. Los namibios

de pie, sentados los hombres blancos. Se diría que a veces, como si perteneciesen a dos especies distintas, ambas *manadas* amagan con aproximarse con una curiosidad que podría en un inicio confundirse con desconfianza; criaturas que tras haber especulado a un nivel muy difuso con tratarse con camaradería, descartan esa hipótesis por imposible. El guía Kabali Simalindú es el único privilegiado, el hombre-puente, un joven atento llamado a hermanar los dos mundos. Miguélez ignora si Kabali es su nombre y Simalindú su apellido o si es al revés. Le importa poco, la verdad. Utiliza los dos nombres alternativamente para dirigirse al hombre que le ha enseñado cómo meter la marcha atrás sin equivocarse con la palanca de cambios. Sea Kabali sea Simalindú, considera que acertar una de cada dos veces con el nombre es ya bastante deferencia para con el negrito que los guiará en la cacería. «Tampoco hace falta tomarse tantas confianzas, al fin y al cabo sólo me ha enseñado a meter la marcha atrás.»

—¿Falta mucho, Simalindú?

La pesca tiene más que ver con la fe, con lo oculto a la vista, con las cosas que no se ven, con la espera. El pescador de río, pongamos por caso, es soñador por naturaleza, tiene fe ciega en sus minúsculos anzuelos de mosca, confía en la artesanía, en el ritual del trabajo hecho a mano, en el barro y en las lombrices. La caza era otra cosa: un territorio en el que contienda y adversario se convierten en palabras imprescindibles —no existen tales conceptos en la pesca—. Piensa el cazador que dominar a una bestia que te supera en peso y fuerza, si no para ampliar su dimensión y su talla simbólica, ha de servir al menos para acentuar el perfil de su virilidad. El pescador sabe hacer pequeños nudos con hilos muy finos, tiene manos de ilusionista o de costurera. El cazador, por su parte, es más un herrero, se vale más que nada de su dedo índice, todos sus dedos acaban convirtiéndose en índices que señalan, también su voluntad y su temple, todo su cuerpo torna vector, un báculo cargado de testosterona; y su pupila, diana y reflejo de una traslúcida eyaculación virtual. El buen pulso, eso sí, es algo que ambos, pescador y cazador, comparten.

Kabali Simalindú, el único que entre los africanos cuenta con el privilegio del nombre, responde que no. Que no falta mucho. Pero Miguélez y sus compañeros hace tiempo que escarmentaron con la forma de medir el

tiempo y la distancia de los africanos.

—*Only few, only a too much few.*

Sin quitarse la sonrisa de los labios, el doctor Hernando Cabrera traduce a los demás lo que Simalindú acaba de decirles en su precario inglés: «Poco, solamente un demasiado poco». Los hombres blancos hacen rodar el chiste y se divierten con variantes del mismo: «Falta muy muchoco, falta pocasiado», «estamos proximilejándonos», o «falta un pequeño trechísimo», todo lo cual, como casi todas las salidas de tono, sirve para que el tiempo discurra más deprisa.

—Va siendo hora de tomarte las pulsaciones, Román.

—¿Otra vez?

Ha sido el consejo de administración el que ha dispuesto el requisito de vigilar sus pulsaciones; han transigido en dejarle marchar, sí, siempre y cuando el médico lo siga de cerca. Desde el triple *bypass* no se fían, temen sufrir grandes pérdidas económicas sin su liderazgo. El cierre de la factoría en India arrojó dudas respecto a si alguien que no fuese él mismo sería capaz de diseñar una estrategia de redimensionamiento «sin que llegue la sangre al río». La cooperativa ha conocido mejores épocas. Quién sabe. Quizá también eso, como el arte de la pesca, se reduzca a un acto de fe. Noel Elorriaga saca el tema a relucir mientras se refrescan tomando un té helado.

—No te lo tomes mal, Román, pero te advertí desde el principio que expandirse en Asia era una mala idea... Los indios solamente querían aprender cómo se hace el producto, para empezar a hacerlo ellos luego. ¿De verdad fuiste tan ingenuo como para creer que se conformarían sólo con el ocho por ciento de los beneficios netos? Dejasteis en sus manos todo el *know how*. ¿Y qué obtuvisteis a cambio? Nada más que pérdidas y una engorrosa desinversión en tiempo y dinero. Es cuestión de ritmo: hay que hacer las cosas más despacio...

—No hablemos de trabajo, Noel. Aquí hemos venido a disfrutar.

Los dos saben que no es del todo cierto. Román todavía alberga una mínima esperanza de que Noel cambie de parecer con respecto al crédito. No bien el doctor Cabrera certifica que el corazón de Román Miguélez sigue estable, Kabali Simalindú les ordena guardar silencio.

—*Quiet now!*

Consigue que los hombres blancos, poco acostumbrados a obedecer, se pongan en guardia y acaten la orden mansamente. Simalindú es el primer sorprendido por la reacción inmediata que ha suscitado su petición. Debería utilizar más a menudo ese poder a partir de ahora. Le ha agradado someter por un momento a los hombres blancos. Más allá de la pura obediencia, los europeos le han obsequiado al jefe de portadores algo que él no solicitaba: una parálisis total, un inmovilismo que hace fluctuar sus miradas y pospone la respiración hasta convertirla en un flujo que parece compartido. Dado que el Hombre de las Sandías no es el único que lleva consigo un machete, Kabali Simalindú señala con el suyo un desnivel del terreno rodeado de maleza.

Los hombres blancos no han conseguido ver nada al principio. Después sí. Allí están, plácidamente dormidos, sesteando ajenos a todo.

Con las aves y las liebres era imposible poder hacerlo, pero con animales de mayor tamaño Román Miguélez tenía una regla de oro: era obligado intercambiar una mirada con su presa antes de matarla. *Eye contact*, como diría el anglófilo doctor Cabrera. Ese reconocimiento mutuo legitimaba a su juicio el siguiente paso, el disparo, el digno tránsito de la bestia salvaje al mundo civilizado en forma de pieza cobrada. La clave era conceder la posibilidad de una muerte noble, ofrendar mediante aquella compasiva gratitud un instante para la huida o el contraataque, a pesar de que el resquicio con que contaba el animal para escapar o ser indultado era prácticamente nulo. Por descontado, este modo de proceder dificultaba mucho la tarea a Román, pero ¿cómo colgar en la pared la cabeza de un animal con el que jamás cruzaste una mirada mientras estaba vivo? No, eso no. De ninguna forma. Román sabía de sobra que el taxidermista se encargaría luego de sacarle los ojos y colocarle dos esferas de cristal en su lugar, que lamentablemente nunca habría forma de capturar el regio rictus de la bestia; el pellejo del animal sacrificado acabaría por convertirse en un saco relleno de serrín y recortes de periódico, con cristales nacarados en vez de ojos. Pero aun así, Román deseaba guardar en su memoria aquella mirada, para que la presencia del león disecado le fuese soportable.

—¿Quieres probar, Noel?

—Es el primero, te concedo el honor. Tú eres el profesional.

Lamentablemente, no han podido aproximarse más: alguien ha pisado una rama y los leones, que parecían dormidos, se esfuman en un abrir y cerrar de ojos.

—Era una hembra. Con dos crías.

—Lo siento... Ha sido sin querer.

El guardián de los latidos, el doctor Cabrera, se autoinculpa: él ha pisado la rama y hacia él se dirigen todas las miradas. Blancos y negros, ambos grupos han comprendido el peso y la importancia de lo sucedido, cada cual a su manera. El doctor Cabrera es novato en el mundo de los safaris, no está acostumbrado a perseguir a los felinos, y de no tratarse de la primera vez, puede que Román sospechase incluso que había pisado la rama aposta, siendo como fue el único en rehusar empuñar el fusil cuando se lo ofrecieron. Román, acostumbrado a mirar a las bestias, tiene la virtud de saber escuchar las palabras que no se pronuncian: «Yo no estoy aquí para matar nada, sino para mantenerte a ti con vida».

Montan el campamento en un pequeño claro salpicado de espinos blancos. A pesar de los años transcurridos desde que el lago se evaporó, la inmensa llanura no ha perdido su naturaleza de continente desecado. Pero ahora es el turno de los cazadores. Nada de juegos de niños. No hay pescadores ni lagos que valgan.

Cenan bajo las estrellas. Hay tantas que resulta complicado distinguir las constelaciones. No cabe duda de que es otra y tiene propiedades distintas aquella bóveda celeste. Se sienten cobijados por un cielo liberador que promete para el juego una segunda mano más allá del exiguo descarte que nos ha ofrecido quien reparte los naipes por vez primera. La carne que han preparado los africanos está muy jugosa.

—¿Qué es, Kabali?

—*Meat, goodlooking.*

«Carne, bien parecida.» Hernando Cabrera intenta subir el ánimo de sus compañeros traduciendo jocosamente la vaguedad de la respuesta del guía, pero la estrategia que antes ha funcionado no surte esta vez ningún efecto.

—No tiene gracia, Cabrera.

Hernando Cabrera es el primero en retirarse a dormir. Lo sigue camino del catre el guía Kabali Simalindú. Solamente entonces recobran Román y Noel el buen tono de las risas cómplices y los juegos de palabras, burlándose a expensas del guía. «¿Qué carne va a ser? Carne de *caballi*, con aliño de simalindú»; «Carne de carnaval, ¡carnealesca, y mucho buena!». Román enciende su pipa. A pesar de que el cardiólogo le ha prohibido fumar, bajo el apabullante cielo cuajado de astros se le antoja de rigor una pangea de humo que haga encajar los continentes. Sucede en contadas ocasiones: sentir que has dado con la última pieza que faltaba en el puzle. «Ahora o nunca», se dice mientras aspira su pipa. Aborda el tema de puntillas, dando un gran rodeo.

—Todo depende de la forma en que te mira la bestia. No lo hace siempre con los ojos, ¿sabes? El rinoceronte negro, por ejemplo, lo hace con su boca y con las arrugas de su frente. Fue el más difícil de cuantos he cazado. Pero también las cosas difíciles salen bien a veces.

Noel no muerde el anzuelo. Román sigue fumando, observando cómo filtra la vía láctea el humo de su pipa.

—Le llaman rinoceronte negro. Pero en realidad no lo es tanto.

Ni el más leve movimiento en su cara. Una leve contracción de cejas, a lo sumo.

—También sucede con las personas. Sentir que tienen la mirada en otra parte, que no miran con los ojos, sino con un músculo de la cara o con la barbilla. ¿A ti no te pasa?

—Sé a dónde quieres ir a parar. Pero la decisión está tomada, Román. Resultaría demasiado arriesgado. Lo siento de veras.

Todo aquel que ha despertado alguna vez al raso en la montaña sabe que el olor a quemado no molesta tanto al alba. Los rescoldos del fuego no hacen sino subrayar la opulencia de la naturaleza, el beneficio que trae el oxígeno a los pulmones. La cualidad perfumada de la madera de cedro que se utilizó la víspera para asar la carne prevalece sobre la leña calcinada. Tal como lo hizo anoche con su aluvión de estrellas, la naturaleza presenta sus credenciales con un amanecer fragante y fresco, rotundo. Así lo sienten los hombres blancos, que aquel azul nunca antes visto por ellos se apodera de todo lo demás. Se sienten muy pequeños. Muy pequeños e insignificantes.

—Aquí no hay cobertura, ¿verdad?

A Hernando Cabrera se le está haciendo largo el fin de semana. Porque lo es. Fin de semana. No podía haber sido de otra forma. Este sábado y este domingo de agosto han sido elegidos cuidadosamente por ser los únicos días del año en los que Román puede permitirse el lujo de salir sin móvil. A Hernando Cabrera, sin embargo, el lujo de la incomunicación le parece insufrible. El buen doctor que les ha espantado la caza provoca ahora cierta ternura.

—Tranquilo, hombre. Mañana estaremos otra vez en la capital.

Cuando Kabali se agacha es difícil saber si sobreactúa —*The Real Thing*—, o si de veras se dispone a olisquear el excremento de un antílope, tratando de conducir a la expedición por el buen camino, sabedor de que el león no puede andar muy lejos de donde pasta su presa. No tienen más remedio que confiar en él. Han depositado su fe en Kabali Simalindú, aunque este detalle —esa necesidad de fe— los lleve momentáneamente a ser más pescadores que cazadores, más costureras que herreros.

—Después de esto solamente me faltará el elefante. Lo peor es que tendremos que cambiar de compañía aérea: Lufthansa también va a negarse a transportar trofeos de caza en sus vuelos comerciales.

Noel y Román conversan acerca de los daños colaterales, no siempre obvios, de la corrección política y de los quebraderos de cabeza que les han traído las leyes en pro de la igualdad de género. Tras algunos circunloquios intrascendentes, se disponen finalmente a atajar el tema.

—Dime la verdad, Román, ¿cuántos puestos de trabajo se quedarán por el camino?

—¿Por culpa del crédito que nos habéis negado, quieres decir?

Aunque hace muchos años que Román deseaba traerse a Noel de caza, la suerte quiso que fuese precisamente éste el año en que aceptase la invitación, el mismo año en el que les habían denegado el préstamo que les hubiese permitido evitar la suspensión de pagos. Román Miguélez se pregunta si cuando reservó los billetes de avión Noel sabría o no que el crédito no les iba a ser concedido. No espera a la respuesta de su amigo:

—Vuestra caja de ahorros es parte de la corporación. También vosotros os hicisteis grandes, en parte, gracias a nuestro dinero. Teníais la obligación moral de darnos ese crédito.

—¿Obligación moral? Venga ya. ¿Sólo por ser miembros de la corporación? Sabes de sobra que cada uno tiene que velar por su propio negocio. ¿Acaso utilizáis vosotros los servicios de la agencia de viajes de la corporación para viajar a la India? Por supuesto que no: contratáis los viajes en una agencia externa, porque así os sale más barato. ¿Me equivoco?

—No es lo mismo.

—¿Ah, no? Hace mucho que eliminamos la solidaridad de la ecuación, Román.

—Hemos presentado un plan de refinanciación. Tú mismo lo dijiste ayer. La clave es acordar un ritmo adecuado.

—*Refinanciación*. Por supuesto. Bonita palabra. ¿Cuántos habéis presentado estos últimos años?

—No es ésa la cuestión...

—Sí que lo es, Román. Ésa es la cuestión. ¿Pretendes que nos atemos una piedra al cuello y nos ahoguemos todos?

«Fue un lago, esto fue un lago alguna vez, estamos en el fondo y sin embargo respiramos», se dice Román Miguélez. Era fácil ceder ante la visión de aquel prometedor horizonte. Sabía que su amigo tenía razón, pero era demasiado doloroso dársela. Quizá hubiese acabado haciéndolo, de no haber mediado aquella frase, la que más aborrecía Román entre todo el arsenal de tópicos.

—No es nada personal.

Esperaba algo más de un amigo.

—Dime, al menos, que os lo pensaréis una última vez antes de hacerlo público.

Noel Elorriaga calla, pero no otorga. Niega con la cabeza. Román no quiere mostrarse demasiado desesperado.

—Dime que hay alguna posibilidad de que os echéis atrás.

—Sería cruel darte falsas esperanzas.

Ante tan contundente negativa, ¿qué otro gesto queda? «Marcharse con el rabo entre las piernas o hacerlo con la cabeza erguida», concluye Román. Le viene a la mente la memorable frase pronunciada por el presidente español Mariano Rajoy a raíz de las ayudas que Europa podría conceder a Grecia por culpa de la crisis: «Una cosa es ser solidario, y otra cosa ser solidario a cambio de nada».

No se atreven a mirarse.

—Tenías razón, hubiese sido mejor no hablar sobre cuestiones de trabajo. Es mi culpa, por haber aceptado la invitación.

«Entonces lo sabía —deduce Román—, sabía que no nos iban a dar el crédito cuando decidió venir.» Eso tampoco cambia nada.

—*False alarm!*

Kabali Simalindú les da permiso para descansar un rato.

Noel coloca su hamaca entre dos árboles de mopane para echarse una siesta. A los pocos minutos, Román lo ve con la boca abierta y un hilillo de saliva cayéndole por la comisura. No tiene problemas para conciliar el sueño. No es él el responsable de dejar a cuatrocientos trabajadores en la calle.

La mañana ha sido descorazonadora: el bochorno les ha quitado las pocas ganas de charlar que les quedaban, y han matado el tiempo comiendo trozos de sandía y bebiendo té helado bajo el toldo dispuesto por los africanos. Kabali Simalindú, ajeno a toda riña, afirma que se trata de un emplazamiento privilegiado —«Éste es el lugar»— y que ya no queda sino esperar. Se trata de una cuestión de tiempo, dice. Se muestra muy confiado ante Román, como si lo viese todo en una bola de cristal.

—Por fin le podrás mirar a los ojos. Desde allí vendrá.

La fe es importante. No la perdáis, mortales. No olvidéis vuestro credo, el libro sagrado, el testimonio de quienes lo lograron.

Román Miguélez toma el fusil y se acerca a Kabali.

—¡Simalindú! Ese cerro, veamos qué hay detrás.

En una pequeña elevación del terreno, la planicie se curva como la parte convexa de una mano extendida. Hacia allí se dirigen, sin tomarse la molestia de protegerse del sol, aunque Román sabe que es una imprudencia. Cabrera sale embalado tras sus pasos, sin separarse de su maletín médico. «Yo no estoy aquí para matar nada, sino para mantenerte a ti con vida.»

—Deberíamos tomarte el pulso, Román...

—Ahora no: no es el momento.

Kabali y Román ganan la colina. Contienen el aliento. Es un ejemplar de una nobleza incontestable. Consigue que te lamente porque tu propia especie no haya evolucionado por otros derroteros, más atléticos, más sujetos a la belleza de lo estoico y lo salvaje. Desplazándose impasible sobre un tronco de mopane, tiene en su haber la capacidad de trasladar a su espina dorsal y a sus marcadas costillas la inclinación exacta del tronco caído que va leyendo con sus patas. Es un gato mitológico que te hace retroceder milenios. La más bella bestia que Román haya visto en su vida, sin duda alguna. La más bella entre las bestias y entre las no bestias. Cuéntense todos los objetos, las personas, los lugares y las criaturas del mundo; nada ni nadie puede igualar al guepardo negro.

El animal se vuelve hacia el punto en el que se encuentran Kabali y Román. Ambos observan al guepardo, y Román mira después a Kabali, no tanto para pedir permiso como a la espera de que le dé luz verde. Cabrera viene más atrás, él es el único hombre blanco desarmado, el guardián de sus latidos, el que pisa las ramas y ahuyenta a las bestias. Hoy, más que nunca, su asombro los iguala, todos sucumben ante aquella visión. Román amartilla su arma.

Kabali Simalindú suspira dubitativo.

—Señor... No tenemos permiso para esto, señor.

Las pupilas del guepardo: fuego equilibrado que sosiega el alma sin dañar a nadie. Sólo que los ojos están salpicados de puntitos blancos y diminutos lunares azules. Gracias a grumos eléctricos diseminados en el iris, el color de sus ojos bulle y se transforma fugazmente en otra cosa, un amarillo brillante, un verde hirviente, un color dorado que es de guijarro que rueda en un río iluminado por el sol. Por primera vez en su vida, Román se lamenta de no tener a mano una buena cámara de fotos.

Solamente cuando se da cuenta de que el hombre lo está apuntando con un arma pierde el hieratismo e intenta amagar la huida el animal, pero ya es demasiado tarde. Le ha sobrado confianza en sí mismo, o quizá lo ha traicionado el exceso de curiosidad con respecto a los desacostumbrados

visitantes de la sabana. La bala calibre dieciocho milímetros del fusil Winchester lo alcanza de lleno. Un único disparo basta. El animal cae sin agonía, con dignidad y aplomo.

Nadie se atreve a romper el silencio hasta que lo hace Román Miguélez, solicitando por una vez la asistencia del doctor Cabrera: «Al menos podrías hacer algo útil y certificar que el bicho está muerto».

Después se saca un *selfie* con su presa. Le pide a Kabali que levante los párpados a la bestia, y el guía obedece apesadumbrado, obligado a lidiar con demasiadas supersticiones. Román sopesa si subir o no la foto a Instagram, sabe que no habrá filtro que le haga justicia.

Los africanos portean al guepardo muerto hasta el campamento. Kabali también los mira temeroso de lo que les aguarda. Teme la multa. Y teme también, quizá, que sea de mal augurio haber tocado con sus propias manos el cuerpo sin vida de un animal sagrado.

A menos que se lo pidan expresamente, el Hombre de las Sandías ya no les corta ningún trozo. Tampoco tienen demasiado apetito, en honor a la verdad. Noel se muestra preocupado:

—¿No tendremos problemas con los papeles?

Antes de partir de regreso hacia el resort, muy al contrario de la tendencia natural a presumir por las piezas cobradas, cubren por si acaso al guepardo con una de las lonas que han utilizado para guarecerse del sol. Cualquiera podría sacar una foto al remolque, con los teléfonos móviles no puede uno fiarse. Al poco rato, Kabali Simalindú ordena que se detengan. Se acerca a un charco y dispara con desgana a una gacela que bebe despreocupada. Toma en su regazo a la gacela muerta y la coloca en el jeep sobre la lona que cubre al guepardo. Después cubre la gacela con una segunda lona.

—Si alguien pregunta algo, hemos tenido un mal día. Sólo hemos cazado una gacela.

Compran bebida en un puesto de aborígenes vestidos con ropa vaquera y zapatillas deportivas de marca. Les ofrecen unas tortugas diminutas.

—Después crecen mucho. Pero es legal sacarlas de Namibia cuando todavía son pequeñas.

Román compra una para su hija menor. «Seguro que a Janire le encanta. —Espera que llegue con vida—. La meteré en el bolsillo. Veremos si me la requisan o no en el escáner de Frankfurt.»

A medida que se acercan al resort de Namutoni, el doctor Cabrera empieza a sentirse más animado. La primera rayita de cobertura de su móvil ha obrado un cambio notable en su expresión. Se ha alegrado aún más al darse cuenta de que tiene un mensaje en el buzón de voz. Lamentablemente, no es para él.

—Es para ti, Román. Llaman desde Mondragón. Dicen que es urgente.

Dos días. Solamente pidió eso, y ni tan siquiera han sido capaces de respetárselos. Toma prestado el móvil de Cabrera a regañadientes para llamar a la empresa.

—Buenas noticias, Román. Muy buenas. Hemos convencido a Gárate. Y a Basagoiti también. Solamente quedaría Noel... ¿Cómo vas? ¿Crees que podrás hacerlo?

Vuelve al Land Rover y le devuelve el móvil a Cabrera.

—¿Malas noticias?

—¿Acaso las hay buenas los domingos?

Es Kabali quien conduce el jeep que lleva el guepardo amarrado en el remolque, con el Hombre de las Sandías a un lado y el doctor Cabrera y Román en la parte posterior. Noel los sigue en el segundo jeep, con otro conductor. Los demás porteadores se han despedido a la entrada del parque natural de Etosha. No quieren problemas.

—Honestamente, Cabrera. Etosha está a quinientos kilómetros de la capital. No he visto ni un solo puesto de socorro en todo el trayecto. ¿De veras habrías podido hacer algo si me hubiese dado un infarto?

—Siempre se puede hacer algo.

Cuando Kabali Simalindú se asoma por la ventanilla, prefiere no mirar al cielo. Sabe que están ahí. Tiene el oído lo suficientemente entrenado como para distinguir a los carroñeros sin necesidad de verlos. Pero estar al corriente de las cosas y saber nombrarlas no necesariamente sirve para tranquilizarse, al contrario, la mayoría de las veces no hace sino agudizar la angustia. Aún no ha anochecido cuando llegan a la entrada del parque. «Demasiado pronto,

demasiada luz —advierde Kabali al Hombre de las Sandías—. No estarán lo suficientemente borrachos», pronostica. Cuatro soldados armados con fusiles de asalto rodean sus vehículos.

—Una gacela —anuncia Kabali, con una sonrisa no muy convincente.

—¿Una gacela? ¿Habéis oído eso, muchachos? ¡Una gacela, dice! Una gacela... ¿y qué más?

Descubren las dos lonas, una tras otra. Retroceden un paso al verlo. Los soldados observan al animal con reverencia. No así a la comitiva de caza, a la que miran sin disimular su desprecio. El doctor Cabrera empalidece por momentos. Román apremia a Kabali para que haga algo.

—¿Y ahora qué?

—Déjeme a mí: *do we have... how many dollars?*

La discusión ha sido larga, la escenificación de una liturgia demasiado manida, plagada de gestos de ofensa fingida, llena de altivez impostada y amenazas de interrumpir la negociación y avisar a las autoridades. Román lo entiende todo sin necesidad de conocer el idioma: se ha visto envuelto en demasiadas negociaciones del mismo cariz durante los últimos años.

—¿Todo bien, Simalindú?

—Ahora no. *Later I explain. Let's go.*

Mientras reponen gasolina le cuenta en qué ha consistido el trato. Quinientos dólares. Cien para cada uno de los custodios y otros cien como «donación al parque natural». Pagan al porteador que conducía el jeep de Noel y se despiden de él. Una vez fuera de la reserva, el piso es más suave y la conducción más sencilla, ya no precisan de asistencia. Se cambian de vehículo. Kabali, el Hombre de las Sandías y el doctor Hernando Cabrera van en cabeza, y Noel y Román se quedan solos en el segundo jeep, con las dos piezas cobradas en el remolque de la ranchera. Se acerca la noche, con su remanente de estrellas.

Román Miguélez se dirige eufórico a su amigo de toda la vida, agarrando el volante con una sola mano.

—Tampoco nos ha salido tan caro, después de todo, ¿no te parece?

—¿Tú crees? ¿Sabes cuál es el sueldo medio de un trabajador namibio?

—Dímelo tú. Tú eres el economista...

—Créeme. Acabamos de crear a cuatro nuevos ricos de un plumazo.

—Tampoco parecían hundidos en la miseria, Noel. ¿No te has fijado en las Ray-Ban?

Más pendiente de la conversación, Román aminora tanto la marcha que empiezan a quedarse rezagados. Hernando Cabrera se pregunta si debería preocuparse cuando ve que el Land Rover del hombre que le han confiado cuidar está empezando a menguar en el espejo retrovisor. Lo mismo piensa Noel cuando comprueba que los pilotos rojos del jeep que les precede son achicados por la distancia.

—La cuestión es que hemos salido bien parados. Y con guepardo y todo. Ahí es nada.

—Tú estás acostumbrado.

—¿Qué intentas decirme?

—A salirte con la tuya. Acostumbrado. Pero no siempre es posible.

Silencio. Estrellas. Graznido de aves que los hombres blancos no son capaces de distinguir.

—Son dos cosas distintas, Noel. Dime que no hay ninguna posibilidad y empezaremos de cero. Se acabó. Te juro que no insistiré más.

—Hay que saber perder.

—Hace mucho que aprendí a hacerlo.

Noel se ablanda un poco.

—Sabes que te tengo en gran estima. Hice todo lo que estaba en mis manos.

Un segundo cliché molesto. «No es nada personal; hice todo lo que estaba en mis manos.» «Nada» y «todo», no deberían emplearse esas palabras tan a la ligera.

Román suelta el volante por un instante y se encorva alzando ambas manos por encima de sus hombros, simulando una especie de plegaria hacia La Meca que da el asunto por zanjado: «así sea, todo está dicho». Se diría que es una promesa de no volver a incidir en ciertos asuntos, la tabla rasa de un nuevo comienzo. Conduce en silencio otro buen rato, para facilitar la digestión hacia esa sanadora pizarra limpia que dos amigos se prometen tras una herida, y que puede tardar en llegar un rato. Si al menos funcionase la radio. Pero allí donde debería estar el aparato sólo hay unos cables pelados.

—Echaré de menos Etosha. Todas estas estrellas sin nombre.

En realidad son las luces del jeep delantero las que se han alejado hasta convertirse en pequeños astros. En breve las perderán de vista. Y también ellos perderán de vista al segundo jeep. Román entorna los ojos y conduce cada vez con más morosidad.

—¿Qué te ha parecido la experiencia?

—Ha sido una pena que me haya rezagado cuando habéis visto la pantera.

—No era una pantera exactamente: es un guepardo negro.

—Éste sí, es negro, entonces... No como el rinoceronte, ¿verdad?

—Así es: habrá que probar su carne *carnevalesca*...

Los dos vuelven a reír. Existe, por tanto, una posibilidad. Lo que se quiebra se rehace, lo que se separa se une, sobre esta tierra quemada volverá a brotar otra vez la vida. Siempre ha sido así. No se rinden. Cueste lo que cueste, lograrán salir adelante.

Es en ese instante cuando sucede. El vehículo da un bandazo. A punto está de salirse de la calzada. Román pisa el freno en seco.

—¿Qué diablos ha sido eso?

—¿No lo has visto? ¡Hemos atropellado algo! ¡Una maldita gacela!

—No me jodas, Román... ¿otra?

Sin pensárselo dos veces, Noel se baja del jeep y se coloca ante los faros delanteros del coche. «¿Qué?» «Nada, no veo nada.» Román le señala con el pulgar la parte de atrás, mejor asegurarse de que la carga sigue bien amarrada y no hay rastro de algún animal malherido. La gacela podría estar atrapada entre la tracción trasera. Todo ha sucedido demasiado rápido.

Noel Elorriaga se agacha, pero tampoco ve nada esta vez. Cuando vuelve a incorporarse, le pide a Román que adelante el vehículo para comprobar que no hay nada bajo el jeep. Román distingue la silueta de Noel en el retrovisor, con sus manos apoyadas en el remolque, como si intentara empujar un Land Rover estancado en el barro.

No puede decirse que haya sido exactamente una decisión. Román lo sabe mejor que nadie, porque decisiones ha tomado muchas y muy dolorosas a lo largo de su vida. De improviso, le intriga saber si será o no capaz de hacer funcionar el retroceso tal y como le enseñó Kabali Simalindú dos días

antes. Es un desafío que podría acarrearle algún beneficio. O quizá se cree en posesión del ingenio para engañarse a sí mismo hasta el punto de creer que no ha sido más que un accidente y explicárselo como tal a sus compañeros.

No había nada bajo la tracción trasera, pero ahora sí lo hay.

Atraviesa el bulto una y otra vez, hacia delante y hacia atrás, para asegurarse de que se trata realmente de un bulto.

«¿No lo has visto...? ¡Una maldita gacela!»

«No me jodas, Román... ¿Otra?»

«No es nada personal; hice todo lo que estaba en mis manos.»

Apaga el motor y las luces y sale del jeep para izar aquel bulto al remolque y colocarlo sobre la lona que cubre el guepardo. No tiene un tercer toldo con el que cubrirlo y prefiere no mirar.

Se sale de la carretera principal y elige un desvío. No podría asegurar cuánto tiempo ha pasado conduciendo, pero sí que se le ha hecho eterno: no basta para poder interiorizar que esta vez se ha quedado solo. De eso sí está seguro. Un poquito más, Román. Ten fe. No te rindas. No olvides tu credo, el libro sagrado: el testimonio de quienes lo lograron.

Cuando le parece que ya se ha alejado bastante de la carretera principal, arrastra los dos bultos por el suelo con una lona. Los arrastra y los lleva hasta el pie de un árbol, no sabe muy bien por qué. Cuando se ensucia con sangre, prefiere pensar que se trata de la sangre de la gacela. Se acuerda de Noel, tumbado en su hamaca entre dos árboles de mopane, dormido, con un hilo de saliva pendiendo de su boca, hace tan pocas horas. Intenta retener una estampa vívida, reciente. A esa búsqueda desesperada de ternura puede deberse el hecho de haber arrastrado el cuerpo hasta el árbol, aunque la lona no es ninguna hamaca que oscila entre dos árboles.

Arranca de nuevo el Land Rover y vuelve a mirar el cielo estrellado, sin saber muy bien qué camino tomar, buscando un rumbo, calibrando sus opciones. No tarda en relacionar aquellos chillidos con una imagen en concreto. La de esas aves que nunca vienen solas y cuyo nombre no se atreve a pronunciar.

Buitres.

Mantiene una mano en el volante e introduce la otra en el bolsillo de la chaqueta, como quien repentinamente recuerda algo importante u olvida alguna minucia trivial. Quizá ambas cosas. Quizá es al revés: ha recordado una minucia trivial y olvidado algo importante.

La tortuga sigue allí, en su bolsillo. Aún se mantiene con vida y camina por el envés de su mano cosquilleándole con sus diminutas patas.

IKEA CRUCIFIXIÓN

Su momento álgido como pareja, según lo veía Manu, lo vivieron en aquel apartamento de Marsella. Durante toda una semana casi no abandonaron la habitación: el techo del dormitorio asimilado al azul del cielo, y fuera de aquellas cuatro paredes, la nada. Si acaso algún detalle hurtado de reajo a la parte alta de la ciudad.

La guía turística la compraron ya de vuelta a casa en el aeropuerto, para engullir con avidez retrospectiva todo aquello que habían dejado de visitar. A pesar de que no vieron nada en absoluto, fueron capaces de narrar a los amigos sus falsas andanzas con todo lujo de detalles: todo eran maravillas en torno a esta ciudad mestiza, sucia y bullente. En realidad, lo único de lo que hubieran podido dar fe eran los rayos de sol que entraban desde el exterior y bañaban sus cuerpos desnudos durante todo el día.

Marsella, ¿qué tenía aquella ciudad para habérseles metido bajo la piel? «Aquí seguro que volvemos», se dijeron, como siempre hacemos, aunque luego no regresemos jamás. Acababan de empezar a salir, compartían *In the Mood for Love* como película favorita, el concierto de su vida había sido el de Franz Ferdinand en Barcelona —*It's always better on holiday*— y la efervescencia del deseo alimentaba todavía su circuito interno.

Después, al poco de empezar a vivir juntos, todo acabó por templarse, y empezaron a aflorar detalles que antes pasaban por alto y ahora enturbiaban la vida en pareja con la escuálida discreción de los submarinos nazis.

Todo empezó con aquel dildo, un tótem azul de látex. Laura le dejó caer que utilizaba aquel trozo de cielo para masturbarse en su ausencia. Fue un error por su parte. Tenía que haber dejado pasar más tiempo desde la mención de aquel asunto hasta la pregunta que tan delicada resulta a algunos hombres heterosexuales. Qué decir sobre la cara de tonto que se le quedó a Manu cuando, queriendo arreglar la situación, Laura hizo aquella precisión («Al pasivo, me refiero»). Laura debía saber que no tenía por qué mezclar

ambas cosas en la misma conversación, que la intimidad compartida no es inmune a todo. Había que reconocer que Manu no reaccionó del todo mal — al fin y al cabo era crítico de arte; una persona presuntamente liberada—, y a partir de aquel día no tuvo reparos en utilizar el dildo, en un inicio con timidez y poco a poco con más naturalidad. Laura, por su parte, entendió cuál era el límite de Manu: el manejo del juguete, cuando ambos compartían cama, le correspondería a él. En cuanto a otro tipo de prácticas sexuales, no ahondaron más en ello.

—Los de *Jot Down* me han encargado una reseña de la exposición de Jota.

—¿La expo del Artium?

—Sí.

—No es nada del otro mundo.

—¿Acaso la has visto?

—¿No te conté que fui a la inauguración? Creo que coincidió con los días en que estuviste en Róterdam.

Manu experimentó una punzada de celos cuando supo que Laura había estado en la apertura de la exposición de su ex. Y no, no se lo había contado.

Conocía de sobra las estratagemas de Laura. ¿De veras creía que se daría por satisfecho con aquel «No es nada del otro mundo»? ¿Acaso no era aquélla una falsa declaración de desapego con respecto a su ex, un intento por neutralizar la inquietud de Manu? Una coartada fundacional negativa que le facilitará crédito positivo en una próxima ocasión. La última vez que lo menospreció acabó almorzando con Jota al cabo de una semana. «Tranquilo, amor, ya no siento nada por él, solamente le voy a acompañar porque se ha puesto insistente, preferiría mil veces comer contigo.»

—Si quieres saber mi opinión, Jota está bastante estancado. Pero no quiero condicionar tu crítica. Tengo gran curiosidad por saber qué te parece.

Aunque Manu intentó no contagiarse demasiado de la opinión de los demás críticos, no pudo impedir su consternación al leer los elogios que el periódico *Gara* le había dedicado a Jota Balerdi. Si esperaba tener la sangre fría suficiente como para detenerse y no seguir leyendo tras el titular («Contemporáneo, activista, rompedor»), estaba muy equivocado. Su voluntad era, al parecer, más débil de lo que pensaba. El masoquismo es un

coyote siempre al acecho. Así decía la reseña: «Jota Balerdi profundiza en las lindes de lo sagrado, analizando para ello las profanaciones desde el punto de vista de Agamben, y expulsando de su territorio sacro aquellos objetos que en su día estuvieron fuera y de los que la religión se apropió a fuerza de introducirlos en el templo. Balerdi restituye estos objetos a su emplazamiento original, a su naturaleza salvaje y profana. Es significativo, en este sentido, el conjunto llamado *Crucifixiones*, la parodia de una carpintería que produce crucifijos en serie, o también, en la misma línea, la instalación *Agua bendita, no potable*».

Manu siempre había creído que lo peor que puede pasarle a una persona como él era que el ex de tu mujer tenga un perfil público. Jota Balerdi llevaba bastante tiempo sin aparecer en los medios, pero haberse convertido en el primer artista vasco de menos de cuarenta años al cual el Artium ofrecía una retrospectiva le catapultó de nuevo a todos los periódicos y televisiones. «Pronto volverá el agua a su cauce», se dijo Manu mientras se disponía a entrar al museo. Al fin y al cabo era su trabajo, «¿soy o no soy un profesional?».

Le costaba ser objetivo, pero Manu tenía que reconocer que Jota Balerdi era un artista notable. Le gustó bastante el vídeo de aquella pelea de carneros, por ejemplo, al que había añadido un montaje en off realizado a partir de debates políticos, o la misma *Ikea Crucifixión*, que ocupaba casi toda una sala, y en la que había encargado veinte crucifijos idénticos a un carpintero para acompañarlos con el vídeo de una encuesta callejera en la que realizó un trabajo de campo nada desdeñable recogiendo diferentes opiniones en torno a las lapidaciones tanto físicas como metafóricas a las que nos vemos sometidos en nuestra era. Le generaba más dudas el que hubiese hecho armar una escalera para poder encaramarse a uno de estos crucifijos a escala natural y dar la oportunidad de colgarse allí a los visitantes; no dejaba de ser una concesión un tanto gratuita en consonancia con la tendencia, tan en boga últimamente, de acercar el museo al parque de atracciones.

En la serie llamada *Profanaciones*, destacaban dos especialmente: el vídeo del niño griego que quemaba billetes de veinte euros y la sorprendente serie de consoladores de porcelana que tomaban la forma de la Virgen María, elaborada en colaboración con el artista Sotnas Anager B. Las vírgenes

estilizadas causaban un hondo impacto: eran piezas artísticas de gran calado, figuras de la virgen que, por muy religiosamente iluminadas que estuviesen —y de veras lo estaban—, reivindicaban su apabullante naturaleza de falos erectos de porcelana dejando patente la contradictoria relación entre disfrute sexual, virginidad y religión, cortocircuitando la mente del espectador a base de sacudir en su interior unos tabúes que a lo mejor ignoraba tener. El estupor estaba asegurado, y en algunos casos, también el rechazo frontal, e incluso, la repulsión. Seguramente debido a la espectacularidad de esta última serie, a Manu se le pasó por alto al principio la pieza de látex azul. ¿Era lo que él creía? Por supuesto que sí: es fácil comprar moldes, incluso en internet. ¿Si se hacían máscaras mortuorias antes de embalsamar los rostros, por qué no habría de hacerse lo mismo con un pene erecto? El rótulo especificaba que se trataba de una *P/A*, es decir, de una *prueba del autor* —literalmente—, se entiende que la primera de una serie. Desde la visión del dildo azul, Manu no pudo concentrarse en ningún otro detalle de la retrospectiva.

Pidió un aplazamiento a *Jot Down*. Para no crear suspicacias, dejó claro al encargado que la exposición le había gustado mucho y que, además de la crítica, quería ofrecerse para hacerle una entrevista a Jota. «Puedes extenderte cuanto quieras, ya sabes que en la web podemos poner el texto íntegro.» Claro que lo sabía: trabajaría el doble y cobraría la mitad.

Jota Balerdi no puso ninguna objeción para la entrevista. Quedaron en verse en el propio museo, al cabo de dos días. Con aquellos desarrapados Levi's salpicados de pintura multicolor cortados a la altura de las rodillas y luciendo gafas de sol, más que un artista parecía un *broker* que venía de coger unas olas. Sobre una camiseta del grupo The Clash llevaba una americana verde, ligera pero con aspecto de ser de todo menos barata. «Un imitador más de Julian Schnabel», pensó Manu, y de repente la expo le empezó a parecer más banal.

—¿No ha venido el fotógrafo?

No pudo disimular su decepción cuando Manu le sacó media docena de fotos con su vergonzosa cámara compacta. Hubiese bastado con un solo retrato, en realidad: Balerdi siempre ponía la misma cara, una sonrisa

demasiado estudiada, con la boca cerrada y la mirada fija, maliciosa incluso, consciente de que era a Manu a quien miraba y no a un fotógrafo cualquiera. Pero quizá no eran sino imaginaciones suyas.

Ni tan siquiera se dignó preguntarle qué tal estaba Laura; un mal síntoma, señal de que Balerdi sabía de sobra cómo se encontraba Laura y de que ambos seguían en estrecho contacto, vía e-mail, mensajito o WhatsApp. No podía ser de otra forma. «Si quieres saber mi opinión, Jota está bastante estancado.»

—Me gustaría comenzar por el trabajo *Razones para no abrir una caja*. Una caja cerrada que dejas en manos de un invitado, para que éste explique por qué no quiere abrirla.

—Está bien. ¿Qué razones puede haber para negarse a abrir una caja? Antes que nada, podría haber un explosivo dentro. Nuestros padres nos inculcaron que al encontrarnos por la calle una bolsa, una mochila, una caja abandonada, cualquier cosa, debemos alejarnos de allí sin ceder ante nuestra curiosidad... Seamos serios: todos sabemos que no hay un explosivo en esta caja, que nos gustaría abrirla aunque no podamos apropiarnos de lo que haya dentro, si bien ése quizá sea nuestro más íntimo deseo, un deseo que procede de la infancia, el hecho de apropiarnos del juguete ajeno, esa fantasía jamás se agota en la sociedad capitalista occidental... Solucionar un enigma, desvelar un pequeño misterio y, una vez saciada la curiosidad inherente a todo ser humano, seguir adelante...

«No es nada del otro mundo. Tengo gran curiosidad por saber qué te parece.» ¿Había dicho de veras Laura «gran curiosidad», o fue «mucha curiosidad»?

—En eso consiste precisamente el desarrollo del género humano, ¿no? En solucionar asuntos que no nos incumben directamente.

—Ahí quería ir a parar, Manu: al hecho de que estamos agradecidos por que esos problemas existan, ya sean ajenos o creados artificialmente. Gracias a ellos encontramos no solamente consuelo y serenidad, sino también placer. «Tengo razones de sobra hoy aquí para abrir esta caja ante ustedes, para descubrir qué hay en su interior y mostrárselo a todos, para desprecintar esta caja que alguien se ha ocupado con gran cuidado de sellar con cinta aislante; pero aún tengo más razones para no abrirla, para dejar intacta la fuerza

potencial del objeto. Optar por un final abierto y una caja cerrada y así proclamar a voz en grito la capacidad evocadora y sugerente de una caja de embalaje cerrada.» El mundo puede verse alterado de igual manera por un alijo de fusiles Kaláshnikov o por la reflexión a que nos lleva esa misma caja llena de armas, todavía cerrada.

—¿Se trata, entonces, de advertir sobre los peligros de la caja de Pandora?

—Podría entenderse así... Todo el monólogo se lleva a cabo alrededor de una caja de cartón cerrada, es una puesta en escena puramente teatral. No hay modo de saber qué oculta esa caja de cartón, ni el peso de lo que esconde, dado que la caja ha sido puesta en el lugar antes de comenzar la *performance* y el actor invitado deberá ocuparse de no tocarla ni desplazarla bajo ningún concepto mientras dure la pieza, de no dar la más leve pista acerca de lo que contiene. Aunque el discurso va cambiando cada vez, el final de la intervención es siempre el mismo: la caja jamás se abrirá. La caja puede variar en función de la ciudad, su tamaño y su aspecto no siempre son los mismos necesariamente.

—¿Y la reacción del público?

—Quienes se acerquen con la expectativa de ver una obra de teatro volverán a casa defraudados. Puede que unos pocos militantes del arte receptivos a las nuevas tendencias queden pensativos. Y, seamos francos, la gran mayoría lo afronta con total indiferencia.

Razones para no abrir una caja era, en realidad, la primera de la serie *Razones*, y probablemente no la más representativa de todas las obras. A ésta siguió, a finales de los noventa, la más convencional *Razones para desnudarnos todos juntos*. Este soliloquio en el que el artista se iba desnudando progresivamente empezaba con Jota dando la espalda al público, quizá como homenaje al trompetista Miles Davis, que hacía lo mismo durante los últimos conciertos de su vida. El hecho de actuar de espaldas al público tenía una explicación: deseaba convertir la *performance* en un acto de fe, actuaba dando por hecho que los espectadores se desnudaban también con él, aunque eran muy pocos y dispares los casos en los que alguien lo hacía. «Desposeamos a Venus y a Apolo de la exclusividad de la desnudez ideal, desposeamos a esos cuerpos depilados y perfectos de la tiranía de la

representación de los cuerpos, las mujeres no nacieron para ser violonchelos ni los hombres debemos tener vocación de convertirnos en el David de Miguel Ángel. Liberémonos del yugo de Man Ray, pensemos qué puede haber de estimulante en cada cuerpo, enorgullecámonos de ser los extraños frutos en que nos ha sido dado convertirnos. Cada cuerpo tiene su encanto.» La eclosión performativa del *body art* que tuvo lugar en el mundo civilizado durante los sesenta y setenta llegó demasiado tarde hasta nosotros, pero ¿esa asincronía anulaba automáticamente este tipo de acciones? La parte más esnob de la crítica reprochaba a Jota Balerdi que sus intervenciones estaban superadas, pero no eran del todo justos: olvidaban que cada comunidad tiene su propio ritmo para llegar a los lugares y a las ideas, y que de no pasar a través de ellas resultaba difícil alcanzar luego ciertos hitos. No se podía, en consecuencia, juzgar el arte vasco como si Andy Warhol hubiese nacido en Getxo.

Pero fue otra la acción artística que más fama le trajo a Balerdi. De hecho, era dudoso que *Razones para matar a alguien* pudiese considerarse estrictamente una intervención artística. Aquella pieza sí se asemejaba más a un monólogo. Es cierto que el texto, al igual que todos los demás pertenecientes a la serie *Razones*, cambiaba de función en función —y, a veces, lo hacía de forma radical—; no podía, pues, considerarse en puridad una pieza con un libreto cerrado, y esto le confería estatus de *performance*, si bien su apariencia era teatral. El texto no ocultaba su base filosófica, que partía del dilema de Kant y llegaba hasta Albert Camus («entre la justicia y mi madre, elijo a mi madre»). La obra planteaba situaciones extremas como la «defensa propia» y justificaciones de parecida índole que casi nadie se atrevería a cuestionar. Pero a partir de ahí, hilaba cada vez más fino. Balerdi ejecutó la obra *Razones para matar a alguien* hasta 56 veces entre 1998 y 2000, y además de ganarse la censura del MACBA de Barcelona y tres querrelas de la fiscalía que fueron archivadas, se granjeó gracias a ella cierto nombre en el circuito. A medida que avanzaban los meses, fue cambiando también el grado de implicación de los espectadores, repartiendo entre el público tarjetas en las que pedía a la audiencia que escribiese de forma anónima sus propias «razones para matar a alguien».

Pero todo aquello eran cosas del pasado. Jota Balerdi, más relajado, acabó aceptando que la idea de dar al público la opción de subirse al crucifijo partió de su marchante de Madrid, y se lamentó de haber hecho esa concesión: «los niños lo utilizan como rocódromo». A partir de ahí, Balerdi, que tenía un discurso más o menos elaborado, cumplió su papel con un notable alto.

—La idea es: ¿tú a quién crucificarías? El hombre de la cruz es intercambiable, al estilo Lego, un dios o una diosa Playmobil... Si fueses lo suficientemente honesto, empezarías por clavarte en la cruz a ti mismo, para poder mirar de tú a tú a los demás crucificados, ¿no es cierto? Está escrito en la Biblia, en el Evangelio de Lucas: «Médico, cúrate a ti mismo». Algo, por lo demás, de rabiosa actualidad, visto cómo intenta ahora la gente curarse tras consultar los síntomas en Google... Pues bien, yo digo otra cosa: «Espectador, crucifícate a ti mismo». Ya sabes lo que representa la cruz según muchos antropólogos: el coito, un hombre y una mujer yaciendo juntos.

Manu sabe mejor que nadie lo que le está contando, y los prolegómenos que lo conducirían hasta el falo de látex azul se le antojan demasiado cansinos.

—¿Y esto?

—¿La Virgen-consolador?

—No, ese otro, el azul: el que dice «P/A». Se diría que está un poco fuera de contexto.

—La verdad es que me animé a ponerlo ahí por su pantone. Me encanta el azul Yves Klein.

—¿Solamente por el color?

—Las vírgenes son blancas y de porcelana, y ese dildo, sin embargo, azul y de látex. También tiene que ver con las supersticiones de las bodas, ¿entiendes? ¿Cómo es eso? «Algo nuevo, algo viejo, algo prestado, algo azul...» ¿Por qué te interesa éste en particular?

Como si él no lo supiera.

—Se supone que en el caso de los dildos lo propio es producirlos en serie, y el tuyo afirma ser una prueba del autor.

—De hecho lo es, estrictamente: una prueba de su autor. Un prototipo.

Manu vacila antes de seguir.

—Ese punto me interesa. Que yo sepa, hasta ahora te has mostrado siempre reacio a la serialización como estrategia de trabajo... Llegaste incluso a prohibir la reproducción de ciertas obras. ¿Puede entenderse este dildo como una reconsideración de tu trayectoria, un acercamiento al mundo de la empresa?

—No van por ahí los tiros. Se trata del primer ejemplar de un prototipo en el que trabajé en mi estudio. Hay un total de tres. Y no pienso hacer más.

Tenía un destello en la mirada mientras lo decía. Manu ya había averiguado más de lo que deseaba saber.

Solamente le quedaba transcribir la entrevista de la forma más imparcial y desapasionada posible y escribir la crítica. Sería favorable, ninguna objeción. Ni tan siquiera respecto al hecho de haber convertido la crucifixión en un rocódromo infantil.

Laura había tenido cena con unas amigas y se encontró a Manu despierto, mientras trabajaba en el portátil.

—¿Qué te ha parecido lo de Jota?

—Me ha gustado. Más de lo que pensaba.

—¿En serio?

—Ajá.

—¿Te ha dado recuerdos para mí?

Decide mentirle:

—Claro.

Laura le obliga a cerrar el portátil y le agarra de la muñeca.

—Ven... tengo un pequeño regalo para ti.

De invertir de cuando en cuando el orden de los factores le hubiese resultado todo más llevadero, pero casi siempre tendía a sacar del cajón el tótem azul antes de empezar a desnudarse. Eso era lo que más lo irritaba. Lo utilizaran o no, a Laura le gustaba tenerlo a mano desde el principio. Ahora Manu sabía que tenía al enemigo en casa, al menos un trozo de su enemigo. ¿Acaso no se daba ella cuenta de que era una humillación excesiva? ¿De verdad creía que no se daría cuenta de que aquel dildo *P/A, prueba del autor*, era idéntico al que ella tenía en casa?

Algo nuevo, algo viejo, algo prestado, algo azul. Manu reflexiona acerca de las limitaciones del lenguaje, de los objetos usados, de los juguetes ajenos y el desánimo que acaban provocando. No puede evitar reeditar una de las entresacas de la entrevista: «Es la vida la que copia al arte y no al revés». A diferencia del dildo, aquellas palabras no pertenecían a Jota Balerdi, sino al gran maestro Oscar Wilde, y eso le resultó consolador hasta cierto punto: «la autoría de las traiciones y las obras maestras, cuanto más lejos, mejor». Recién inaugurada una nueva fase de su relación, más calmada y sosegada, le pareció a Manu que la carne jamás podría batirse el cobre con el azul Klein y con el arte en letras mayúsculas. Laura tenía un regalo. Se esperaba lo peor, pero volvió a sorprenderle.

—¿De qué tipo de regalo se trata?

—¡Nos vamos de vacaciones, Manu! ¡He reservado una semana en Sitges, durante el festival de cine fantástico!

Había que hacer cosas, montar muebles, huir de la rutina, viajar, ver nuevas películas, leer libros. Pero jamás se repetiría aquella semana con Laura en Marsella: el techo del dormitorio asimilado al azul del cielo, y fuera de allí, la nada.

EL DANUBIO MECÁNICO

Angela Merkel calcula que ha debido de adelantar escasos doscientos metros durante la última hora. A este paso no va a llegar nunca. Los dedos y la palma curva en el freno de mano, sudor en las axilas; si al menos la acompañase alguien en el asiento de al lado, podrían matar el tiempo juntos. Al asir más fuerte el volante siente que el aire le entra por las mangas refrescándole un poco el torso, pero sus hombros siguen húmedos, y sus dedos, pegajosos. La goma del sujetador le está empezando a escocer.

Enciende la radio hasta que se hastía con el cacareo en torno a la crisis económica. El Mercedes de segunda mano es una carraca sin aire acondicionado tan vieja como fiable, lo mismo que el radiocasete. Le ha dado chance a la gastada cinta de Bob Dylan, pero ha de mantener la ventanilla abierta si no quiere consumirse en el interior del vehículo, y el ruido del exterior le impide escuchar la música como dios manda «*I used to care, but... things have changed*». Lleva un libro de Brigitte Reimann en el asiento del copiloto, y aunque es una lectora empedernida, ahora no tiene ganas de leer. Los no pocos conductores atrapados en la ratonera de Biriattou hacen gala de una paciencia inusitada. Lo asumen con flema. Ni el más leve ruido de claxon. Cuando se da cuenta de que lleva cuarenta minutos con el motor parado, ve que dos camioneros descienden de sus respectivas cabinas para dirigirse animadamente hacia el *snack bar*. Debería seguir el pulso a los profesionales, ellos saben a qué atenerse.

Y la cosa no tiene pinta de mejorar.

Una mujer ataviada con un chador susurra a su hijo en brazos lo que podría ser una canción de cuna. Tres o cuatro jóvenes han salido a estirar las piernas. Jubilados vestidos con camisetas de algodón sin mangas juegan a la petanca en un descampado. El olor a gasoil se intensifica, hasta consolidarse en el olfato como el líquido que fija una foto. Aunque en verano los días se alargan, Angela Merkel sabe que la noche la pillarán todavía en ruta. Debería

llamar a casa, pero ha dejado su teléfono en la guantera del copiloto, e inclinarse y alargar el brazo para cogerlo se le antoja un gasto de energía inútil. En un arrebato, sale del coche. Le bastan cuatro pasitos para alcanzar la tienda de *souvenirs* de la frontera: toallas de playa con toros Osborne, carteles de tauromaquia, levantadores de piedra *kitsch* moldeados en arcilla, encendedores con ikurriñas... Nada que le apetezca comprar. Maldice el Sur. Por si fuera poco, la semana que viene toca ir a Atenas. Una mosca ha ido a posarse y a hacer puntas de ballet en sus pestañas: le entran ganas de aplastarla. Y ya puestos, no sólo a la mosca. Se seca la frente y se atusa rudamente la melena cortada a cazuela para intentar aplacar su instinto asesino. Vuelve al coche sin comprar nada. Hasta donde le alcanza la vista, la gente espera con las portezuelas de los vehículos abiertas; difícil determinar dónde está y en qué consiste el accidente, el descarrilamiento, el control de tráfico, cualquiera que sea el motivo del atasco.

Angela Merkel tiene un Honda Civic justo enfrente; un poco más adelante, una autocaravana familiar, y pegado a ésta, un tráiler lleno de ovejas suletinas de cabeza negra. No ha sido sino un acceso de locura transitoria, algo que jamás se hubiese permitido hacer de habérselo pensado dos veces. Se encarama a la capota del Honda Civic que tiene delante y, apoyada en la escalera, la emprende hasta subirse a lo alto de la autocaravana. El conductor blasfema en un idioma que Angela Merkel desconoce. Tampoco se ha demorado mucho más en el techo de la autocaravana. Desde allí, con otro pequeño salto, apoya el pie en la maneta del tráiler que continúa la fila de vehículos y se sube con un hábil quiebro al remolque apoyándose en pestillos y pernos, ante la incredulidad de los conductores lo suficientemente imprudentes como para alzar la mirada hacia donde más castiga el sol. Angela Merkel se siente a gusto allá arriba, en lo alto del tráiler, inspeccionando aquel rebaño de ovejas enclaustradas en sus compartimentos. Si fuese un western, ella sería la cuatrera que asalta el tren. Una suerte de optimismo brota en su interior. Se está de maravilla allí: corre una brisa liviana que en la parte de abajo no ha notado.

Tras pasar un rato en aquella terraza de chapa rectangular, resuelve que debería volver a su Mercedes. Pero no aún. Se atreve a dejar el remolque y a subirse al techo de la cabina del tráiler. Justo delante tiene un camión

frigorífico un poco más pequeño que el anterior. Tan cerca están los dos vehículos el uno del otro que bastaría un pequeño impulso para salvar la brecha. Da un brinco y la salva. Se acuerda de la cordillera helada del Himalaya, de esas grietas de las que tanto hablan los alpinistas y de la fuerte atracción por el abismo que sienten al atravesarlas. Aquella serpiente de vehículos es interminable, un nuevo río ha nacido en el corazón de Europa, una arteria navegable y multicolor, un Danubio mecánico. Lo suyo tiene todos los visos de un desafío; desearía apostarse algo consigo misma, averiguar hasta dónde sería capaz de llegar, de camión en camión, de coche en coche, sin tocar en ningún momento el asfalto, siguiendo aquella fila de vehículos, de techo en techo.

Decide continuar un rato más. No tiene nada que perder.

El atasco sigue sin avanzar un milímetro. Hay gente agazapada en sus asientos resignada a pasar la noche dentro del auto, haciendo un ovillo con su jersey y apoyándolo contra la ventanilla como almohada. Ya no alcanza a ver su coche; lejos queda la guantera, su teléfono móvil. A punto está de recibir una paliza por parte de unos milaneses cuando les abolla involuntariamente el techo de su BMW Serie 4 Coupé. Pero sale ilesa. Duda, no obstante, de la razón por la que la han dejado marchar: ¿lo han hecho porque la han reconocido, o, muy al contrario, porque no se han percatado de quién tenían delante? Una mujer mayor que tiene el interior de su utilitario lleno de kleenex arrugados la invita a subir a su coche, pero Angela Merkel declina la invitación educadamente.

Aunque al oscurecer corre un poco de aire, sigue sintiéndose febril. Deduce, como si ese tipo de cosas pudiesen deducirse por una misma, que tal fiebre debe de ser fruto del cansancio acumulado y no de la enfermedad incipiente. Le viene a la mente aquel rumor que hizo circular la prensa germana: que cuando dejó a su primer marido se fue de casa con frigorífico y todo. Nada que objetar. Fue así como sucedió.

Demasiadas sinapsis. Se agolpan los pensamientos, llegan atropelladamente y sin inhibición, las neuronas desvarían y han perdido toda capacidad de refrenarse. Quizá pueda cruzar Francia entera. ¿Y qué se encontraría en el Hexágono? Aquella plaza de Burdeos en la que Victor Hugo pronunció su famosa arenga («¡Mi venganza es fraternidad! ¡No más

fronteras! ¡El Rin para todos! ¡Seamos la misma república, seamos los Estados Unidos de Europa, seamos la federación continental, seamos libertad europea, seamos paz universal!»). Se encontraría rotondas como ombligos, la metáfora del chovinismo francés; amas de casa de sonrosadas mejillas ofreciéndole doscientos tipos de queso y mermelada de cerezas para untar; ministros adictos a la feromona napoleónica; lectores de la Resistencia que le irían dejando libros de Gallimard —*La possibilité d'une île*— en los cantos de los tráileres; raperos argelinos de *banlieue* organizando *raves* en remolques. ¿Cómo resistirse a la tentación de visitar las fabulosas instalaciones de suicidio asistido en aquel inmenso cementerio de elefantes llamado Suiza? Después llegaría Bélgica, la Europa pija de pavés, footing y vegetarianos, un país que nace con vocación de convertirse en el asterisco a pie de página de Francia, con sus pederastas jubilados y sus Tintines alcohólicos; los atascos de los viernes por la noche en el anillo de Utrecht; las compañías holandesas que recompran tu póliza y te reaseguran sin tú saberlo; fabulosos *coffee shops* en Ámsterdam donde fumar Black Widow; bicicletas robustas y ciclistas erguidos cruzando a toda velocidad los raíles hundidos del tranvía en Róterdam; su querida Alemania natal, las tres Óperas de Berlín —una de ellas bufa—; casas sin persianas, sin visillos y sin cortinas, mostrando a quien interese la vida interior en el corazón de Baviera, no hay riesgo de siesta y de letargo a las afueras de Múnich. Podría ver desfilar con sus propios ojos a la nueva juventud polaca convertida al catolicismo, casándose por la iglesia para enojar a sus padres excomunistas; campechanos austríacos o luxemburgueses siempre dispuestos a echarle una mano y a romperte la dentadura con un palo de golf; la Europa de Bartók y Kafka reducidos a museo, nomenclatura callejera y sello de correos; la Europa de neonazis y de kebabs; la Europa del envolvente gesto napolitano que recoge archipiélagos virtuales como un crupier que mueve demasiado las manos; la Europa de los descendientes de los viejos reyes húngaros, siempre ataviados con harapos, mezclados con los mendigos y disputándose con ellos el cariño del populacho; jóvenes croatas con peinados *rockabilly* bailando en el muelle de Rijeka tras ser colonizados por el *chill out* ibicenco y la banda sonora de *Dirty Dancing*. Oh, Europa, la de los balnearios bielorrusos con impactos de bala, la de los Balcanes y el punk, el verde pasto y las aspirinas Bayer; la

Europa de las princesas albanesas y el sistema de salud público, lo señorial y lo práctico sólo se abrazan para la foto; la Europa de los andaluces que son árabes para los franceses y franceses para los árabes; réplicas de fusiles de asalto y chaquetas militares con la banderita de la RDA, cafés y museos con manteles de hilo; merodeo y compra, garitas y perros, *bateaux mouches* y autobuses turísticos de dos pisos, puentes imperiales que conducen a catedrales y callejuelas que conducen a sinagogas; Sofía, con sus avenidas aptas para el desfile militar, estafetas postales convertidas en Zara y estaciones de tren que antaño funcionaron y hoy quién sabe; mochileros por vicio y cartoneras sin vocación, enviando, si hay suerte, giros a Guinea, Ecuador o Mozambique... Todo eso y más llegaría a ver sin tan siquiera bajarse de los techos de los vehículos. ¿Y si, paso a paso, el Danubio mecánico alargase sus afluentes de hierro fundido hasta Moscú? ¿Y si se diese de bruces un día con el gran Gorbachov subido al techo de un Lada Niva? O, peor aún, aquel samurái rubio que ostentaba ahora el poder, jugando al ajedrez sobre un tanque que custodia un oleoducto rodeado de *strippers*, dando a sus secuaces órdenes de rebanarle el cuello con una *shashka* al contrincante si no se deja ganar... Los automóviles Volvo y los camiones Scania, los Fiat que se calzan como sombreros de tan pequeños que son, las limusinas, los Renault Mégane, los Xsara Picasso, los omnipresentes Škoda fabricados en la República Checa, surfea sobre todos ellos, pillando una ola tras otra; atención a esta Merkel, nada se le escapa. ¿Y si, tomando otro afluente, se torciera hacia el sur otra vez, hasta Abjasia, con sus playas pedregosas llenas de turistas que juegan a las cartas sobre hojas de periódico? ¿Qué preservar de la vieja Europa? ¡Los caminos adoquinados! ¡Orujo, anisete, pastis, zubrowka, grappa, raki, vodka! ¡La Budweiser para los americanos y los flojos, aquí no faltan licores de alta graduación, cada país tiene el suyo! Cuántas conversaciones y cuántas risas, cuántas estimulantes discusiones y cuántos encuentros y agasajos, cuántos cánticos tradicionales y cuántos bailes populares en los que se levanta muy alta la pierna mientras nos abrazamos todos —más o menos— asidos del hombro... Entonces sí le prestarían los medios de comunicación la atención que merecía, «¡Angela Merkel, la germana errante que recorre Europa sin pisar el suelo, la emisaria de la paz y la fiesta, la pacifista, el ángel azul del Danubio mecánico!».

Pero ya basta de desvariar. Es suficiente. Stop.

Algo se mueve en la cuneta. Entre la maleza, algo que a primera vista parece una hamaca blanca es transportado entre risas por cuatro jóvenes. No, se equivoca: no es ninguna hamaca, sino una muchacha que chilla muy fuerte. Angela Merkel no puede distinguirla bien. Se acerca hasta el borde del remolque. En efecto: se trata de una mujer vestida de blanco, ve cómo aquella mancha blanca se torna cobriza, cobra el tono oscuro de la piel o de la carne en medio de la noche. Seguramente no son más que unos chiquillos tratando de llamar la atención, piensa, los jóvenes, cada cual más bizarro, se inventan juegos a menudo, se dice, puede que sean españoles, gente no civilizada o a medio civilizar, por no hablar de esos descerebrados de Liverpool que tratan de saltar a las piscinas desde los balcones de los hoteles en el Mediterráneo. ¿Turistas americanos que pavonean sus pectorales a pecho descubierto con sus camisetas enrolladas alrededor de la cabeza como bandanas, volviendo de sanfermines? Jóvenes aburridos, en cualquier caso, trabando amistad con otros jóvenes aburridos en medio de aquel atasco descomunal, fiesta disco improvisada y un pasito para adelante en el bosque, María, que rule el cigarrillo entre amigos, exaltados por la cerveza. Qué podía reprocharles, Merkel también había hecho locuras en su época universitaria —a su manera, por supuesto— cuando estudiaba la carrera de Física en Leipzig.

Pero los aullidos de la chica se interrumpen bruscamente.

Angela Merkel quisiera pensar que se lo están pasando en grande, a pesar de que, si se fija lo suficiente, también podría ser un trapo aquello que la mujer tiene en la boca. ¿O no? A ella le enseñaron desde niña a no figonear, a no meter las narices donde no la llaman. ¿Qué podría hacer Angela Merkel desde allí arriba? Poca cosa. Se ha impuesto la regla de no bajarse de aquel Danubio mecánico bajo ningún concepto, y las reglas están para cumplirlas, ¿no? Además, está demasiado lejos. Ellos son cuatro y ella está sola. No hace falta ser licenciada en Ciencias Exactas para darse cuenta de que tiene todas las de perder. Con los milaneses del BMW ya ha tenido bastante. Se le pasa por la cabeza que debería gritarles, por si acaso. Pero no lo hace. Tampoco lo hace la chica, al parecer, aunque Merkel sí llega a escuchar a uno de los jóvenes: «Quitadle la mordaza, quiero oír cómo grita». Puede ver las plantas de sus pies descalzos en mitad de la noche, blancas

como la leche, agitándose y contorsionándose primero, para acabar parándose de golpe, con un tirón endurecido y seco. Según la tercera ley de Newton, siempre que un objeto ejerce una fuerza sobre un segundo objeto, el segundo objeto ejerce una fuerza de igual magnitud y dirección opuesta sobre el primero.

La mujer se ha quedado sola, sollozando apoyada contra un árbol. Llorando, escupe, se frota con el pulgar el interior del muslo como si fuese de mantequilla, se diría que intentando arrancar infructuosamente un trozo de su propio cuerpo. Los ojos se le han acostumbrado a la oscuridad y Angela Merkel lo ve todo claro ahora. Se siente sucia y mezquina. Ni rastro de los cuatro chicos, se los ha tragado el bosque. Bastardos sin corazón. Debería bajar y acercarse a la mujer, asistirle, aunque ya es demasiado tarde para ayudarla en casi nada. En vez de eso, de tráiler a tráiler, de coche a coche, de oca a oca y tiro porque me toca, ha llegado hasta el remolque lleno de ovejas. Fin de partida. Una de las ovejas saca la cabeza de su jaula-establo y mira a Angela Merkel inquisitivamente.

Angela Merkel se desliza hasta su auto, cabizbaja y silenciosa, agazapada en la noche. Vuelve a entrar al coche por la ventanilla del conductor, con una flexibilidad digna de una gimnasta rumana —otro gran país de mendicidad, princesas, chatarra y saltos mortales—, sin atreverse a pisar el asfalto que expulsa lentamente el calor del que se ha ido cargando durante el día.

Alcanza el teléfono de la guantera. Puede que estén empezando a preocuparse en casa. Debería llamarles para informarles de que todo va bien y decirles que estén tranquilos, que no es más que un pequeño contratiempo, que solamente se le ha hecho un poco tarde y que, por una vez, empiecen a cenar sin ella.

LAS LLAVES DE CASA

Se llama *bikini*. El sándwich tiene un nombre exótico, pero hasta ahí llega su atractivo.

—¿Cuándo iremos al Burger King?

—¿No está bueno el *bikini*, Izaro?

—No es más que un sándwich.

En el chiringuito de la playa, su madre trata de ocultar las llaves bajo una bolsa de patatas hecha trizas sobre la mesa, pero Jone se da cuenta enseguida.

—Las llaves de casa, mamá.

Las llaves del apartamento queman, las palpa en la balanza de su mano, tomando tacto a la mercadería, intentando tasar algo. Al pasar frente al cobertizo de los pirauchos, las lanza bien lejos, lo más fuerte posible. Sus hijas la miran con estupor. El manajo ha caído antes de llegar al agua, sin alcanzar la linde que lamen las olas. Izaro recoge las llaves, juguetona: un perro que devuelve el palo a su dueño. Cuando le trae las llaves, su madre la reconviene con la mirada.

«¿Por qué sois tan obedientes cuando menos deberíais?»

No lo dice, pero lo piensa. Y la mayor lo pillá al vuelo.

Como si no supieran que hace rato que su madre quiere extraviar las llaves.

Introduce con rabia el manajo en el fondo del capazo de mimbre. ¿Tiene aquella enorme bolsa la capacidad de hacer desaparecer objetos de metal? Cuando llegan a la entrada del apartamento hurga en el capazo y revuelve su contenido intentando convencer a sus hijas:

—¿Lo veis? No están. Las he perdido.

Jone suspira mientras Izaro vuelca el capazo. Tampoco es la primera vez. Loción solar, un *frisbee*, raquetas, una toalla. Y las llaves. Siguen ahí.

Izaro recoge las cosas del suelo y las vuelve a introducir en la bolsa. Su madre toma el manajo e intenta abrir la puerta del apartamento con la llave pequeña. Salta a la vista que no es ésta.

—Es inútil. No funciona. No se abre.

—Inténtalo con la otra, mamá. Ésa es la del buzón.

—¿Tú crees? Entonces, ¿será esta otra?

Jone asiente. Su madre observa la llave con suspicacia, un pelo en la sopa no le causaría mayor repulsión. Parece perpleja. Finalmente introduce la llave correcta en la cerradura y deja tintinear el manajo unos segundos, sin decidirse a abrir la puerta. Después extrae la llave con cautela, y conduce a sus hijas de la mano escaleras abajo.

—Vámonos de aquí.

Sus hijas actúan como contrapeso: son el lastre que le impide alzar el vuelo. Debería estarles agradecida. Siempre le ha parecido que la capacidad de volar está sobrevalorada.

Los barrenderos de la tarde parecen empujar sibilinamente la arena de la playa hacia el paseo marítimo, ayudando a que la ciudad desaparezca bajo el polvo y la calima. De haber podido elegir, hubiese preferido el camión de la basura, pero no pasará hasta más tarde. Las deja caer en una papelera cualquiera.

—Sin llaves no hay casa —resuelve, traviesa.

Si sobra algo en esta localidad, son habitaciones vacías. Reservan una en el Hotel Retamar. «No es doble», les advierte el recepcionista. «No importa», responde ella.

En los hoteles hace tiempo que no hay llaves. Las puertas se abren con tarjetas magnéticas.

—¿Tendremos que dormir otra vez en el suelo, mamá?

—¿Te gustaría, verdad? Igual que en el campamento.

Consigue camelar a Izaro, pero no a Jone.

La mujer está rendida: no aguanta más apostada en la ventana y antes de quedarse dormida le pide el relevo a la hija mayor.

—Si ves el coche de papá, despiértame.

Jone enciende el televisor. La noche transcurre con calma. De espaldas a la pantalla, aovillada en el sofá pero sin apartar la mirada de la ventana, solamente la acompañan las voces en off del receptor de TV, mientras su madre y su hermana duermen abrazadas en la angosta cama. Cuando empieza a aburrirse, arma un avión de papel con el letrero de DO NOT DISTURB. Casi al alba, alguien se aproxima a la entrada del edificio. «¿Por qué sois tan obedientes cuando menos deberíais?»

Pero viene caminando, no en coche. «Despiértame si ves *el coche de papá*.» Vacila un instante si debería o no avisar a su madre. Decide no hacerlo.

Su padre aporrea la puerta de la habitación. En la televisión anuncian utensilios de cocina, muy bajito, como si se tratase de artículos del mercado negro: cuchillos y ralladoras de zanahorias.

—¿Creíais que no os iba a encontrar?

Si pequeña es la madre, Izaro y Jone lo son aún más; les basta agacharse y esquivar el cepo y el trozo de queso para huir por el pequeño túnel que el ratón excavó en la pared. Se apresuran por la escalera de emergencia.

—¿A dónde vamos, mamá?

—¿No querías ir al Burger King, cariño?

La hierba está recién cortada o crece muy despacio, le gustaría poder rasurarles el pelo así a sus hijas. Multitud de mástiles con sus respectivas banderas flanquean el jardincillo de la entrada. Izaro piensa que cuando sea mayor podrá llegar a conocer todos esos países, y que aquellas banderas de colores dejarán de tener el menor misterio para ella. Le parece triste que eso pueda llegar a suceder algún día. Eso de malgastar misterios y quedarse ella sin ninguno. Sobre el césped, mal cerrada, una manguera ensortijada como una serpiente desprende una sempiterna última gota. «Así es el sur. Luego se quejarán de que hay sequía.»

—¿Y papá?

—¿Papá, qué?

—Me enseñó a andar en bici.

—Puede que sí. Eso, ¿y qué más?

Zumbido de insectos que no son tales. Es el silbido de los aspersores. Ni un alma en la calle. Las persianas de las tiendas están cerradas, la mercancía a buen recaudo. Los candados son, no obstante, más bien poca cosa; revelan un indisimulado desinterés y una falta de fe palmaria respecto a los cachivaches de temporada que custodian. Nadie en su sano juicio querría robar allí.

El tren chu-chu sigue bajo el toldo. Aún no pueden visitarse las milagrosas atracciones de la ciudad a las que da acceso durante el horario estival: el segundo rascacielos más alto del Estado, un campo de rugby de hierba artificial, la diminuta tasca en la que tomó una vez un Campari Sophia Loren.

—Mamá: estoy cansada. ¿A dónde vamos?

—Al Burger King.

—El Burger King está cerrado a esta hora.

Sabe que lo que más atrae a sus hijas es la corona de cartón, las hamburguesas son lo de menos.

—Os haré una corona a cada una. Pero ahora debemos ir más deprisa.

En el paseo Miradero, las sillas de playa están apiladas unas sobre otras. También las mesas: marcianos del Space Invaders que aguardan a alguien que desintegre su apariencia de píxeles gruesos. Podría suceder, siempre y cuando tuviesen a mano una pistola láser.

—Dime que por lo menos sabes hacia dónde vamos.

—A un sitio.

—¿Qué sitio es éste?

De haber sido Goliat (¿o era David?), podría lanzar a una de sus hijas al mar —sólo a una, tampoco hay que exagerar—. Pero tiene las dos manos ocupadas, y de qué manera.

Al pasar frente a la basílica se siente en la Edad Media. O la protagonista de un western. Cualquier edificio empalidece al lado de la iglesia románica: la vista del polideportivo municipal la deprime especialmente. Ninguna razón mejor para convertirse al cristianismo. ¿Cuándo renunciaron los arquitectos a los edificios de piedra para empecinarse en construir casetas para mascotas?

Entrevé un cartel que advierte de la presencia de «perros peligrosos», pero los perros duermen o fingen dormir porque temen a esta mujer que se apresura tirando de sus hijas por la avenida desierta. Esta mujer no dispara con posta, trae munición seria. «¿Tú has visto algo, *Rufo*?» «No.» «Yo tampoco.»

Las lleva casi a rastras, si bien éstas aguantan el ritmo y la siguen con pasitos de caniche. Nada de pataletas. Están acostumbradas. La mujer preferiría que las dos hermanas tuviesen el mismo peso, pero Izaro es más ligera, con diferencia. Eso descompensa un poco su capacidad de tracción.

A este paso, pronto necesitarán calzado nuevo, como esos niños negros de los blues espirituales. Teme que Izaro y Jone se desgasten hasta los tobillos a fuerza de caminar. Acuden a su mente los sacapuntas: esos lápices que menguan enseguida porque tienen la punta demasiado fina y se rompe y hay que volver a afilarla una y otra vez.

—¿Falta mucho, mamá?

¿Qué responder a eso? Claro que falta mucho. Siempre falta. Sobre todo a ellas, les falta una eternidad. A su madre, no tanto. Para perder la paciencia, por ejemplo. Se sientan en el banquillo adosado a la marquesina para descansar un poco.

—A esta hora aún no hay autobuses, madre. Además, aquí huele fatal.

—Tenéis razón.

Las hijas se arrepienten de haber abierto la boca. Estaban mejor sentaditas en la marquesina.

Pero no hay alternativa. Deben seguir caminando. Todo el mundo tiene una misión que cumplir, y aquélla es la suya. La mujer no se atreve a mirar atrás, con miedo de que sus hijas se hayan hundido hasta las rodillas en un caudal de fango. Hace ya un rato que no dicen nada. Ni siquiera las oye respirar. Si no guarda un cuidado, se le desmigán las hijas. ¿No llevará acaso un par de cabezas desmadejadas sin tronco, con un único brazo que las une a sus manos? Un poco más liviana sí que se siente. Quizá sea más fuerte de lo que pensaba.

Si fuese invierno, para cuando llegase al pinar solamente le quedaría entre los dedos un guante de cada una de sus hijas. Si fuese invierno, la brisa tumefacta de las afueras sería más llevadera.

—Menudo tufo.

Huele que apesta. Y el hedor va a más.

Jone retorna del mar de los mudos y vuelve a hablar y a hacer preguntas, entre suspiros entrecortados:

—Dinos la verdad, mamá... ¿Vamos hacia el vertedero?

—Sí, cariño. Veremos si allí podemos encontrar las llaves.

EL VELERO

Anneli estaba convencida de que Telmo jamás iba a acabar el velero. Pero mientras éste cepillara la madera, al menos se mantendría lejos del bar, y eso ya era un logro. Solamente bebía un par de cervezas camino del cobertizo donde construía el barco: para ser más exactos, eran dos a la ida y otras tantas a la vuelta. Si era de día, cerveza clara; una vez había oscurecido, negra. Cada cual tiene su propia forma de mantenerse en armonía con el entorno. El cobertizo estaba próximo al puerto antiguo, y a menudo pasaban frente a él camiones cargados de madera. A Telmo se le ponían los dientes largos especulando acerca de cuáles entre aquéllas podrían ser las mejores piezas para su zapata de quilla, su remate de borda y sus cuadernas, del mismo modo en que otros se entretienen pensando en los arreglos que realizarían en casas que no pueden permitirse comprar.

Hacía un tiempo que Anneli había dejado de preguntarle para cuándo estaría listo el velero. Tampoco Telmo le preguntaba ya en qué empleaba ella su tiempo mientras él se dedicaba a pulir la madera.

El olor a viruta le resultaba agradable a Anneli, y se conformaba con que el serrín que arrastraba Telmo en los zapatos se le hubiese adherido en cualquier otra parte que no fuese el bar. Así lo atestiguaba el olor a sudor de su marido. Ejercitarse cada uno por su cuenta y compartir al final del día los rigores a los que ha sido sometido cada cual. La vida conyugal consistía en eso.

Telmo fue improvisando su pequeño taller con herramientas que le prestaron sus excompañeros de la serrería, que le acabaron cediendo incluso una vieja sierra de cinta. Tenía allí de todo: herramientas con mangos amoldados al agarre de su mano diestra, un reloj de pared atrasado propaganda de una marca de brandy, y hasta un cartel de otra época que prohibía fumar amigablemente. También un póster con una foto de la plantilla de la Real Sociedad que ganó la Liga en 1981. El resto de las

paredes estaban cubiertas de pequeños planos y esbozos dibujados a lápiz. La última vez que visitó el cobertizo, al ver la quilla y las cuadernas colocadas en perpendicular, la estructura del velero se le antojó a Anneli la osamenta de una pequeña ballena. A sus ojos el barco jamás podría ser más bello y estar más terminado que en aquel momento. Un casco rematado y coronado con su arboladura no es garantía de mejorar el esqueleto de una embarcación. Eso le dio que pensar en torno a la descomposición de su propio cuerpo. Y también respecto a su voluntad, firme hasta aquel momento, de hacerse incinerar tras su muerte.

El suflé le había quedado un poco plano, pero sabroso. Telmo no tenía motivos para mostrarse tan desagradable.

—¿Qué demonios es esto?

—Hoy he intentado hacer algo nuevo.

—Pues no te ha salido.

Era y no era el sentimiento de culpa lo que la llevaba a ensayar nuevas recetas de cocina para su marido tras estar con Sandro. Dos creps rellenos de langostino y tres suflés más tarde acabó por convencerse de que no era más que un modo de compadecer a Telmo y tiró a la basura el libro de recetas.

Desde que Telmo se compró la guitarra cada vez se pasaba más horas en el cobertizo. Tocaba mal y cantaba aún peor, pero eso era lo de menos. De hecho, convenía tener más cuidado con lo que uno hace bien; de lo contrario se corre el riesgo de no hacer otra cosa el resto de tus días. Hay quien peca víctima de su propia destreza. ¿Para quién empezó a construir el velero, de todas formas? ¿Para sí mismo o para Anneli? ¿Con la esperanza de compartirlo, quizá? ¿Era el fetiche simbólico de una huida imposible? ¿Por qué un velero de verdad, y no la maqueta de un barco, como hacía la mayoría de la gente? ¿Qué pretendía demostrar?

El día en que Sandro lleva una semana sin contestar a sus llamadas con la excusa de estar de guardia, Anneli le ofrece un *rooibos* a Telmo.

—¿Qué tal va el velero?

—¿Ahora de repente te interesa el velero?

Telmo le muestra sin demasiado entusiasmo algunas fotos que ha sacado con el móvil. Anneli se sorprende. El casco está terminado. También la cubierta.

—Has adelantado mucho. ¿Tiene nombre?

—Todavía no.

«No será porque no has tenido tiempo para pensarlo», se dice Anneli, pero lo mismo podría haberle reprochado Telmo no habérselo preguntado nunca durante todos aquellos meses. Guardaba en una caja unas cuantas letras de molde de acero inoxidable, aunque no tenía el alfabeto completo. Le faltaba, entre las vocales, la «I», si bien eso podía solucionarse fácilmente utilizando uno de los palos de la «N». Al principio se divertía formando diferentes palabras con aquella sopa de letras. El problema era que había descartado el nombre que tenía pensado desde un inicio. Las ideas se pudren y uno trata de sacar algo en claro de su descomposición. A veces es posible, otras veces, no.

Hace tiempo que ha anochecido y Telmo ni siquiera ha tocado su infusión.

—No tiene teína.

—Aunque la tuviera. ¿No queda ninguna Guinness?

Cuando los ve a los dos acurrucados hablando al otro lado del cristal, bajo la tenue luz anaranjada y el trébol de neón del bar irlandés, a Telmo le parece que Sandro y Anneli hacen buena pareja. Lo piensa de veras, sin resentimiento. Será que se ha hecho mayor: ese arrebatado de bondad lo pilla por sorpresa y decide que aquél es sin duda el día para bautizar la embarcación e izar la arboladura. La generosidad trae buena suerte, siempre y cuando no seas tan necio como para arrogártela delante de nadie. Sé dadivoso, pero también reservado. Un modo como cualquier otro para hacerse fuerte.

Saca el velero del cobertizo y le coloca el mástil.

Tiene dispuestas las velas desde hace tiempo. Se tumbaba sobre el velamen para dormir la siesta cada vez que se aburría de maltratar a su guitarra.

Tras calcular la superficie que ha de pintar sube al centro comercial a comprar el material que le falta. No tienen el color que busca.

—Si lo pidiésemos hoy, lo tendríamos para el lunes que viene.

¿Qué es una semana más para un hombre que lleva años construyendo un velero? Elige otro color, no obstante. De repente le entra prisa. Qué más da. Lo importante es bautizarlo. Se conforma con que el color por el que se ha decantado no se parezca a las letras verdes y a la luz anaranjada del bar irlandés.

—¿Dónde trabaja?

A qué se dedica, es lo que quiere saber en realidad. El trabajo le importa, y mucho, a Telmo.

—Es médico. Cirujano. Es muy conocido en su campo.

—¿Casado?

—Está separándose.

Telmo suspira.

—¿Te vas a ir a vivir con él?

Anneli le sacude con ternura el serrín del pantalón, cerca del muslo, no demasiado decidida.

—No.

No es un «no» contundente, es más bien «medio no», un «no lo creo» que no llega a negar la mayor, pero le parece una respuesta honesta. Le basta, de momento.

Les llama su hija desde Manchester para decirles que llueve y avisarles de que no vendrá en Navidad. Tal como lo expresa, se diría que lo segundo es consecuencia de lo primero. Que no vendrá en Navidad porque llueve en Manchester. A su padre le gustaría decirle que todo va bien, «sin novedades en el frente», pero espera que su hija llegue a esa misma conclusión sin necesidad de que él tenga que decírselo. Siempre ha sido así. En cuanto a las noticias que llegan de Manchester, es inútil prolongar las cosas: llueve, y su hija parece feliz. Sería pecado que no lo fuera, un crimen, teniendo en cuenta que está a punto de cumplir los veinticinco años. Pero cosas más raras se han visto.

—¿Sale con alguien?

—Stuart. Hará unos ocho meses. ¿No te lo ha dicho?

Le ha pedido prestados el remolque y la furgoneta a Antonio, el encargado de la gasolinera. Aunque basta y sobra su ayuda, le parece triste botar un velero solamente entre dos personas. Una botadura sin testigos no

puede ser de buen agüero. Además, él se sentiría ridículo e incomodaría a Antonio. Al pasar frente al bar irlandés ve a Sandro, fumando en el exterior.

Cuando Telmo le ofrece la mano le pilla por sorpresa.

—Yo soy Telmo.

—Sandro.

Visto de cerca, Sandro le parece mayor de lo que pensaba. El cuello de tortuga flácida asoma, cortesía de los años, y tiene los dedos amarillentos por la nicotina. «¿De veras le dejan operar con esos dedos?» Nada más salir del bar, Anneli observa atónita a estos dos hombres que parecen haber firmado un acuerdo para replegar sus respectivas tropas de algún campo de batalla no demasiado estratégico. Los dientes de Telmo también amarillean, pero no por la nicotina precisamente. La dentadura de Sandro es blanca y cuadrada; una gran dentadura, si fuese suya. La palabra *prótesis* acude a la mente de Telmo y encuentra en ella el coraje que necesitaba para seguir.

—Está terminado, ¿queréis venir a verlo?

Amarran el velero en la grúa con ayuda de Antonio y lo deslizan por la rampa de botadura. Aguanta sin hundirse.

—No hemos traído champán —se lamenta Antonio.

—Ni que fuese un transatlántico —murmura Telmo.

Por las mismas podía haber respondido: «Yo ya vengo bebido de casa».

—¿Queréis dar una vuelta?

Sandro se muestra reticente, pero al ver que Anneli asiente, acaba subiéndose a bordo él también.

—Mejor si no fumas en el barco.

Cubierta, borda a babor y a estribor, proa y bodega, todo es de madera, y no se atreve a apagar el cigarro en ninguna parte. Decide hacer lo que bajo ningún concepto haría en otra circunstancia. Lanza la colilla al mar.

Ha bautizado el barco como *Casiopea*, pero Anneli no se atreve a preguntar por qué, aunque sospecha que puede haber un buen relato ahí detrás. Telmo acostumbraba a ser un buen contador de historias, especialmente inspirado después de hacer el amor. Quizá fue esa combinación lo que hizo que se enamorase de él. El orden de los factores, en particular. Pero había llovido mucho desde entonces. Y no solamente en Manchester.

Una vez que el velero está terminado, ¿Anneli se verá privada de sus tardes y de sus días libres? Al contrario, todo parece indicar que a partir de ahora su marido se dedicará a navegar noche y día. ¿Lo hará en solitario? No necesariamente. Esta tarde, por ejemplo, tiene compañía.

El aire sopla del sureste y no tardan en dejar atrás Tximistarri. El cielo se está encapotando. Telmo se cala su gorra de marinero mientras silba una melodía que, aunque les resulta familiar, Anneli y Sandro no logran identificar. Sandro no viene ataviado convenientemente. Anneli, sin embargo, sí. Se diría que lleva toda la vida esperando aquella ocasión. Aunque parezca increíble, sus ropas, ceñidas e impermeables, se revelan más apropiadas para el velero que para andar por la calle. Uno no se pone a prueba como navegante hasta que se sube a un barco.

—En los veleros sucede como en los aviones: cuanto más nuevos, mayor es el peligro.

—No le hagas caso, Sandro. Te está tomando el pelo.

Sandro busca algo a lo que asirse, y a falta de otra cosa, se agarra con fuerza al asidero de la escotilla que conduce a la bodega. Pero ésta se corre y se descorre como una persiana.

—Lo siento. No está del todo terminado. Todavía le faltan los últimos retoques.

Cuando se calma el oleaje, cenan las ostras y los percebes que Telmo ha comprado en la lonja, acompañados por un sauvignon blanco. Brindan también, por iniciativa de Telmo. A Sandro y a Anneli no se les hubiese pasado por la cabeza hacer tal cosa.

—Mirándonos a los ojos, como los alemanes: si no, vienen diez años de castigo.

El tintineo del cristal lo tiene que imitar Telmo, los vasos son de plástico.

—Chinchín.

Al rato, Sandro se siente indispuerto y vomita apoyado en la borda mientras Anneli lo sujeta amorosamente del hombro. ¿No es hermosa la imagen? Una especie de *pietà*, un cliché de consolación, el reverso

actualizado del regazo virginal. Telmo, entre tanto, conduce el timón con pericia, sin mirar a los lados, metiéndose de cuando en cuando un trago de vino al gznate.

—Las ostras son una lotería.

—Ni tan siquiera las ha digerido todavía, Anneli. Es el barco. La falta de costumbre.

Anneli se acuesta con Sandro en la bodega. Además de una lámpara de mano con luces led que imita un antiguo quinqué de keroseno, Telmo ha traído mantas viejas y cojines con estampados japoneses que no utilizaban en casa y que Anneli había olvidado que tenían. También está ahí la guitarra.

El capitán fondea el ancla y permanece a la espera, aguardando a que Anneli emerja de la bodega.

—¿Se encuentra mejor?

—Has traído los cojines japoneses. Te ha quedado muy bien.

Marido y mujer permanecen en silencio. Anneli sujeta del brazo a Telmo.

Ya próximos al bocal, Sandro asoma por la escotilla. Se acerca a ellos balanceándose. Anneli lo agarra también del brazo, sin soltar el de Telmo, no tanto por solidaridad como por resguardarse del frío parapetada entre los dos.

—¿Cuántas estrellas tiene Casiopea?

—Cinco, una por cada dedo de la mano. Pero hoy no se ve ninguna.

Lo que sí se ve es el cabo de Matxitxako, a lo lejos.

Sandro tiene muy mala cara y a Telmo le parece que es hora de hacer algo al respecto. Al fin y al cabo están en *su casa*. Pero se le ha olvidado traer el termo y no puede ofrecerles café. ¿Qué otro modo puede haber para confraternizar con el hombre que se acuesta con tu mujer?

—Dime al menos que no eres del Athletic de Bilbao.

—Cuando era joven jugué una temporada en el Real Unión, pero no soy especialmente aficionado al fútbol.

—Real Unión. Comprendo.

Los tres han comprendido.

—¿Me haces el favor de subirme la radio, Anneli?

Anneli ha tenido que encender la lámpara led para encontrar el aparato de radio en la bodega. Es el mismo receptor que le hacía compañía mientras trabajaba en el cobertizo y está lleno de serrín. Es una radio de secano, no de mar. Sopla con fuerza antes de subir, pero no hay manera de quitar el serrín. Intentan sintonizar el partido de la Real, los tres, uno tras otro, haciendo girar con tiento la ruedecilla del dial, primero Anneli, después Telmo, finalmente Sandro. No han tenido suerte.

«Tanta cirugía y tanta vaina... ¿y ni siquiera es capaz de sintonizar el dial de la radio?»

La única sintonía que se recibe aceptablemente es Radio Clásica. El capitán se quita el gorro de marinero y sube el volumen.

—No hay nada como Bach.

—*La Pasión según San Mateo.*

Eso. La pasión. Llegan al puerto sobrepasados por el cansancio que genera pensar en cosas que uno perdió y sobre las que no es capaz de discurrir con claridad. También aquella excursión, como otras vivencias poco confortables que suceden a partir de cierta edad, serviría para alimentar sus respectivos insomnios.

—No ha estado tan mal, ¿verdad?

Sandro ignora a qué se refiere exactamente Anneli con eso. Después viene la petición de Telmo:

—Sujeta la amarra mientras acerco la embarcación.

Sandro sujeta la chicota, obediente. Pero Telmo ha calculado mal la distancia y, bien sea porque la pintura no se ha secado aún del todo, o quién sabe por qué, no consigue apartar a tiempo su mano cuando el velero choca contra el muro del muelle. Cuando por fin la retira, las dos falanges superiores del dedo índice de la mano derecha de Telmo se quedan aplastadas contra el casco de la embarcación.

Se apresuran a quitar a uno de los cojines la funda y le atan la mano para tratar de detener la hemorragia. La funda del cojín estampado mantiene aún el aliento de Sandro.

«Al menos sabe hacer un torniquete», piensa Telmo.

Sandro necesita más tiempo del que le gustaría para recordar dónde ha dejado el coche. Recorren el puerto hacia el aparcamiento como alma que lleva el diablo. Pero no lo suficientemente rápido: Telmo ha perdido mucha sangre y va dando tumbos, a punto de perder el conocimiento. No sería el primero en desangrarse por un dedo seccionado.

Para cuando se dan cuenta de que están conduciendo con las luces apagadas, ya han llegado a la entrada del hospital.

Anneli trae el dedo hasta urgencias en la hielera de las ostras. Los dientes amarillentos de Telmo refulgen ahora como un arcoíris tropical en comparación con su pálida tez.

—Sandro...

—Sí.

—El dedo.

—Tranquilo por eso, lo trae Anneli.

—Quiero que me lo cosas tú.

—¿Cómo?

—Es tu trabajo, ¿no?

—Sí, pero...

—Cósemelo. Te lo pido por favor. Haz tu trabajo.

—Como quieras, pero...

—Pero qué.

—Que no pienso dejar de ver a tu mujer.

—Eso ya lo sé.

Sandro permanece paralizado mirando en silencio a Anneli. Anneli los mira a ambos y después observa la mano ensangrentada de Telmo. No se siente en la necesidad de decir nada ahora. No es el momento.

—Lo harás, ¿sí o no?

—No te preocupes. Todo va a salir bien.

Allí conocen de sobra al doctor Sandro Lafont. Su fama le precede. Las enfermeras le ofrecen guantes de látex y le ayudan a colocarse la bata por las mangas antes de entrar al quirófano, todo estará preparado en pocos segundos, solamente falta que le aten los cordones de la espalda.

La dosis de fentanilo que le inyectan a Telmo antes de meterlo al quirófano consigue que sus mejillas recuperen parte del rubor y que el rescoldo de sus ojos se reavive un poco.

—Eres un médico extraño, Sandro.

—¿Por qué lo dices?

—Porque la mayoría de los que he conocido hasta ahora se ponen siempre en lo peor. Te lo ponen todo negro al principio, para que cualquier pequeña mejoría parezca un milagro. Lo hacéis para que la gente se sienta siempre en deuda con vosotros.

—Nuestro trabajo no tiene que ver con que nos deban nada, Telmo. Hacemos lo que podemos para que los pacientes sufran lo menos posible.

—No siempre lo lográis.

Prevalece después el ruido de las máquinas que asisten la respiración de los enfermos. Telmo, Anneli y Sandro van desapareciendo atravesando puertas abatibles que Sandro empuja con el hombro.

—¿Qué grupo sanguíneo tiene?

—Cero positivo.

Cero positivo y cero negativo, otra de tantas paradojas absurdas que nos brinda la medicina.

—A partir de este punto no puede pasar, señora.

Anneli les da a las enfermeras el dedo seccionado. Cuando le ponen la anestesia, Telmo sigue con ganas de bromear ante las órdenes de Sandro.

—Cuenta hacia atrás, empezando desde diez.

—Empezaré desde nueve, si no te importa.

En tanto dura la intervención, Anneli permanece al lado de la máquina de café de la sala de espera, tratando de entender la repentina intimidad que ha brotado entre los dos hombres de su vida. Siente como el teclado de un acordeón cada una de las teclas de la máquina expendedora que da opción de regular la cantidad de azúcar que uno desea echar al café. *Cero negativo y cero positivo*. Trata de ahuyentar esos pensamientos que no conducen a ninguna parte.

«¿Cuántas estrellas tiene Casiopea?»

«Cinco, una por cada dedo de la mano. Pero hoy no se ve ninguna.»

Vuelve a ver a Telmo bebiendo vino a morro y dando explicaciones, y llega a la conclusión de que lo ha hecho todo a propósito.

«Lo ha hecho aposta.»

Por los pasillos se arrastra algún enfermo en bata, encadenado con sondas a su bastón de peregrino. Al otro lado de la ventana, los arbustos del exterior se revelan insuficientes, demasiado raquíuticos para ocultar el rigor soviético del hospital.

AULLAD, ESTRELLAS

No sólo de amor,
del aire también se vive.

RAFA BERRIO

—Supimos desde el principio que Bidarte no era como los demás.

—No paraba de preguntar si había medusas, y aunque nosotros le dijésemos que no, él nunca se daba por vencido.

—Jamás se metía al agua...

—Hasta que una vez le dijimos que sí, que sí que había unas pocas y que anduviese con cuidado aquel día.

—Desde entonces no dejó de sonreír. Es lo que tiene este sitio. Vino blanco y gente feliz: desgraciadamente, la edición es limitada... Casi no sale de la isla.

Ha sido el rastro de Bidarte lo que me ha traído hasta aquí. Desde el avión, la isla parece una hoja de avellano caída en medio de un estanque. Una única arteria divide la isla en dos y se bifurca en estrechas carreteras que conducen hasta los pueblos costeros. Otros núcleos menos poblados, situados cerca de los acantilados del litoral, sugieren que el único modo de llegar a ellos es en barco. O eso, o afrontar el desfiladero. Bidarte, me informan, vive próximo a uno de esos precipicios. Mi único propósito aquí es conseguir una entrevista, aunque no es seguro que me la vayan a publicar después. De momento, solamente he logrado recoger un puñado de anécdotas que los isleños se han dignado ir contándome con cuentagotas sin llegar a ofrecerme el más leve atisbo respecto a su paradero.

—Se quitó la camisa y saltó al agua desde aquellas rocas, sin pensárselo dos veces.

—Era su primera vez, pero lo hizo como si no hubiese hecho otra cosa en su vida. Bidarte sabía dónde pisar y qué rocas evitar.

—Nadar no es más que una forma de volar lentamente, ¿lo sabía? La manera de volar de la gente humilde.

El viejo marino aspira el humo de su pipa y demanda complicidad a los compañeros que con sus notas de color han ayudado a tejer la historia, haciéndolos a todos partícipes de un relato que busca mi asombro o mi rendición.

—Bidarte ya era raro cuando llegó. A diferencia de los otros, prefería que le picasen. Me refiero a las medusas.

—No lo conseguía casi nunca.

—Ya sabe, sucede a menudo con los alpinistas: los más descerebrados son a la postre los que acaban salvándose de los aludes. O en el mar: Poseidón tiende a mostrar una extraña indulgencia con los que se dirigen deliberadamente hacia el corazón de la tormenta.

—¿Es usted de interior o del litoral, señorita?

Había rumores de todo tipo respecto a Bidarte. La historia del veneno la había oído infinidad de veces. También estaba extendida en la capital la leyenda de que se había pasado veinte horas escribiendo *El jardín sumergido* sin levantarse siquiera de la silla el día en que le picó una medusa, en un raptó de inspiración que él mismo atribuía a la picadura y que le habría llevado a redactar su libro más conocido casi de un tirón. Desde entonces, sin faltar ningún día, se sumergiría en busca de una nueva picadura, de la misma guisa en que otros viajan al desierto a por peyote, o a las chabolas de las afueras en busca de su dosis de caballo. El paralelismo entre la medusa mitológica y las musas era demasiado obvio. Demasiado literario todo ello. Pero la cuestión del veneno no era muy creíble. O al menos dejó de funcionarle en lo sucesivo, considerando que Bidarte llevaba ya más de diez años sin publicar.

—¿Quiere entrevistarlo? Deduzco que habrá traído, entonces, el traje de baño, ¿verdad?

—¿Acaso hay que llegar a él a nado?

Estaban jugando conmigo. Y lo seguirían haciendo. Pero no tanto, no del todo, no solamente eso. No todo el tiempo.

Me señalan las rocas de la cala. Rocas cubiertas de agua, invisibles con la marea alta. Para llegar a ellas sí es preciso sumergirse. Una vez allí, los bañistas se sientan o se ponen de pie en la roca, para solazarse o por pura diversión; para la contemplación, el chapoteo o la tertulia en compañía. Eran una especie de asientos naturales esculpidos en la roca por las olas, no exentos de cierta evocación del Nuevo Testamento. La visión era efectista la primera vez: alguien de pie, caminando sobre las aguas.

—Se reúne con sus amigos del casino en esa roca todos los miércoles. Otras veces suele estar solo, rascándose las canas de la barba bajo el sol.

Esto último llama mi atención: Bidarte aparece en todas las fotos sin barba y con el pelo negro. Obviamente, los años pasan. Cuando pregunto dónde vive, sólo obtengo evasivas. Si acaso alguien me señala el camino con vaguedad. Un punto cardinal difuso, nunca una dirección concreta. Asumo este estilo indirecto y huidizo como el característico de los isleños. Imposible encontrar su casa siguiendo las pistas que me proporcionan. Alguien me indica el filo dentado del abismo, donde el terreno es más inhóspito y el paisaje está más pelado, como quien rehúye el lugar del crimen. Hacia allí dirijo mis pasos. Tras caminar un trecho por un camino de caballos, compruebo que la senda se tuerce. Acabo en el mismo punto desde el que partí, a la entrada de un pequeño bosque de arboledas bajas. Y allí ya no hay nadie más a quien preguntar. Con el mar extendiéndose ante mí en todas las latitudes, no puedo evitar sentirme en un callejón sin salida. Es entonces cuando descubro que también puede existir la claustrofobia en espacios abiertos, y tomo conciencia de que los elementos de la naturaleza están dispuestos como un laberinto cuya salida desconocemos.

Se me acerca un niño en la playa. Me invita a ponerme una caracola en la oreja.

—Dime: ¿qué oyes?

—Oigo el mar.

—Pero no es el mismo mar de fuera. El mar de fuera de la caracola es uno, y el que se oye en el interior, otro. Son dos mares distintos.

Después recupera su caracola y se aleja a la carrera.

Pregunto en la única fonda del pueblo si podría comer algo.

—No por lo general.

«¿No por lo general?» Empiezan a vestir la mesa para servirme.

—¿Va a ser para una persona?

¿Se están mofando otra vez? Asumo como un cumplido que me tomen el pelo y también el hecho de que se apiaden de mí lo suficiente como para darme de comer. No me han dado elección: ortiguillas de mar y erizos para empezar, pescado de San Pedro para seguir y malvices con salsa de manzana para rematar. Ni siquiera yo sé cómo me las he apañado para no dejar nada en el plato. Han supuesto que no querría postre, y han supuesto bien. El café me lo han traído a la mesa sin pedirlo, solo y sin la opción de una gota de leche, mientras un nutrido grupo de marineros se va arracimando a mi alrededor.

—Es café caleta.

Tiene ron y bastante azúcar. No sabe mal del todo. Me da el coraje suficiente para volver a preguntar.

—Y, díganme, ¿Bidarte se deja caer a menudo por aquí?

Se observan entre ellos, en contra de las agujas del reloj, cumpliendo un mandato circular con la mirada.

—Digamos que no es el peor sitio donde poder encontrarle. Pero esta semana precisamente... no creo que aparezca.

Al día siguiente desayuno en el casino. Cuando le pregunto por Bidarte, el camarero me repite dos veces lo mismo: «¡El mus y las musas! Todo depende del día que tenga, claro: también podrían ser primero las musas y después el mus». Me guiña un ojo, al parecer sobran las explicaciones. También se atreve a darme un consejo: «Cuando le vea, pregúntele por el ramo de flores de Picasso».

Llamo al periódico desde el teléfono del casino.

—Necesitaré un día más. Bidarte está muy liado, aún no he podido concertar la entrevista.

—Tú misma. Ya sabes que las noches extra van a correr a tu cargo.

—Por dinero no va a ser: con vuestras tarifas voy sobrada.

Cuelgo el teléfono con rabia, como si fuese a grapar algo con él. La miseria de siempre. El cuerpo me pide un café caleta, pero esta vez no va a poder ser. Sólo lo preparan en la fonda.

Había llegado la víspera utilizando el transporte público. No hay ningún autobús directo y la única opción era tomar la línea que pasaba por La Esparcida. Cala Morelia se encuentra a diez minutos en coche del enclave urbano más cercano, pero el trayecto se prolonga hasta los tres cuartos de hora debido al rodeo que da el autobús. «Una *paradiña* en La Esparcida, y luego directos a Cala Morelia», me advirtió el conductor del bus, radiante y optimista. La *paradiña*, mejor hacerla con el estómago bien asentado; la bajada hasta la playa nudista de La Esparcida era realmente sinuosa y parecía imposible que un vehículo de semejantes dimensiones pudiese tomar aquellas curvas tan cerradas. El chófer, no obstante, tenía memorizada cada maniobra al dedillo. No en vano repetía el trayecto de ida y vuelta hasta seis veces al día: tres por la mañana, otras tantas por la tarde. Quién iba a decir que hubiese tantos nudistas. Parecía un trabajo bastante pesado, sobre todo en pleno agosto, pero el esforzado chófer hacía gala de buen temple y cumplía su labor con flema. «Si algún día se despeñase el autobús por el barranco, amigo, sepa que yo declararé a su favor», me dije al constatar su pericia en las curvas mientras las ramas de los árboles de la cuneta repiqueteaban contra el techo del autobús.

—¿Ha descansado usted bien?

El marinero de la pipa custodia las rocas: si alguna de ellas amagase con desplazarse, él sería el encargado de levantar acta. Me señala la pequeña bahía. Hay allí un perfil que se recorta contra el sol. Un hombre sentado en la roca.

—¿Es él, Bidarte?

—¿Acaso lo duda? Creía que le conocía bien.

Me doy cuenta de que he olvidado ponerme el bikini esta mañana, pero no estoy dispuesta a dejarle escapar por una menudencia como ésta. El notario de las rocas se ocupa de registrar los dos segundos que necesito para recordar que llevo ropa interior negra. Me desvisto y me zambullo en el agua, sin alcanzar la pericia de Bidarte («se sumergió como si no hubiese hecho otra cosa en su vida. Bidarte sabía dónde pisar y qué rocas evitar»), pero con el beneplácito del hombre de la pipa, que sonrío haciendo desaparecer la línea de sus ojos, hundiéndolos entre sus pobladas cejas y sus sonrosadas mejillas. He creído entender el significado de aquella expresión insondable.

«Ahora sí eres uno de los nuestros.»

No soy una nadadora especialmente hábil, y aunque sé que nadaría más rápido de espalda, he preferido hacerlo a braza para no perder de vista a Bidarte ni un instante. Mantener fija la mirada en aquel perfil recortado por el sol tiene, por supuesto, sus inconvenientes: al no sumergir la cabeza, mi brazada se convierte en un amorfo estilo perruno. Avergonzada por el qué dirán de los marineros que pudieran estar observándome desde la orilla —la intuición me dice que el hombre de la pipa no está solo, ellos siempre van en grupo—, me exijo a mí misma un estilo más consistente. Decido para ello sumergirme, aunque sé que con el agua se me rizará el pelo. El mar es muy salado aquí, y sin gafas de buceo casi no puedo abrir los ojos bajo el agua. Cuando me atrevo a hacerlo y saco la cabeza compruebo que no hay nadie en la roca. Me sumerjo una vez más, con la esperanza de volver a hallar, al emerger de nuevo, la presencia de aquel perfil recortado por el sol. Pero nada de eso sucede. Me rindo ante la evidencia: Bidarte ha desaparecido. Me dirijo hacia una roca vacía. Me niego, a pesar de todo, a dar media vuelta. Cuando por fin llego hasta la roca en la que se encontraba Bidarte, me encaramo a ella buscando en vano algún mensaje.

Resentida por el trato recibido, regreso a la orilla. Tampoco allí hay nadie esperándome. Los viejos marineros son lo suficientemente sensibles como para dejar que masque mi humillación en solitario. Creo notar, incluso, que se han tomado la molestia de doblar y ordenar sobre una piedra las ropas de las que me he despojado apresuradamente. El hombre de la pipa estaba al corriente desde el principio. Ahora sí que no me cabe la menor duda: están jugando conmigo. Y Bidarte más que nadie, me consta. Quizá ni tan siquiera viva aquí y todo esto no sea sino una pantomima, una farsa en la que todo el pueblo participa.

Me aguardan en el casino jugando al mus. Prevén mi enojo, tienen el don de la anticipación:

—Bidarte la recibirá al anochecer en su casa. Él se encargará de la cena, si le parece bien. Ha preguntado si le gusta el pargo. No es besugo, pero tiene su punto si se hace bien.

Paso toda la tarde intranquila, sentada en una mesa del casino. Las preguntas que tenía preparadas ya no me parecen adecuadas. Tenía previsto interrogarlo en torno al aislamiento, el síndrome de Robinson Crusoe, la muerte del autor y otros tópicos por el estilo. Quería saber el porqué de su alejamiento del mundillo social y literario, el motivo, en concreto, por el que decidió retirarse justo en el momento de mayor aceptación, cuando incluso aquellos que no comulgaban demasiado con sus ideas eran encandilados por su escritura. Concitó un acuerdo unánime e insólito: la crítica, el público, los premios... todo soplaba a su favor. Muy tempranamente en su carrera tuvo la suerte de poder rechazar los encargos que no le apetecía hacer, consagrar su trabajo plenamente a la literatura, labrarse una obra sólida. Era un privilegiado, a fin de cuentas, un escritor a quien invitaban asiduamente a leer sus poemas en ferias de todo el mundo. Y, de la noche a la mañana, decidió desaparecer, no escribir más. Rehusó hacer más entrevistas, parecía que jamás volvería a publicar nada, que la fuente de sus obsesiones, que tan bien cristalizaban el dolor con la ficción redentora, se había secado. Entró quizá en pánico ante la posibilidad de repetirse y escribir —¿cometer?— el mismo libro una y otra vez, o se aburrió de su trabajo; perdió su fe en el veneno de la literatura, o, quién sabe, quizá después de todo era cierto aquello de las medusas, y en efecto dejaron de picarle. No podía decirse que no hubiese avisado: su relato *Yo también pertenezco al ruido* era profético en ese sentido, un homenaje al genial *Walden* de Thoreau, una narración breve bastante desconocida por el gran público. Leí alguna vez que el mismísimo Tom Waits se había trasladado a un recóndito poblado de la California rural. ¿Era acaso ése el insoslayable destino del hombre tras haber abusado durante su juventud de los excesos, los humos de cabaret y las riñas de taberna? ¿Elegir un entorno remoto y retirarse a él, abrazar la naturaleza y aislarse voluntariamente? ¿Había una época para cada objetivo y un modo de proceder para cada época, eso era todo, un paradigma simple y claro que se repetía a perpetuidad? Quería preguntarle respecto a todo aquello, pero también deseaba ir más allá, aunque no sabía muy bien cómo. Tras hablar con los lugareños y escuchar los rumores que corren en torno a él, he llegado a la conclusión de que el propio Bidarte se ha convertido en una suerte de personaje literario, y de que sus convecinos se refieren a él como si lo fuera.

Quizá encontró entre ellos su ficción ideal; un molde para sí mismo, un disfraz despojado de todo, una versión de su otro yo que le gustaba más, lejos del cartón pluma de los personajes que había creado: ahora era él quien escribía entre las líneas de la vida y se hacía cargo de ella, moldeando personajes de carne y hueso; la vida le regalaba una ficción real, propia, algo que latía lejos de lo meramente libresco. Su día a día era, quién sabe, la representación de la fábula que él había elegido para sí mismo. Pero ¿qué hacía allí, si es que hacía algo? ¿Cuál era su rutina diaria? ¿Era verdad que no escribía nada, o lo que realmente había dejado de hacer era publicar, y seguía emborronando cuartillas en privado, siempre a mano, para crear un tesoro póstumo? ¿Tendría algún Max Brod en quien confiar, alguien a quien atribuir ese rol —su amigo de la pipa, por ejemplo—? O a lo mejor todo era más sencillo y había sentido que en aquella isla podía volver a lo más primario, a tener cubiertas sus necesidades básicas: ¿había elegido tumbarse en las rocas como los cangrejos, reconocer la evidencia de que no podía haber Proust alguno que pudiese competir con el embrujo de su coraza y su tracción, y en consecuencia, devenir cangrejo él también?

—¿Y si me pierdo por el camino?

—Bruno se encargará de llevarla en bicicleta.

Bruno era el hijo del dueño del casino, «¡el mus y las musas! Todo depende del día que tenga, claro: también podrían ser primero las musas y después el mus».

Bicicleta no era la palabra más ajustada para aquel vehículo, que consistía, en verdad, en una pequeña carretilla monoplaza que contaba con un asiento adosado, semejante a los *rickshaws* indios, y que Bruno empleaba para carga y descarga; eso parecían revelar los ojos del marinero de la pipa, que aquel vehículo se utilizaba en contadas ocasiones para el transporte de pasajeros. Debía sentirme privilegiada, una vez más, sentada en aquel remolque con olor a calabacín y a berenjenas.

Emprendemos la marcha nada más anochecer, atravesando sendas que ayer los isleños solamente se atrevían a indicarme con el dedo. Cuando la cuesta empieza a volverse más acusada, Bruno toma un atajo semioculto por la maleza y los espinos, un desvío lleno de toperas que ayer se me pasó inadvertido.

—Éste es el lugar.

La de Bidarte se me antoja una casa muy parecida a todas las demás casas encaladas de la zona. Más humilde, si cabe: sin piscina, sin lujos, sin barandillas llamativas de acero inoxidable. Ninguno de los destrozos de autor que perpetran los creativos arquitectos de la ciudad en cuanto pones en sus manos tu residencia de verano. No destila novedad, sino años acumulados.

—Es ahí. Bidarte la está esperando.

¿A mí? ¿De verdad me espera? ¿Y cómo estaba Bruno tan seguro, si puede saberse? Todos hablan sin cesar sobre la voluntad y los deseos de Bidarte, como si estuviesen mentalmente conectados con él, ellos, sus serviles y obedientes vasallos. ¿Cómo era posible? ¿Se comunicaban por ondas, acaso? Desde que he llegado a la isla no he visto ni un solo teléfono móvil, y de hecho, aunque el mío funciona a ratos, me advirtieron que se trataba de un entorno con muy mala cobertura. También supe que aquél era un detalle que Bidarte valoraba especialmente. Por un momento los he odiado: a Bidarte, a Bruno y a su bicicleta, a todos sus vecinos.

—¿Cree que podrá volver sola?

Por supuesto. No había pensado en ello, pero sí, no soy manca y acertaré a volver cuesta abajo sola.

—No se olvide del ramo de flores de Picasso.

Se me estaban quitando las ganas de preguntar. ¿Por qué diablos se empeñaban todos en hacer mi trabajo?

Cuando Bruno me deja en la entrada, lo primero que me desconcierta es la música. Una melodía de jazz clásico, un vinilo o la reproducción digital de un vinilo al que rehusaron eliminar los crujidos y las suciedades del original. ¿Art Blakey y los Jazz Messengers? Nuestro robinsón no es tan espartano, después de todo. Al menos tiene luz eléctrica y también, aparentemente, un reproductor de música, no se ha quitado de esos pequeños lujos. No se encuentra fuera del mundo, no ha devenido en cangrejo completamente, aún se relaciona con los mortales. Me agrada este detalle, pero he de admitir que me decepcionaría profundamente si me diese de bruces con un MacBook Air o descubriese que tiene conexión wifi.

Rodeo la casa antes de decidirme a tocar la puerta. Me llega el intenso olor del pescado a la parrilla, esa embriagadora forma que tiene de ser seductor el humo cuando se alía con el mar.

Junto a la entrada principal, aparejos de pesca y redes por doquier. Un atado de lavanda. Anzuelos de diferentes tamaños, todos de considerables dimensiones. Ninguno de ellos parece parte de la decoración. Entre las piedras, pequeñas lagartijas, veloces e inalcanzables. «La piedra, inmóvil en el muro, hace su trabajo», pienso, aunque no recuerdo quién lo dijo.

La puerta está abierta, pero me parece de mala educación pasar sin llamar.

—¿Señor Bidarte?

Lleva una servilleta blanca al hombro y un cucharón de madera en la mano.

Es él.

Barba encanecida, pelo lacio y escaso, el cráneo se ha apoderado de lo que era suyo. Está más gordo que en las últimas fotos que recuerdo, y también más sonriente. Su bronceado es uniforme, y cabe pensar que la porción de piel oculta bajo sus ropas lo será también, a diferencia del cuerpo parcheado de margarina de los turistas. Aunque los años no han pasado en vano, sigue fibroso, y, curiosamente, su gesto parece ahora más juvenil. «No todo es pérdida al cumplir años», deduzco, y recuerdo aquellas palabras: «Vino blanco y gente feliz: desgraciadamente, la edición es limitada... Casi no sale de la isla».

—Al final me han traído un besugo, espero que sea de tu agrado.

Ni siquiera me ha preguntado mi nombre. Supongo que lo sabe. Presentarme sería un insulto a su inteligencia. Lo que más me ha sorprendido es su capacidad de escucha, algo no demasiado común entre los escritores, casi siempre más dispuestos a impartir su catequesis que a interesarse por el prójimo.

Me instruye acerca de las mareas y del potencial mortífero, muy al contrario de la creencia popular, del Mediterráneo. «La tramontana, ya se sabe.» También me habla de las medusas. Que cuando el viento sopla por el

norte no suele haber ninguna en las playas del sur, y viceversa. Tentada he estado de preguntarle sobre el veneno, pero me ha parecido que no era momento de ensuciar la vida con menesteres literarios.

He notado algo muy familiar en el paladar nada más probar el besugo.

—El pescado de San Pedro del casino... lo preparó usted, ¿verdad?

—Sabía que eras una persona con sensibilidad. Pero, por favor, tutéame.

Desea conocer mi trabajo y mi vida. Me doy cuenta de que tengo más cosas que contarle de las que pensaba. Mientras hablo, asimilo que estoy dejando de ser joven. ¿Un sutil obsequio por su parte?

—El pescado estaba excelente. ¿Sería descortés pedir un café ahora?

Se levanta agradecido. Cuando sonrío sus ojos desaparecen, se da cierto aire al hombre de la pipa. Es un semblante que se repite entre los isleños, ya sea por mimetismo o por ritmo vital. Esa sonrisa pícara. Y donde otros tendrían ojeras, meras rayas que acumulan lo vivido con plenitud.

—¿Son tuyas las acuarelas de las paredes?

—No son más que garabatos. Los voy cambiando todas las semanas para no aburrirme.

Tras el café, ron. Aunque me la ha ofrecido, «no gracias», he rehusado una taza limpia. El ron sabe mejor mezclado con restos de azúcar y de café.

—¿Por qué decidiste desaparecer?

—Me hice a un lado, no es lo mismo.

Me cuenta que no se siente aislado de ninguna forma, que no ha perdido contacto con el mundo, aunque el vínculo que mantiene con él no sea, a lo mejor, un vínculo que lo una al mundo de hoy, sino a un mundo que ha pasado a mejor vida.

—También hace falta lucidez para eso, para elegir tu época y plantarte en ella, o viajar hacia atrás en el tiempo si hace falta. No siempre la época en la que nos ha sido dado vivir es la que nos gusta. Tal y como yo lo veo, no tendríamos por qué ser hijos de nuestro tiempo, ni héroes ni ciudadanos, ni tan siquiera servir a nuestra época ni a los valores de los días que nos ha tocado vivir. Puede que nuestro calendario íntimo esté adelantado o esté atrasado, y sabiéndolo, es un grave error empecinarse en vivir «nuestra

época», siempre y cuando tengamos la certeza absoluta de que seríamos más felices conviviendo con los medios, los accesorios, la vestimenta, la filosofía y los libros de otra.

Reparo entonces en el pequeño atado de lavanda. De acuerdo, lo sé: debo preguntarle sobre las flores de Picasso.

—Empleamos la palabra *virtual* constantemente, pero hemos olvidado las posibilidades que ofrece lo virtual más allá del ciberespacio.

Llevamos horas hablando, royendo la noche con diminutos mordiscos, charlando sobre mares e islas, sobre la autarquía, sobre la tierna y a su vez patética necesidad de compañía del género humano y sus pocos recursos para escapar a esa servidumbre.

—¿Sabías que vivir en compañía de un perro alarga por término medio la vida unos siete años? Lo mismo sucede con el mar, vale tanto o más como un perro. Es un perro singular, el mar, si se quiere. Un perro azul para los perros verdes como nosotros.

Desempolva discos de cantantes italianos, franceses y griegos, la mayoría de ellos desconocidos para mí. No he tomado ningún apunte y no estoy segura de ser capaz de transcribir una entrevista coherente mañana, teniendo en cuenta que hemos apurado la botella de ron hasta el final. Tampoco le he sacado ninguna foto, y llegados a este punto me parece de mal gusto romper el embrujo con semejante petición. No le va a hacer ninguna gracia, pero que se joda el jefe de sección. La pensión de esta noche la pago yo, después de todo.

—Todos me han pedido que te pregunte por Picasso.

—Lo del ramo de flores.

Aunque he escudriñado con la mirada todos los rincones, no he localizado ninguna imagen que pudiese pertenecer al gran maestro malagueño. Tampoco parece muy propio de él estar en posesión de una obra relevante y guardarla bajo llave.

—¿Tienes un cuadro suyo? —me atrevo.

Ríe con ganas.

—Qué más quisiera... No, no va por ahí la cosa. Pero llegué a conocerlo, cuando era niño.

—¿Llegaste a conocer en persona a Pablo Picasso?

—¿No es eso mejor que un cuadro? Tener una historia sobre Picasso que poder contar, una historia propia.

Abre otra botella de ron, sin prisa. A diferencia de la anterior, ésta no tiene tapón de rosca, sino un corcho. Tampoco tiene etiqueta.

—Debía de ser a finales de los cincuenta... Acababa de comprarse el castillo de Vauvenargues y mi madre solía ir allí todos los veranos con el servicio, como interna. Era divertido, no faltaban niños con los que jugar. Solamente un espacio nos estaba vedado: su taller. Se enojaba mucho si lo molestábamos mientras trabajaba... Un día se nos ocurrió recoger unas flores, un manojo de hierbas y alguna margarita, poco más, creímos quizá que le ablandaríamos el corazón con aquel regalo. Ya sabes cómo era Picasso: tenía los ojos muy saltones, ojos de pez, cuando te miraba no te fijabas en su cara sino en sus ojos, eran la mitad de su rostro o más, y se puso a mirar al ramo con aquellos ojazos. Primero al ramo y después a nosotros. Otra vez miró al ramo y de nuevo nos miró a nosotros.

Se lleva el ron a los labios y me indica que haga lo mismo, sugiriendo que caso de no hacerlo su historia podría interrumpirse. Obedezco con gusto.

—No éramos más que unos críos. Podía suceder que estuviese de buenas y nos acogiese entre besos y achuchones, o podía estar de malas y mandarnos al carajo... Era impredecible, y la pura intriga de su reacción nos mantenía en vilo. Traspasó con su mirada el ramo, absorto. Después sumergió las flores en un gran bote de pintura, y utilizando el ramo como brocha siguió pintando como si nada, ignorándonos completamente. ¡Salimos corriendo de su estudio, aterrados!

—Un genio con genio.

—A Picasso se le aguantaba eso y más. Haz cuentas: nació en 1881 y vivió más de noventa años... Se le perdonaba todo, porque no era de este mundo. Pintaba para un público que todavía no había nacido, y él lo sabía. No estaba para tonterías. Pero eso es algo que solamente él podía permitirse. Si un niño le trae un ramo de flores a cualquiera de nosotros, es de rigor agradecersele de buena gana y ponerlo a remojo, ¿no es así? Es lo correcto. Y, al mismo tiempo, ¿no es triste que no podamos concedernos de vez en cuando actuar de forma libre y salvaje, tal y como él lo hacía?

Por primera vez creo advertir un poso de amargura en Bidarte. Una mirada partida de un tajo por la guadaña de un faro. Me atrevo a continuar, pese a todo.

—¿Es verdad que has dejado de escribir?

—No son escritores lo que necesitamos, sino lectores.

No es exactamente una respuesta, pero ahí se agotan mis esperanzas de sonsacarle algo más.

—¿Y la vida en pareja, la familia, todo eso? La literatura no puede competir con los hijos de carne y hueso.

—No, no puede. Nada más lejos. Pero yo no he venido aquí a competir con nadie.

Nos tomamos un último dedal en silencio, turnándonos al sorber el ron. Luego, se pone de pie. Yo también me incorporo. Una invitada ha de saber dejar la casa cuando su visita es aún apreciada y sabe que al partir se la echará de menos.

—Las acuarelas son todas marítimas. ¿No tendrás, casualmente, algún autorretrato?

—¿Es para ilustrar tu entrevista?

—Todavía no sé si me la publicarán.

—Señal de que eres una buena periodista.

Saca un periódico amarillento y un pincel que moja en el café que ha sobrado.

—No hace falta que te cuente la historia del emperador y el cangrejo.

Dibuja su autorretrato sobre los índices bursátiles, en cuatro rápidos trazos. Una combinación de los perfiles de Hitchcock y Hemingway. Me sonrío: su barba, según se mire, recuerda a un cangrejo gigante que le trepa por las mejillas.

—¿Crees que servirá?

—*No por lo general*, pero esta vez creo que sí.

Ahora es él quien sonrío de nuevo.

—No sé por qué os empeñáis con las fotografías. En Italia hay una revista que ha renunciado a las fotos y las ha sustituido todas por dibujos para ganar credibilidad, son menos vulgares.

—Debería irme, mi vuelo sale muy temprano. Ha sido un placer, señor Bidarte.

—Te acompañaré hasta el camino, la senda no es muy transitable a estas horas.

Es noche estrellada y la palidez altiva de la luna, ella sí, pugna por competir. En marcha o no, Bidarte respira con la misma cadencia pausada. Al olor del besugo ahumado se le suma el de la tierra removida, un aroma fresco, sin llegar a ser húmedo. Creo que podría recorrer la senda que conduce hasta la carretera con los ojos vendados, de oídas; bastaría con permanecer atenta a la dirección que va tomando el ruido de sus pisadas sobre los guijarros. Pero nada de eso. Me equivocaba; no tardo en tropezar. A punto de caer, Bidarte me sujeta la mano, justo a tiempo. No sé cómo lo ha hecho, juraría que él iba dos pasos por delante.

Sólo ha sido un instante. La mano de Bidarte, firme en la mía, sus pasos bien plantados en la pedregosa senda, la pedregosa senda, un rizo recién arrebatado a la cabellera del mundo. Los vecinos, escasos, duermen. Ni siquiera asomándose mucho hay riesgo de caer al vacío: no somos tan importantes como para merecer un acantilado. Lo más parecido al abismo es esta raquílica senda cubierta de piedras que algún día fueron rocas gigantes.

Todo eso, y de nuevo las estrellas, acentuadas por el repetitivo canto de los grillos.

—Hasta pronto.

Es quizá la única mentira que me ha dicho en toda la noche.

Al abandonar la senda para incorporarme a la carretera asfaltada, el pudor me impide volverme por unos instantes. Cuando lo hago, no esperaba menos, él ya no está. Solamente hojas en ramas, y ramas sostenidas por troncos retorcidos que simulan con la misma indiferencia la parsimonia del ser humano y su perenne angustia.

En el firmamento, eso podría resumirlo todo, estrellas que se escinden con el latido intermitente de los grillos. Las mismas que, como hace miles de años, me indican el camino a casa.

«Aullad, estrellas —me digo—. Yo os escucho.»

El turista perpetuo

Harkaitz Cano

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Beti oporretan*

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

© de la ilustración de la portada: Gilwisedition/imageBROKER/AGE

© Harkaitz Cano, 2015, 2017

© por la traducción: Harkaitz Cano, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2017

ISBN: 978-84-322-3279-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NARRATIVA
LITERARIA



¡Síguenos en redes sociales!



 Seix Barral

Harkaitz Cano

El turista perpetuo

